

STEPHEN
KING

COLORADO
KID



Una obra atípica en la trayectoria del autor de *Carrie*, en la mejor tradición de la novela negra; un crimen en las costas de Maine, aparentemente irresoluble.

En una isla de las costas de Maine, un hombre es encontrado muerto. No hay identificación de su cuerpo. Solo el esforzado trabajo de un par de periodistas locales y de un graduado en medicina forense logra descubrir algunas pistas para, después de un año, saber quién es el muerto. Pero es aquí donde comienza el misterio. Porque cuanto más descubren del hombre y de las extrañas circunstancias de su muerte, menos comprenden. ¿Se trata de un crimen imposible? ¿O algo aún más extraño...?

Con ecos de *El halcón maltés* de Dashiell Hammet y de la obra de Graham Greene, Stephen King presenta un relato sorprendente y conmovedor, cuyo tema es nada menos que la naturaleza del propio misterio.

Haven, serie de SyFy, está basada en este libro de Stephen King.



Stephen King

Colorado kid

ePUB v1.0
Arma_X22.04.12

más libros en epubgratis.net

Título original: *The colorado kid*
© 2005, Stephen King
© 2006, Bettina Blanch Tyroller, por la traducción

1

Tras concluir que no obtendría nada interesante de los dos ancianos que componían la totalidad de la plantilla del *The Weekly Islander*, el periodista del *Globe* de Boston miró el reloj, comentó que si se apresuraba podía tomar el transbordador de la una y media, les dio las gracias por el tiempo que le habían concedido, dejó algún dinero sobre la mesa, lo pisó con el salero para que no se lo llevara la considerable brisa marina y descendió a toda prisa la escalinata de piedra de la terraza del *Grey Gull* en dirección a Bay Street y el centro del pueblo. Excepción hecha de algunas ojeadas subrepticias a sus pechos, apenas si había reparado en la joven sentada entre ambos ancianos.

En cuanto el periodista del *Globe* se hubo marchado, Vince Teague alargó la mano y cogió los dos billetes de cincuenta de debajo del salero para guardarlos en un bolsillo de su vieja pero aún servible americana de tweed con una expresión de satisfacción manifiesta.

—¿Qué hace? —inquirió Stephanie McCann, sabedora de cuánto le gustaba a Vince escandalizarla (cuánto les gustaba a los dos, de hecho), pero incapaz en aquel caso de disimular una nota de sorpresa.

—¿A ti qué te parece? —replicó Vince con cara más complacida que nunca.

Una vez guardado el dinero, alisó la pestaña del bolsillo y dio cuenta del último bocado de su panecillo de langosta. Acto seguido se enjugó los labios con la servilleta de papel y, haciendo gala de una gran destreza, cazó el babero del periodista de Boston cuando una ráfaga de salado viento marino intentó llevárselo. Su mano era un amasijo retorcido de aspecto casi grotesco a causa de la artritis, pero ello no le restaba velocidad.

—Pues que acaba de coger el dinero que el señor Hanratty ha dejado para pagar la comida —observó Stephanie.

—Buen ojo, Stephanie —alabó Vince al tiempo que guiñaba uno de los suyos al hombre sentado frente a él.

Se trataba de Dave Bowie, que aparentaba más o menos la edad de Vince, pero en realidad tenía veinticinco años menos. Todo era cuestión de lo que te tocaba en la lotería, era lo que siempre afirmaba Vince. Tu maquinaria funcionaba hasta que se caía a pedazos. Te pasabas la vida remendando rotos y descosidos, y Vince estaba convencido de que aun a aquellos que vivían hasta los cien años, edad que él tenía toda la intención del mundo de alcanzar, en definitiva la vida no se les antojaba más que un efímero paseo al sol.

—Pero ¿por qué?

—¿Tienes miedo de que monte un lío y le carguen el muerto a Helen? —preguntó Vince.

—No... ¿Quién es Helen?

—Helen Hafner es nuestra camarera —explicó Vince al tiempo que señalaba con la cabeza a una mujer rolliza de unos cuarenta años que retiraba platos en el otro extremo de la terraza—. Son las normas de Jack Moody, el orgulloso propietario de este magnífico establecimiento, como lo fue su padre antes que él, por si te interesa...

—Pues sí—atajó Stephanie.

Dave Bowie, jefe de redacción del *The Weekly Islander* desde hacía tantos años como los que Helen Hafner llevaba en el mundo, se inclinó hacia delante y cubrió con una de sus manos gordezuelas los jóvenes y hermosos dedos de Stephanie.

—Lo sé —aseguró—, y Vince también lo sabe. Por eso se está yendo por las ramas para contarte la historia.

—Hora de clase, ¿eh? —sonrió Stephanie.

—Exacto —corroboró Dave—. ¿Y qué les gusta a los vejstorios como nosotros?

—Que solo tienen que molestarse en enseñar a las personas con ganas de aprender.

—Exacto —repitió Dave al tiempo que se reclinaba en la silla—. Estupendo.

Dave no llevaba americana, sino un viejo jersey verde. Corría el mes de agosto, y en opinión de Stephanie hacía bastante calor en la terraza del Gull pese a la brisa marina, pero sabía que ambos hombres eran hipersensibles al frío. En el caso de Dave, eso la extrañaba un poco, ya que solo tenía sesenta y cinco años y le sobraban unos quince kilos, pero aunque Vince no aparentaba

más de setenta años bien llevados pese a sus manos artríticas, lo cierto era que había cumplido los noventa a principios de aquel verano y estaba escuálido. «Como una cuerda rellena», solía comentar la señora Pinder, la secretaria a jornada parcial del *Islander*, por lo general con un bufido desdeñoso.

—Según la política del *Grey Gull*, las camareras son responsables de las cuentas de sus mesas hasta que quedan pagadas —explicó Vince—. Jack se lo advierte a todas las señoras que acuden a él en busca de empleo, para que luego no le vayan a quejarse de que no lo sabían.

Stephanie paseó la mirada por la terraza, aún bastante concurrida a la una y veinte de la tarde, y luego ojeó el comedor principal, que daba a la cala Moose. Casi todas sus mesas estaban ocupadas, y Stephanie sabía que desde la festividad de Memorial Day hasta finales de julio, los clientes harían cola para comer allí hasta casi las tres de la tarde. En otras palabras, un caos. Esperar que cada camarera controlara a cada cliente mientras iba de culo sirviéndolos a todos, acarrearando bandejas llenas de langostas y almejas humeantes...

—No me parece...

Dejó la frase sin terminar, preguntándose si aquellos dos ancianos, que con toda probabilidad ya publicaban su periódico cuando el salario mínimo no era más que un sueño, se burlarían de ella si expresaba su opinión.

—Creo que la palabra que andas buscando es «justo» —espetó Dave con sequedad mientras se servía un panecillo, el último de la cesta.

Había pronunciado la palabra «justo» con el impenetrable acento norteno que imperaba en la zona. Stephanie procedía de Cincinnati, Ohio, y al llegar a la isla Moose-Lookit para trabajar de becaria en el *The Weekly Islander*, había estado a punto de desesperar. ¿Cómo iba a aprender algo si ni siquiera era capaz de entender una de cada siete palabras? Y si le pedía constantemente que le repitieran las cosas, ¿cuánto tardarían en concluir que era una débil mental?

Cuatro días después de entrar en el periódico como parte de un curso de posgrado de la Universidad de Ohio, había estado a punto de arrojar la toalla, pero una tarde Dave la llevó aparte.

—No desistas, Steffi, lo conseguirás.

Y así fue. Casi como por arte de magia, el acento del lugar perdió toda su dificultad. Era como si hasta entonces hubiera tenido los oídos obstruidos y de repente, milagrosamente, se le hubieran destapado. Creía que sería capaz de pasar la vida entera allí, sin llegar a hablar como ellos, pero sí entendiéndolos. Sí, señor.

—En efecto, «justo» —convino.

—Una palabra que nunca ha formado parte del vocabulario de Jack Moody, salvo cuando habla del bañador de alguna chica —dijo Vince antes de proseguir en un tono distinto—: Deja ese panecillo, Dave Bowie, que te estás poniendo como una bola de sebo. Sí, señor, como un auténtico cerdo.

—No creía que estuviéramos casados —refunfuñó Dave antes de hincar de nuevo el diente en el pan—. ¿Es que no puedes hablar sin meterte conmigo?

—Menuda cara —exclamó Vince—. Por lo visto, nadie le ha enseñado que con la boca llena no se habla.

Apoyó un brazo sobre el respaldo de su silla, y la brisa procedente del rutilante océano le apartó el finísimo cabello blanco de la frente.

—Steffi, Helen tiene tres hijos de entre seis y doce años, y un marido que se largó por piernas. No quiere irse de la isla y se las apaña..., a duras penas, eso sí, porque los veranos compensan los inviernos. ¿Me sigues?

—Por supuesto —asintió Stephanie.

En aquel instante, la camarera en cuestión se acercó a su mesa. Stephanie reparó en que llevaba unas gruesas medias ortopédicas que no lograban disimular del todo sus varices y en que tenía profundas ojeras.

—Vince, Dave —saludó antes de dedicar una leve inclinación de cabeza a la bonita joven

cuyo nombre desconocía—. Veo que vuestro amigo se ha ido. ¿Tenía que coger el transbordador?

—Sí —repuso Dave—. Se dio cuenta de que tenía que volver a Boston.

—Ya... ¿Habéis terminado?

—Danos un momento —pidió Vince—, pero tráenos la cuenta cuando quieras, Helen. ¿Qué tal los niños?

Helen Hafner hizo una mueca.

—La semana pasada, Jude se cayó de la cabaña del árbol y se rompió el brazo. ¡No veas cómo lloró! Me dio un susto de muerte.

Los dos ancianos cambiaron una mirada y luego se echaron a reír. Casi de inmediato se contuvieron y adoptaron una expresión avergonzada. Vince aseguró que lamentaba el incidente del niño, pero Helen no se dejó apaciguar.

—Los hombres ya pueden reírse —comentó a Stephanie con una sonrisa sardónica—. Todos se cayeron de algún árbol y se rompieron el brazo cuando eran pequeños, y todos recuerdan lo traviosos que eran. Lo que no recuerdan es a su madre levantándose en medio de la noche para darles una aspirina. Ahora os traigo la cuenta —prometió antes de alejarse arrastrando los pies calzados en unas gastadas zapatillas deportivas.

—Es una buenaza —aseguró Dave, que tuvo la decencia de conservar cierta expresión arrepentida.

—Cierto —corroboró Vince—, y si nos echa algún moco es que nos lo merecemos. En fin, Steffi, te voy a explicar qué pasa con la cuenta. No sé lo que cuestan tres panecillos de langosta, una langosta con almejas al vapor y cuatro té helados en Boston, pero el periodista debe de haber olvidado que aquí vivimos en lo que los economistas denominan «el punto de origen de la oferta», por lo que ha dejado cien pavos sobre la mesa. Si Helen nos trae una cuenta que sobrepase los cincuenta y cinco, me como el sombrero. ¿Me sigues?

—Claro —replicó Stephanie.

—Vale. Lo que hará ese tipo del *Globe* es anotar Almuerzo, *Grey Gull*, isla Moose-Lookit y Serie Misterios sin Resolver en su cuenta de gastos durante el trayecto en transbordador hasta tierra firme. Si es honrado pondrá cien dólares, y si es un poco más pillo, pondrá ciento veinte y con el sobrante invitará a su novia al cine. ¿Lo coges?

—Sí —espetó Stephanie, mirándolo con expresión de reproche mientras apuraba su té helado—. Es usted un cínico.

—Qué va. Si fuera un cínico, habría dicho ciento treinta, te lo aseguro. —Aquellas palabras de Vince hicieron reír a Dave—. En cualquier caso, ha dejado cien dólares, de los cuales sobrarán como mínimo treinta y cinco, aun cuando dejemos una propina del veinte por ciento. Así que me he guardado su dinero, y cuando Helen nos traiga la cuenta, la firmaré, porque el *Islander* tiene cuenta abierta aquí.

—Y espero que deje más del veinte por ciento de propina —advirtió Stephanie—, dada la situación personal de la camarera.

—En eso te equivocas —replicó Vince.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Vince le dirigió una mirada paciente.

—¿Tú qué crees? ¿Por qué soy un agarrado? ¿Un auténtico rata, como todos los del norte?

—No, del mismo modo que no creo que los negros sean perezosos o los franceses se pasen el día entero pensando en el sexo.

—Pues devánate un poco los sesos, que para algo te los ha dado Dios.

Stephanie lo intentó mientras los dos hombres la observaban interesados.

—La camarera pensaría que es caridad —aventuró por fin.

Vince y Dave cambiaron una mirada divertida.

—¿Qué pasa? —inquirió Stephanie.

—Te estás acercando peligrosamente al cliché de los negros y los franceses, querida —comentó Dave, exagerando deliberadamente su acento hasta convertirlo en una especie de

arrullo burlón—, solo que en este caso se refiere a la orgullosa mujer nortea que no acepta limosnas.

—Entonces creen que aceptaría el dinero —dijo Stephanie, cada vez más desconcertada por el laberinto sociológico en que se estaba adentrando—. Aunque solo fuera por sus hijos.

—El hombre que nos ha invitado a comer venía de lejos —explicó Vince—. Por lo que respecta a Helen Hafner, a todos los forasteros les sale la pasta de la punta del..., de las orejas.

Divertida por aquella repentina muestra de delicadeza, Stephanie paseó la mirada en derredor, primero por la terraza en la que estaban sentados y luego a través de los ventanales hacia el comedor interior. De pronto observó un detalle interesante. Muchos, tal vez la mayoría de los comensales de la terraza eran lugareños, así como casi todas las camareras que los atendían. Dentro comían los veraneantes, los llamados «no isleños», y las camareras que los atendían eran más jóvenes, más guapas y también forasteras. Mujeres contratadas para la temporada alta. Y de repente lo comprendió; se había equivocado al intentar pensar en términos sociológicos, porque el asunto era mucho más sencillo.

—Las camareras del *Grey Gull* comparten las propinas, ¿verdad? —dijo—. Es por eso.

—Bingo —exclamó Vince, apuntándola con el dedo como si de una pistola se tratara.

—¿Y qué va a hacer?

—Lo que haré es dar una propina del quince por ciento cuando firme la cuenta y deslizar cuarenta dólares del periodista del *Globe* en el bolsillo de Helen. Ella se queda con ese dinero íntegro, el periódico no sale perjudicado, y el Tío Sam no se entera de nada.

—Así es como se hacen los negocios en América —añadió Dave, solemne.

—¿Y sabes lo que más me gusta? —prosiguió Vince Teague, volviendo el rostro al sol.

Al entornar los ojos para protegerse de su fulgor, en su rostro aparecieron lo que se antojaban miles de arrugas que, si bien no le hacían aparentar su verdadera edad, sí lo envejecían algunos años.

—No, ¿qué? —quiso saber Stephanie, divertida.

—Me gusta observar cómo el dinero da vueltas y más vueltas, como la colada en la secadora. Me gusta verlo. Y esta vez, cuando la máquina deje por fin de girar, el dinero acabará aquí, en la isla, donde la gente lo necesita de verdad. Y para acabarlo de redondear, ese tío de ciudad nos habrá invitado a comer y se habrá ido con las manos vacías.

—Por piernas —puntualizó Dave—. Tenía que coger el transbordador, no lo olvides. Me ha recordado ese poema de Edna St. Vincent Millay: «Estábamos exhaustos, alborozados por el ardor, y pasamos toda la noche en el transbordador». No es así exactamente, pero más o menos.

—Alborozado no estaba el tipo del *Globe*, pero cuando llegue a su próxima parada, desde luego exhausto sí estará —observó Vince—. Me parece que mencionó que se iba a Madawaska. Puede que allí encuentre algún misterio sin resolver, como por ejemplo, por qué nadie querría vivir en un sitio como ese. Échame una mano, Dave.

Stephanie estaba convencida de que existía una suerte de comunicación telepática entre ambos hombres. Había sido testigo de varios ejemplos al llegar a la isla casi tres meses atrás, y en aquel instante presenció otro. La camarera regresaba con la cuenta. Dave estaba sentado de espaldas a ella, pero Vince la vio acercarse, y el más joven de sus dos jefes supo exactamente qué quería el redactor jefe del *Islander*. Dave deslizó la mano en el bolsillo posterior, sacó la cartera, retiró dos billetes, los dobló entre los dedos y se los pasó. Helen llegó al cabo de un instante. Vince cogió la cuenta con una de sus manos nudosas y con la otra deslizó los billetes en el bolsillo de la falda de su uniforme.

—Gracias, guapa —dijo.

—¿Seguro que no queréis postre? —sugirió Helen—. Mac ha hecho tarta de chocolate y cerezas. No está en la carta, pero aún queda.

—Paso. ¿Tú, Steffi?

La joven denegó con la cabeza, al igual que Dave Bowie, aunque a regañadientes.

Helen dedicó a Vince Teague una mirada severa.

—No te vendría mal engordar un poco, Vince.

—El Gordo y el Flaco, esos somos Dave y yo —replicó Vince, risueño.

—Ya —masculló Helen antes de volverse hacia Stephanie y guiñarle un ojo en un sorprendente ademán de buen humor—. Con menuda pareja se ha juntado, señorita —comentó.

—Son buena gente —aseguró Stephanie.

—Claro, pero seguro que después de esto se vuelve corriendo al *New York Times* —vaticinó Helen al tiempo que empezaba a recoger los platos—. Ahora vuelvo a retirar el resto —anunció antes de alejarse.

—Cuando encuentre los cuarenta dólares en su bolsillo, ¿sabrás que se los ha dado usted? —preguntó Stephanie.

Echó otro vistazo por la terraza, donde unas dos docenas de clientes tomaban café, té helado o un pedazo de la tarta de chocolate y cerezas que no figuraba en la carta. No todos parecían capaces de deslizar cuarenta dólares en el bolsillo de una camarera, pero algunos sí.

—Probablemente —repuso Vince—, pero dime una cosa, Steffi.

—A ver si puedo.

—Si no se entera, ¿eso lo convertiría en algo ilegal?

—No sé a qué se...

—Yo creo que sí —la atajó el anciano—. Y ahora volvamos al periódico; las noticias no esperan.

2

Lo que más le gustaba a Stephanie del *Weekly Islander*, lo que la embelesaba aun después de pasar tres meses dedicada de forma casi exclusiva a redactar anuncios, era que en las tardes despejadas, bastaba con alejarse seis pasos de la mesa para disfrutar de una panorámica espectacular de la costa de Maine. Bastaba con salir al porche sombreado que daba al canal y ocupaba toda la longitud del edificio con aspecto de granero que albergaba la redacción del *Islander*. Eso sí, el aire olía a pescado y algas, pero todo en aquella isla olía a pescado y algas. Terminabas por acostumbrarte, según había descubierto Stephanie, y de repente sucedía algo hermoso; después de desterrar aquel olor de tu mente, tu sentido del olfato lo buscaba y volvía a encontrarlo, solo que esta vez te enamorabas de él.

En las tardes despejadas, como aquella de finales de agosto, todas las casas, los embarcaderos y las barcas de pesca de la orilla del lado de Tinnock centelleaban al sol; Stephanie distinguía el rótulo de sunoco fijado al surtidor de gasóleo y el nombre de *LeeLee Bett* en el casco de un barco de pesca de eglefino atracado para el repaso de fin de temporada. Veía a un niño ataviado con pantalón corto y una camiseta de los Patriots de mangas recortadas pescando en el muelle sembrado de basura bajo el bar de *Preston*, así como mil diamantes de sol sobre cien tejados de hojalata. Y entre Tinnock Village, una población de dimensiones considerables, y la isla de Moose-Lookit, el sol brillaba sobre el mar más azul que había visto en toda su vida. En días como aquel, Stephanie se preguntaba si alguna vez sería capaz de regresar al Medio Oeste. Y en los días que la niebla se apoderaba de la isla, aislándola por completo del continente, cuando el lamento de las sirenas aviso aullaba como una bestia ancestral..., se preguntaba lo mismo.

Ten cuidado, Steffi, le había advertido en cierta ocasión Dave al encontrarla sentada en el porche con el cuaderno amarillo sobre el regazo y una columna inacabada sobre artesanía garabateada en su enorme caligrafía inclinada. La vida de la isla se te mete en la sangre, y una vez se apodera de ti, es como la malaria, una enfermedad muy difícil de curar.

Tras encender las luces, pues el sol seguía su avance inexorable y la estancia alargada empezaba a quedar sumida en la penumbra, Stephanie se sentó a su mesa y cogió su fiel cuaderno amarillo, en cuya primera página se veía un nuevo artículo para la sección de artesanía. Era más o menos igual que la media docena que ya había entregado hasta entonces, pero Stephanie lo contempló con innegable cariño. A fin de cuentas, era su trabajo, artículos por los que le pagaban, y no le cabía duda de que lo leían residentes en toda el área de influencia del *Islander*, que no era pequeña.

Vince se sentó a su mesa con un gruñido leve pero audible. A ese sonido siguió un crujido cuando el anciano giró el torso hacia un lado y luego hacia el otro. Era lo que llamaba su «estiramiento de columna». Dave le advertía que cualquier día de aquellos se quedaría parapléjico haciendo uno de esos «estiramientos de columna», pero a Vince no parecía preocuparle aquella posibilidad. Encendió el ordenador mientras su gerente se sentaba sobre el canto de su mesa, cogía un palillo y empezaba a hurgarse los dientes superiores.

—¿Qué va a ser? —inquirió Dave mientras Vince esperaba a que su ordenador arrancara—. ¿Incendios? ¿Inundaciones? ¿Terremotos? ¿O la revolución de las masas?

—Había pensado comenzar por la historia de Ellen Dunwoodie arrancando la boca de incendios en Beach Lañe cuando se soltó el freno de mano de su coche. Y después del calentamiento, reescribir mi artículo de fondo sobre la biblioteca —repuso Vince, haciendo crujir los nudillos.

Dave miró a Stephanie desde el canto de la mesa de Vince.

—Primero la espalda y después los nudillos —resopló—. Si aprendiera a tocar el himno con la caja torácica, podríamos llevarlo a *Operación Triunfo*.

—Siempre tan crítico —lo reconvino Vince con amabilidad mientras seguía aguardando a que su ordenador se pusiera en marcha—. ¿Sabes, Steffi? Aquí hay algo que falla. Aquí estoy yo, con mis noventa años y un pie en la tumba, utilizando un Macintosh nuevecito, mientras que tú, con tus veintidós añitos y tu belleza lozana como un melocotón recién cosechado, sigues

escribiendo a mano en un cuaderno como una solterona en una novela romántica victoriana.

—No creo que en la época victoriana existieran estos cuadernos amarillos —puntualizó Stephanie mientras rebuscaba entre los papeles amontonados sobre su mesa.

Al entrar en el periódico en el mes de junio, los jefes le habían asignado la mesa más pequeña de la redacción, poco más que un pupitre infantil, en realidad, situado en un rincón. A mediados de julio la trasladaron a una mesa más grande en el centro de la sala. Stephanie se sintió halagada, pero al mismo tiempo la mayor superficie de trabajo representaba más riesgo de que se traspapelaran documentos. Siguió rebuscando hasta dar con una circular color rosa chillón.

—¿Alguno de ustedes sabe qué organización se beneficia del Baile, Picnic y Acarreo de Heno Anual Gerner, este año con la actuación de *Little Jonna Jaye* y los *Straw Hill Boys*?

—Pues la organización de Sam Gerner, su mujer, sus cinco hijos y sus múltiples acreedores —repuso Vince al tiempo que su ordenador emitía un pitido—. Por cierto, Steffi, quería comentarte que has hecho un trabajo excelente con tu columna.

—Cierto —convino Dave—. Hemos recibido unas dos docenas de cartas, y la única negativa es de la señora Edina Steen, *Reina de la Gramática Norteña*, y está como una cabra.

—Como un auténtico cencerro —añadió Vince.

Stephanie sonrió, diciéndose cuán infrecuente era sentir aquella felicidad sencilla y perfecta una vez dejada atrás la infancia.

—Gracias —respondió—. Gracias a los dos. ¿Puedo preguntarles algo?

Vince hizo girar la silla para mirarla.

—Lo que quieras con tal de mantenerme un ratito más alejado de la señora Dunwoodie y la boca de incendios —aseguró.

—Y a mí de las facturas —agregó Dave—, aunque no puedo irme a casa hasta que las termine.

—No te dejes avasallar por el papeleo —declamó Vince—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Para ti es fácil decirlo —replicó Dave—. Hace diez años que no echas un vistazo al talonario del *Islander*, por no hablar de llevarlo encima.

Stephanie no tenía intención de permitir que se distrajeran ni que la distrajeran a ella con su eterno caballo de batalla.

—Basta, los dos.

Sorprendidos, los dos hombres enmudecieron.

—Dave, antes le ha dicho al señor Hanratty del Globe que usted y Vince llevan cuarenta años trabajando en el *Islander*...

—Sí...

—... y que usted lo fundó en 1948, Vince.

—Cierto —asintió él—. Hasta el verano de 1948 fue el *The Weekly Shopper and Trading Post*, una publicación gratuita que se distribuía por los distintos mercados de la isla y las tiendas más grandes de tierra firme. Yo era joven y testarudo, y a decir verdad tuve muchísima suerte. Fue cuando hubo aquellos incendios tan grandes en Tinnock y Hancock. Aquellos incendios..., no diré que consagraron el periódico, aunque en aquellos tiempos algunos lo conseguían, pero sí fueron un buen punto de partida. Tardé hasta 1956 en volver a tener tanta publicidad como en verano del 48.

—¿Así que llevan trabajando más de cincuenta años y en todo este tiempo no se han topado con ningún misterio sin resolver? ¿Cómo es posible?

—¡Nunca hemos dicho eso! —exclamó Dave Bowie, escandalizado.

—¡Por las barbas del profeta, pero si tú estabas delante! —añadió Vince, no menos escandalizado.

Consiguieron conservar aquella expresión durante unos instantes, pero al ver que Stephanie McCann seguía paseando la mirada entre uno y otro, remilgada como una maestra de escuela en una película de John Ford, no pudieron contenerse. De pronto, la comisura de los labios de Vince

Teague empezó a agitarse, y al poco el ojo de Dave Bowie se puso a temblar. Tal vez habrían logrado mantener la compostura un poco más, pero en ese momento se miraron y al instante estallaron en carcajadas como el par de niños más viejos del mundo.

3

—Fuiste tú quien le habló del Pretty Lisa —señaló Dave a Vince en cuanto recobró la compostura.

El Pretty Lisa era un barco de pesca que había encallado en la orilla de la vecina isla Smack en los años veinte, con un tripulante muerto tendido en cubierta y los otros cinco en paradero desconocido.

—¿Cuántas veces crees que Hanratty habrá oído esa historia a lo largo de la costa?

—Oh, no sé, ¿a cuántos sitios crees que fue antes de pasar por aquí? —replicó Vince.

Aquellas palabras los hicieron estallar de nuevo en carcajadas. Vince se golpeaba la huesuda rodilla mientras Dave hacía lo propio con el rollizo muslo.

Stephanie los observaba con el ceño fruncido, ni enfadada ni divertida (bueno, un poco sí), intentando dilucidar la causa de semejante regocijo. En su opinión, la historia del Pretty Lisa era lo bastante buena para justificar uno de los ocho artículos de una serie titulada..., tachán, Misterios sin resolver de Nueva Inglaterra. Sin embargo, no era tonta ni insensible, y se había dado perfecta cuenta de que el señor Hanratty no consideraba que mereciera la pena. Y sí, por su expresión había comprendido que el periodista ya había escuchado la historia, con toda probabilidad más de una vez, durante su periplo financiado por el Globe a lo largo y ancho de la costa entre Boston y la isla de Moose-Lookit.

Vince y Dave asintieron cuando le expuso aquella idea.

—Sí, señor —dijo Dave—. Hanratty será un forastero, pero eso no le convierte en un haragán ni en un idiota. El misterio del Pretty Lisa, cuya explicación sin duda reside en alguna panda de contrabandistas pasando alcohol desde Canadá, aunque nunca lo sabremos a ciencia cierta, circula desde hace años. Figura en media docena de libros, por no hablar de las revistas Yankee y Downeast. Vince, ¿el Globe no publicó también...?

Vince ya estaba asintiendo.

—Creo que sí. Hace unos siete años, quizá nueve, en un suplemento dominical, aunque puede que saliera en el Journal de Providence... De lo que estoy seguro es que fue el Telegram dominical de Portland el que publicó aquel artículo sobre los mormones que aparecieron en Freeport e intentaron enterrar una mina en el desierto de Maine...

—Y las Luces Costeras de 1951 son un notición en los periódicos casi cada Halloween —añadió Dave en tono alegre—. Por no hablar de las webs de ovnis.

—Y el año pasado una mujer escribió un libro sobre aquel envenenamiento en una comida campestre de la iglesia en Tashmore —agregó Vince.

Ese era el último «misterio sin resolver» que habían referido al periodista del Globe durante la comida, justo antes de que Hanratty decidiera tomar el transbordador de la una y media, algo que ahora Stephanie no le reprochaba.

—Así que le estaban tomando el pelo con viejas historias —exclamó.

—¡No, querida! —replicó Vince, en esta ocasión escandalizado de verdad (o no, pensó Stephanie)—. Todas esas historias son auténticos misterios sin resolver de la costa de Nueva Inglaterra..., o mejor dicho, de nuestro pedazo de costa.

—No sabíamos si las conocía, así que decidimos contárselas —señaló Dave con cierta lógica—. Claro que no nos extrañó que sí hubiera oído hablar de ellas.

—Cierto —convino Vince con ojos chispeantes—. Son historias del año de la catapún, lo reconozco, pero al menos nos valieron un buen almuerzo, ¿no? Y encima hemos tenido ocasión de ver cómo el dinero daba vueltas hasta llegar al lugar adecuado..., es decir, al bolsillo de Helen Hafner, al menos una parte.

—¿Y esas historias son las únicas que conocen? ¿Unas historias machacadas hasta la saciedad en libros y periódicos de gran tirada?

Vince miró a Dave, su amigo de siempre.

—¿Yo he dicho eso?

—No, y creo que yo tampoco —repuso Dave.

—Bueno, pues, ¿qué otros misterios sin resolver conocen? ¿Y por qué no le han hablado de

ellos?

Los dos ancianos cambiaron otra mirada, y una vez más Stephanie detectó la comunicación telepática entre ellos. Al poco, Vince hizo un leve gesto de asentimiento en dirección hacia la puerta. Dave se levantó, cruzó la mitad bien iluminada de la estancia alargada (en la mitad más oscura se alzaba la enorme y anticuada imprenta offset que llevaba más de siete años en desuso) y giró el rótulo colgado en la puerta de abierto a cerrado antes de volver a la mesa de Vince.

—¿Cerrado? ¿En pleno día? —exclamó Stephanie con una inquietud que no traslució en su voz.

—Si viene alguien con una noticia, llamará a la puerta —aseguró Vince con lógica—. Y si es un notición, la aporrearé.

—Y si se declara un incendio en el centro del pueblo, oiremos la alarma —intervino Dave—. Salgamos al porche, Steffi. Hay que aprovechar el sol de agosto, que dura poco.

Stephanie paseó la mirada entre Dave y Vince Teague, tan avisado a los noventa años como sin duda lo había sido a los cuarenta y cinco.

—¿Hora de clase? —preguntó.

—Exacto —repuso Vince, y aunque seguía sonriendo, la joven intuyó que hablaba en serio—. ¿Y sabes lo que les gusta a los vejestorios como nosotros?

—Que solo tienen que molestarse en enseñar a las personas con ganas de aprender.

—Muy cierto. ¿Tienes ganas de aprender, Steffi?

—Sí—asintió ella sin vacilar a pesar de la inquietud que se agitaba en su interior.

—Pues sal al porche y siéntate —ordenó Vince—. Sal y siéntate un ratito.

Stephanie obedeció.

El sol aún caldeaba, el aire era fresco, la brisa transportaba una dulce fragancia a sal además del sonido de campanas, bocinas y olas lamiendo roca. Eran sonidos de los que Stephanie se había enamorado en cuestión de semanas. Los dos hombres se sentaron a ambos lados de su silla, y aunque ella no lo sabía, por la mente de los dos cruzó más o menos el mismo pensamiento: La edad flanquea la belleza. Aquel pensamiento no tenía nada de malo, pues ambos sabían que sus intenciones eran del todo justificadas. Estaban convencidos de que Stephanie podía llegar a ser muy buena en su profesión y de que estaba deseosa de aprender. La combinación de belleza y ambición siempre daba ganas de enseñar.

—Bueno —empezó Vince en cuanto se hubieron sentado—. Piensa en los misterios sin resolver que hemos contado a Hanratty durante la comida. El Pretty Lisa, las Luces Costeras, los Mormones Errantes, el envenenamiento de Tashmore... Dime qué tienen en común todos ellos.

—Que todos son misterios sin resolver.

—Vuelve a intentarlo, querida. Me decepcionas —declaró Dave.

Stephanie lo miró y comprendió que no bromeaba.

Bueno, era una respuesta bastante evidente, habida cuenta de la razón por la que Hanratty los había invitado a comer: la serie de ocho artículos (tal vez incluso diez, había dicho Hanratty, si hallaba suficientes historias peculiares), que el periódico quería publicar entre septiembre y Halloween.

—¿Que de todos ellos se ha hablado hasta la saciedad? —aventuró.

—Eso está un poco mejor —dijo Vince—, pero sigues sin decirnos nada nuevo. Pregúntate una cosa, jovencita. ¿Por qué se ha hablado de ellos hasta la saciedad? ¿Por qué un periódico de Nueva Inglaterra desentierra la historia de las Luces Costeras al menos una vez al año y la ilustra con un puñado de fotos borrosas sacadas hace más de medio siglo? ¿Por qué una revista regional como Yankee o Coast entrevista a Clayton Riggs o a Ella Ferguson al menos una vez al año, como si de repente fueran a salirles cuernos y de sus labios fuera a brotar alguna novedad espectacular?

—No conozco a esas personas —confesó Stephanie.

Vince se golpeó la nuca con la mano.

—Ay, qué tonto soy; olvido una y otra vez que no eres de aquí.

—¿Debo tomarme eso como un cumplido?

—Podrías..., no, de hecho, deberías. Clayton Riggs y Ella Ferguson fueron los únicos que tomaron café con hielo en el lago Tashmore y no murieron envenenados. La Ferguson está bien, pero Riggs tiene todo el lado izquierdo del cuerpo paralizado.

—Qué horror. ¿Y los entrevistan a menudo?

—Pues sí. Han pasado quince años y creo que cualquier persona con dos dedos de frente sabe que nunca detendrán a nadie por aquel delito (ocho personas envenenadas a orillas del lago y seis de ellas muertas), pero Ferguson y Riggs siguen apareciendo en la prensa, cada vez más chochos, claro está. «¿Qué sucedió aquel día?» o «Terror a la orilla del lago» o..., bueno, ya te haces una idea. Tan solo es una historia que a la gente le gusta escuchar, como La caperucita roja o Los tres cerditos. La cuestión es... por qué.

Pero Stephanie ya había avanzado otro paso.

—Hay algo, ¿verdad? —dijo—. Una historia que no le han contado. ¿De qué se trata?

De nuevo cambiaron aquella mirada tan característica, y esta vez Stephanie no se acercó siquiera a adivinar el pensamiento que la acompañaba. Los tres estaban sentados en sillas de jardín idénticas, Stephanie con las manos apoyadas en los brazos de la suya. En aquel instante, Dave le palmeó una de ellas.

—No nos importa contártela, ¿verdad, Vince?

—No —convino Vince, y de nuevo su rostro se llenó de arrugas cuando lo elevó sonriente hacia el sol.

—Pero si quieres ir en el transbordador, tendrás que llevarle una taza de té al timonel. ¿Te suena?

—Sí, de algo —repuso Stephanie, recordando uno de los viejos discos de su madre que se amontonaban en el desván.

—Vale, pues entonces contéstame a una pregunta. A Hanratty no le interesan esas historias porque están más vistas que el tebeo. ¿A qué crees que se debe?

Stephanie se devanó los sesos, y de nuevo los dos ancianos esperaron, disfrutando por el mero hecho de observarla.

—Bueno... —dijo Stephanie al fin—. Supongo que a la gente le gusta escuchar historias escalofriantes en las noches de invierno, sobre todo con las luces encendidas y un buen fuego en el hogar. Historias sobre lo..., bueno, ya saben, lo desconocido.

—¿Cuántas cosas desconocidas por historia, querida? —preguntó Vince Teague en voz baja, pero con una mirada penetrante.

Stephanie abrió la boca para responder que al menos seis, pensando en el Envenenador del Picnic, pero volvió a cerrarla al instante. Aquel día habían muerto seis personas a orillas del lago Tashmore, pero las había matado una sola dosis de veneno administrada por una sola mano. No sabía cuántas Luces Costeras habían llegado a verse, pero estaba convencida de que la gente lo consideraba un solo fenómeno, así que...

—¿Una? —aventuró, sintiéndose como una participante en la final de algún concurso televisivo—. ¿Una cosa desconocida por historia?

Vince la señaló con el dedo al tiempo que su sonrisa se ensanchaba aún más, y Stephanie se relajó. Aquello no era la escuela en realidad, y los dos hombres no la apreciarían menos si fallaba una respuesta, pero con el tiempo había llegado a ansiar su aprobación como solo había ansiado la de sus mejores profesores en el instituto y la universidad, los docentes comprometidos de forma incondicional con su misión.

—El otro factor es que la gente tiene que creer que «debe de» haber alguna explicación y estar bastante convencidos de saber de qué se trata —intervino Dave—. En el caso del Pretty Lisa, por ejemplo, que encalló al sur de Dingle Nook, en la isla Smack, en 1926...

—1927 —corrigió Vince.

—Bueno, pues 1927, listillo. Theodore Riponeaux seguía a bordo, pero fiambre, mientras que de los otros cinco no había ni rastro. Y si bien no encontraron restos de sangre ni indicios de lucha, la gente dice que debían de ser piratas, así que ahora circulan historias según las cuales tenían un mapa del tesoro y encontraron oro enterrado y los tipos que lo custodiaban se los cargaron y bla bla bla.

—O que acabaron peleándose entre ellos —terció Vince—. Esa ha sido siempre una de las versiones más populares del misterio del Pretty Lisa. La cuestión es que algunas personas cuentan historias que a otros les gusta escuchar, pero Hanratty es lo bastante listo para saber que a su jefe le importarían un comino esos cuentos tan manidos.

—Puede que dentro de otros diez años vuelvan a resultar interesantes —comentó Dave—, porque tarde o temprano, todo lo viejo vuelve a ser nuevo. Quizá no te lo creas, Steffi, pero es cierto.

—Sí que me lo creo —aseguró ella mientras se preguntaba si la canción que había mencionado Vince era de Al Stewart o Cat Stevens.

—Luego tenemos las Luces Costeras —continuó Vince—, y puedo decirte exactamente por qué siempre ha sido uno de los favoritos. Existe una fotografía de ellas..., probablemente nada más que las luces de Ellsworth reflejadas en las nubes bajas acumuladas de forma que les conferían aspecto de platillos volantes, y debajo se ve al equipo entero de la liga infantil de béisbol de Hancock Lumber mirándolas, todos ellos vestidos con el uniforme.

—Y un niño pequeño las señala con el guante —añadió Dave—. Es el toque de gracia. Y todos los demás miran y dicen «Vaya, deben de ser extraterrestres que han venido a echar un vistazo al Gran Pasatiempo Americano. Pero aun así, es algo desconocido, en este caso con fotografías interesantes sobre las que poder hacer conjeturas para que la gente pueda hablar de ello una y otra vez».

—Pero no el Globe de Boston —señaló Vince—, aunque tengo la sensación de que podrían

recurrir a esa historia en caso de apuro.

Ambos ancianos se echaron a reír como hacen los viejos amigos.

—Así que puede que conozcamos uno o dos misterios sin resolver... —prosiguió Vince.

—De eso nada —atajó Dave—. Conocemos al menos uno, querida, pero sin el factor «debe de»...

—Bueno, el filete —interrumpió Vince, aunque poco convencido.

—Ya, bueno, pero incluso eso es un misterio, ¿no? —replicó Dave.

—Cierto —convino Vince con voz y expresión ahora incómodas.

—No entiendo nada —declaró Stephanie.

—Pues la historia de *Colorado Kid* tampoco se entiende —dijo Vince—, razón por la cual no tendría cabida en el Globe de Boston. Para empezar, contiene demasiados elementos desconocidos y ni un solo «debió de». —Se inclinó hacia delante y clavó en ella sus azules ojos norteños—. Quieres ser periodista, ¿verdad?

—Ya sabe que sí —respondió Stephanie, sorprendida.

—Pues entonces voy a contarte un secreto que casi todos los periodistas que llevan un tiempo en esto saben: En la vida real, la cantidad de historias hechas y derechas, es decir, con introducción, nudo y desenlace, es mínima o nula. Pero si eres capaz de dar a tus lectores un solo elemento desconocido (dos a lo sumo) e incluir lo que Dave llama un «debió de», tus lectores se contarán la historia a sí mismos. Increíble, ¿verdad?

—Pongamos el Envenenamiento del Picnic como ejemplo. Nadie sabe quién mató a esa gente. Lo que sí se sabe es que Rhoda Parks, secretaria de la iglesia metodista de Tashmore, y William Blakee, el pastor de la iglesia metodista en cuestión, tuvieron una breve aventura seis meses antes de los envenenamientos. Blakee estaba casado y rompió con Rhoda. ¿Me sigues?

—Sí —asintió Stephanie.

—Lo que también se sabe es que Rhoda Parks llevó muy mal la ruptura, al menos durante un tiempo, según contó su hermana. Y lo tercero que se sabe es que tanto Rhoda Parks como William Blakee tomaron café con hielo envenenado aquel día y murieron. Así pues, ¿cuál es el «debió de» de esta historia? Venga, deprisa.

—Rhoda debió de envenenar el café para matar a su amante por dejarla tirada y luego bebió de él para quitarse la vida. En cuanto a los otros cuatro más los dos que solo enfermaron, fueron... ¿Cómo se dice? Ah, sí, daños colaterales.

Vince chasqueó los dedos.

—Exacto, esa es la historia que se cuenta la gente. Los periódicos y las revistas nunca la han publicado porque no hace falta; saben que la gente es capaz de atar cabos. ¿Qué pega tiene la historia? Deprisa.

Pero esta vez Stephanie estaba convencida de que no encontraría la respuesta. Estaba a punto de objetar que no conocía el caso en suficiente profundidad para dar con la solución cuando Dave se levantó, se acercó a la baranda del porche para contemplar Tinnock, situado al otro lado del canal y dijo como quien no quiere la cosa:

—Seis meses es mucho tiempo, ¿no te parece?

—Pero dicen que la venganza es un plato que se sirve frío —puntualizó Stephanie.

—Cierto —corroboró Dave en el mismo tono casual—, pero cuando matas a seis personas, sin duda lo haces por algo más que simple venganza. No digo que sea imposible, solo que podría haber otra explicación. Al igual que las Luces Costeras tal vez eran luces reflejadas en las nubes... o algún aparato ultrasecreto que las Fuerzas Aéreas estaban probando desde la base de Bangor..., o quién sabe..., quizá sí fueran unos hombrecillos verdes con ganas de comprobar si los chicos del equipo de Maderas Hancock eran capaces de dar una paliza al equipo de Talleres Tinnock.

—Por regla general, la gente inventa una historia y se atiene a ella —intervino Vince—. Es fácil hacerlo siempre y cuando exista un solo factor desconocido, es decir, un envenenador, un grupo de luces misteriosas, una embarcación encallada y con casi toda la tripulación desaparecida... Pero en el caso de *Colorado Kid* todo eran factores desconocidos, y por eso no

había historia. —Hizo una pausa—. Era como ver salir un tren de la chimenea o que una mañana aparezcan varias cabezas de caballo en tu jardín. Nada del otro jueves, pero raro sí. Y esas cosas... —Meneó la cabeza—. A la gente no le gustan esas cosas, Steffi. No quieren esas cosas. Una ola es bonita cuando la ves romper en la playa, pero demasiadas olas hacen que te marees.

Stephanie contempló el mar centelleante, surcado de olas, aunque ese día no demasiado altas, y meditó unos instantes.

—Hay algo más —anunció Dave tras un silencio.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Es nuestra historia —dijo con una intensidad sorprendente que casi se le antojó furia—. Un tipo del Globe, un forastero, no haría más que echarla a perder. No entendería nada.

—¿Y usted sí? —quiso saber Stephanie.

—No —confesó Dave antes de volver a sentarse—. Ni falta que me hace, querida. En lo tocante a *Colorado Kid* me parezco un poco a la Virgen María después de dar a luz al Niño Jesús. La Biblia dice algo así como «Pero María guardó silencio y ponderó aquellas cosas en su fuero interno». A veces es lo mejor que se puede hacer con los misterios.

—Pero ¿me lo van a contar?

—¡Por supuesto, señorita! —exclamó el hombre como si la pregunta lo sorprendiera y también, pensó Stephanie, como si acabara de despertar de un sueño—. Eres una de nosotros, ¿verdad, Vince?

—Cierto —asintió Vince—. Pasaste la prueba en algún momento del verano.

—¿Ah, sí? —dijo ella, de nuevo absurdamente feliz—. ¿Cómo? ¿Qué prueba?

Vince sacudió la cabeza.

—No te lo puedo decir, querida. Solo tienes que saber que en un momento dado empezamos a darnos cuenta de que valías mucho. —Miró a Dave, que asintió, y se concentró de nuevo en Stephanie—. Bueno, ahí va la historia de la que no hemos hablado durante la comida. Nuestro propio misterio sin resolver, la historia de *Colorado Kid*.

Pero fue Dave quien empezó.

—Hace veinticinco años, en el ochenta, dos chicos tomaron el transbordador de las seis y media para ir a la escuela en lugar del de las siete y media. Formaban parte del equipo de atletismo del instituto Bayview Consolidated y además eran novios. Al terminar el invierno, que en la costa nunca dura tanto como en el interior, cruzaban la isla corriendo, bajaban por la playa de Hammock y luego tomaban Bay Street hasta el muelle. ¿Lo visualizas, Steffi?

Así era, y también visualizaba la relación amorosa. Lo que no visualizaba era lo que aquellos «novios» hacían al llegar a la orilla de Tinnock. Sabía que los pocos chicos que iban al instituto tomaban el transbordador de las siete y media y entregaban al encargado, bien Herbie Gosslin o Marcy Lagasse, los pases para que los deslizaran por el viejo lector de código de barras. Una vez en Tinnock, un autobús escolar los esperaba para llevarlos los cuatro kilómetros y medio que había hasta el instituto. Stephanie preguntó si los corredores tomaban el autobús, a lo que Dave sacudió la cabeza con una sonrisa.

—También corrían desde el muelle de Tinnock hasta la escuela —explicó—. No cogidos de la mano, pero casi; siempre el uno junto al otro, Johnny Gravlin y Nancy Arnault. Durante un par de años fueron inseparables.

Stephanie se irguió en la silla. El único John Gravlin al que conocía era el alcalde de la isla Moose-Lookit, un hombre sociable que se mostraba agradable con todo el mundo y ambicionaba el puesto de senador del estado en Augusta. Se estaba quedando calvo y cada vez tenía más tripa. Intentó imaginárselo corriendo como un galgo, tres kilómetros al día por la isla, otros cuatro y medio al otro lado del canal..., pero no lo consiguió.

—No te lo imaginas, ¿verdad, querida? —comentó Vince.

—Pues no —reconoció ella.

—Eso es porque intentas ver a Johnny Gravlin el futbolista, corredor, bromista de viernes noche y amante de sábado como el alcalde John Gravlin, el único animal político de este islote. Se pasea por Bay Street estrechando manos y sonriendo para dejar al descubierto ese diente de oro que lleva, tiene una palabra amable para todo el mundo, nunca olvida un nombre y sabe perfectamente quién conduce una camioneta Ford y quién sigue apañándose con la vieja cosechadora de papá. Es una auténtica caricatura salida de una película de los cuarenta sobre política pueblerina, y es tan paleta que ni se entera. Le queda un paso que dar, y en cuanto llegue a Augusta pueden pasar dos cosas. Que saque la cabeza del culo y se quede ahí o que intente seguir subiendo y se pegue la leche de su vida.

—¡Qué cínico! —exclamó Stephanie con voz no exenta de la admiración que semejante rasgo suscita en los jóvenes.

Vince encogió los huesudos hombros.

—Eh, que yo también soy un estereotipo, querida, solo que mi película es aquella en la que el periodista con sujeta-mangas y la frente manchada de tinta grita «¡Paren las rotativas!» en la última escena. Lo que quiero decir es que Johnny era muy distinto en aquellos tiempos; flaco como un junco y veloz como una liebre. Habría sido un auténtico dios de no ser por esos dientes prominentes que desde entonces se ha hecho arreglar. Y ella..., con aquellos pantaloncitos cortos rojos que llevaba..., era una auténtica diosa..., como tantas otras chicas de diecisiete años, sin duda —añadió tras una pausa.

—Deja de pensar en guarradas —espetó Dave.

—No estaba pensando en guarradas, te lo aseguro —se defendió Vince con expresión sorprendida.

—Si tú lo dices —cedió Dave—. Hay que reconocer que era guapa. Le pasaba algunos centímetros a Johnny, lo cual tal vez fue la razón por la que cortaron en el último curso. Pero en el ochenta eran uña y carne, y cada día corrían hasta el transbordador y luego por Bayview Hill hasta el instituto de Tinnock. Circulaban apuestas de que Johnny dejaría embarazada a Nancy, pero no fue así. O Johnny era un caballero o ella era muy cuidadosa... O puede que fueran más listos que la mayoría de los chicos de la isla.

—Pues yo creo que era por tanto correr —sentenció Vince muy serio.

—No se me vayan por las ramas, por favor —advirtió Stephanie.

Ambos se echaron a reír.

—Vale, vale —accedió Dave—. Una mañana de primavera de 1980, debía de ser en abril, vieron a un hombre sentado en la playa de Hammock, justo a las afueras del pueblo.

Stephanie conocía bien el lugar. La playa de Hammock era un lugar encantador, aunque un poco atestado de veraneantes. No imaginaba cómo sería después del día del Trabajo, aunque tendría ocasión de averiguarlo, ya que su período de prácticas no finalizaba hasta el 5 de octubre.

—Bueno, no sentado exactamente —puntualizó Dave—, sino más bien medio despatarrado, como lo describieron más tarde los chicos. Estaba apoyado contra una de las papeleras, que tienen la base clavada en la arena para evitar que los vendavales se las lleven, pero el peso del hombre había hecho que la papelera quedara... —Puso la mano vertical y acto seguido la inclinó— así.

—Como la torre de Pisa —dijo Steffi.

—Exacto. Y no iba vestido de forma adecuada para primera hora de la mañana, con el termómetro marcando cinco grados y una brisa que producía la sensación de que más bien eran cero. Llevaba pantalones de vestir grises, camisa blanca y mocasines. Nada de abrigo ni guantes. Sin ni siquiera comentar la jugada, los chicos corrieron hacia él para comprobar si estaba bien y de inmediato vieron que no era así. Más tarde, Johnny dijo que supo que el hombre estaba muerto en cuanto le vio la cara, y Nancy dijo lo mismo, pero por supuesto no querían admitirlo sin cerciorarse. ¿No harías tú lo mismo?

—Sí —asintió Stephanie.

—Estaba ahí sentado..., bueno, medio despatarrado, con una mano en el regazo y la otra, la derecha, sobre la arena. Tenía la cara cerúlea salvo por unas manchas violáceas en las mejillas, los ojos cerrados, los párpados azulados, según Nancy, al igual que los labios, y el cuello algo... hinchado, como lo describió. Tenía el pelo color rubio pajizo, bastante corto, aunque con un breve flequillo que se alborotaba cuando soplaba el viento..., o sea casi sin parar. Y Nancy va y dice: «¿Está usted dormido, señor? Si está dormido, será mejor que se despierte». Y Johnny Gravlin dice: «No está dormido, Nancy, ni tampoco inconsciente. No respira». Nancy dice que ya lo sabe, que ya lo ha visto, pero que no quería creerlo. Claro que no quería, pobrecilla. «Puede que sí esté dormido. A veces no se nota la respiración de la gente. Zarandéalo un poco, Johnny, a ver si se despierta.» Johnny no quería, pero tampoco quería parecer un gallina delante de su novia, así que alargó la mano con un esfuerzo sobrehumano, según me contó años más tarde después de tomar un par de copas en el *Breakers*, y le sacudió el hombro. Dijo que lo supo con certeza en cuanto lo tocó, porque aquello no parecía un hombro de verdad, sino la escultura de un hombro. Pero aun así lo sacudió y dijo: «Despierte, señor, despierte y...». Estuvo a punto de decir «y muérase como es debido», pero consideró que no sonaría demasiado bien dadas las circunstancias (quizá ya entonces pensaba un poco como un político), así que dijo: «y huela el café». Le sacudió el hombro dos veces. La primera no pasó nada, pero la segunda, la cabeza del tipo se ladeó hacia el hombro izquierdo (Johnny le estaba sacudiendo el derecho), y el hombre resbaló de la papelera que lo sostenía y cayó de costado, chocando de cabeza contra la arena. Nancy se puso a gritar y echó a correr tan deprisa como podía, lo cual era muy deprisa, te lo aseguro. Si no se hubiera parado, lo más probable es que Johnny hubiera tenido que perseguirla hasta el final de Bay Street o incluso hasta el muelle A. Pero Nancy se paró, Johnny la alcanzó, le rodeó los hombros con el brazo y comentó que nunca se había alegrado tanto de sentir carne viva contra la mano. Más tarde me contó que nunca ha olvidado lo que sintió al tocar el hombro del muerto, que fue como tocar un trozo de madera bajo la camisa blanca.

Dave se interrumpió y se levantó.

—Me apetece una *Coca-Cola* fría —señaló—. Tengo la boca seca, y esta historia es muy larga. ¿Alguien más quiere una?

Resultó que los otros dos también querían, y puesto que Stephanie era la invitada a aquella fiesta, por expresarlo de algún modo, fue ella quien se encargó de ir a buscar las bebidas. Cuando

volvió, los dos ancianos estaban apoyados contra la barandilla del porche, contemplando el canal y la orilla opuesta. Se reunió con ellos, dejó la vieja bandeja de hojalata sobre la ancha baranda y repartió las *Coca-Colas*.

—¿Por dónde iba? —preguntó Dave después de beber un largo trago.

—Sabes muy bien por dónde ibas —espetó Vince—, por el momento en que nuestro futuro alcalde y Nancy Arnault, que vete a saber por dónde anda, probablemente en California, porque las buenas siempre acaban largándose lo más lejos que pueden de la isla, acababan de encontrar a *Colorado Kid* muerto en la playa de Hammock.

—Ah, sí. Bueno, John fue quien corrió hasta el teléfono más próximo, o sea el público que había delante de la biblioteca pública, para llamar a George Wournos, por aquel entonces jefe de la policía de la isla Moose-Lookit y que lleva mucho tiempo criando malas. A Nancy le pareció bien, pero quería que primero Johnny volviera a colocar al «hombre» como estaba. Así lo llamaba, «el hombre», nunca «el muerto» ni «el cadáver», sino «el hombre». Y va Johnny y dice: «Me parece que a la policía no le gusta que los muevan, Nan». Y Nancy dice: «Ya lo has movido; solo quiero que lo vuelvas a poner como estaba». Y él dice: «Lo he hecho porque tú me lo has pedido». A lo que ella responde: «Por favor, Johnny, no soporto verlo en esa postura ni tampoco imaginármelo en esa postura». Y se echa a llorar, lo que por supuesto zanja el asunto. Así pues, Johnny volvió junto al cadáver, que seguía doblado por la cintura como si estuviera sentado, pero con la mejilla izquierda apoyada en la arena. Aquella noche en el *Breakers*, Johnny me confesó que no habría sido capaz de hacer lo que le pedía Nancy si ella no hubiera confiado en él para que lo hiciera, y ¿sabes una cosa? Me lo creo; por una mujer, los hombres son capaces de hacer muchas cosas que ni se plantearían estando solos, cosas que los repugnarían en la mayoría de los casos, aunque estuvieran borrachos y sus amigos los azuzaran. Johnny me contó que cuanto más se acercaba al hombre tirado en la arena, tendido con las rodillas dobladas, como si estuviera sentado en una silla invisible, más seguro estaba de que el cadáver abriría los ojos e intentaría morderlo. El hecho de saber que el tipo estaba muerto no mitigaba en absoluto aquella sensación, sino que la agudizaba. No obstante, por fin llegó junto a él y, haciendo acopio de valor, apoyó las manos sobre aquellos hombros de madera y volvió a sentar al muerto con la espalda apoyada contra la papelera. Me dijo que estaba convencido de que la papelera volcaría y se estrellaría contra la arena con un golpe, y que entonces él no podría evitar gritar. Pero la papelera no volcó, y Johnny no gritó. Creo firmemente, Steffi, que los pobres mortales estamos hechos para pensar siempre que pasará lo peor porque casi nunca pasa. Por eso las cosas meramente desagradables nos parecen insignificantes, casi positivas, de hecho, y así salimos adelante.

—¿De verdad lo cree?

—Oh, sí. En cualquier caso, cuando se disponía a alejarse, Johnny vio un paquete de cigarrillos caído sobre la arena. Puesto que lo peor ya había pasado y solo quedaba lo meramente desagradable, fue capaz de cogerlo al tiempo que se recordaba que debía contárselo a George Wournos, por si la policía del estado buscaba huellas y encontraba las suyas en el papel de celofán, y guardarlo en el bolsillo de la camisa blanca del muerto. Luego volvió junto a Nancy, que lo esperaba a cierta distancia, arrebujada en la sudadera del instituto y dando saltitos, sin duda helada con aquellas bermuditas que llevaba, aunque está claro que sentía algo más que frío... De todos modos, el frío no le duró, porque los dos corrieron hasta la biblioteca pública, y apuesto algo a que, de haberlos cronometrado, habrían batido el récord de los ochocientos metros lisos, o casi. Nancy llevaba muchas monedas de veinticinco centavos en el monederito que guardaba en la sudadera, y fue ella quien llamó a George Wournos, que se estaba vistiendo para ir a trabajar. Era el propietario de Western Auto, que es donde las señoras de la iglesia organizan ahora sus mercadillos.

Stephanie, que había cubierto varios de aquellos artículos en su columna, asintió.

—George le preguntó si estaba segura de que el hombre estaba muerto, y Nancy dijo que sí. Luego le pidió que le pasara a Johnny y le hizo a este la misma pregunta. Johnny también dijo que sí. Dijo que había zarandeado al hombre y que estaba más tieso que una tabla de planchar.

También le contó a George que el cadáver había caído sobre la arena, le habló del paquete de cigarrillos que se le había caído del bolsillo y de que se lo había vuelto a meter, pensando que George le echaría la bronca, pero no fue así. Nadie le echó nunca la bronca por eso. Nada que ver con las series policíacas de la tele, ¿eh?

—De momento no —repuso Stephanie.

Sin embargo, se le ocurrió que la historia le recordaba un pelín a un capítulo de *Se ha Escrito un Crimen* que había visto en cierta ocasión. Teniendo en cuenta la conversación que había suscitado que le contaran aquella historia, no creía que el personaje de *Angela Landsbury* apareciera para resolver el enigma..., aunque sin duda alguien debía de haber averiguado algo, se dijo Stephanie, al menos lo suficiente para saber de dónde procedía el muerto.

—George le dijo a Johnny que volviera corriendo con Nancy a la playa y lo esperaran allí —prosiguió Dave—, y que se cercioraran de que nadie más se acercaba al cadáver. Johnny dijo que vale. George le dijo: «Si pierdes el transbordador de las siete y media, os daré a ti y a Nancy una nota de disculpa para la escuela». Johnny respondió que aquello era lo último que lo preocupaba en aquellos momentos. Luego él y Nancy volvieron a la playa, aunque esta vez al trote en lugar de a la carrera.

Stephanie lo comprendía perfectamente. El trayecto desde la playa de Hammock hasta el límite del pueblo de Moose era cuesta abajo, pero regresar corriendo habría resultado muy duro, sobre todo si apenas les quedaba adrenalina.

—Mientras tanto, George Wournos llamó al doctor Robinson, que vivía en Beach Lañe —terció Vince antes de hacer una pausa para recordar el episodio con una sonrisa—. Y después me llamó a mí.

—¿Aparece una víctima de asesinato en la única playa pública de la isla y el jefe de policía llama al editor del periódico local? —se sorprendió Stephanie—. Vaya, eso sí que no tiene nada que ver con *Se ha Escrito un Crimen*.

—La vida en la costa de Maine casi nunca se parece a *Se ha Escrito un Crimen* —observó Dave con suma sequedad—, y por entonces éramos como ahora, Steffi, sobre todo cuando se van los veraneantes y solo quedamos nosotros, todos en el mismo barco. Eso no convierte nuestra existencia en algo romántico, sino más bien..., no sé, una especie de política de transparencia. Si todo el mundo sabe lo que hay que saber, eso frena muchos chismes. En cuanto a lo del asesinato..., bueno, Steffi, me parece que te has pasado un poco.

—No la machaques —advirtió Vince—. Nosotros mismos le hemos metido esa idea en la cabeza al hablar del envenenamiento de Tashmore. Steffi, Chris Robinson trajo al mundo a dos de mis hijos. Mi segunda esposa, Arlette, con la que me casé seis años después de la muerte de Joanne, tenía mucha amistad con la familia Robinson e incluso llegó a salir con el hermano de Chris, Henry, cuando iban a la escuela. Lo que ha dicho Dave es cierto, pero también lo es que la nuestra no era una mera relación profesional.

Dejó su refresco, que denominaba «droga», sobre la barandilla y abrió ambas manos a los lados del rostro en un ademán que a Stephanie le pareció encantador y desarmante a un tiempo. No ocultaré nada, decía aquel gesto.

—Aquí hacemos piña; siempre ha sido así y creo que nunca cambiará, porque nunca llegaremos a ser muchos más de los que somos ahora.

—Gracias a Dios —masculló Dave—. Nos ahorraremos los putos *Wal-Mart*... Perdona, Steffi.

Stephanie sonrió y aseguró que no pasaba nada.

—La cuestión es que quiero que olvides la idea del asesinato, ¿de acuerdo, Steffi?

—Sí —asintió ella.

—Estoy casi seguro de que al final no podrás ni desterrarla ni abrazarla del todo. Eso es lo que pasa con muchos de los elementos que rodean a *Colorado Kid* y la razón por la que no sirve para el Globe de Boston, por no hablar de Yankee, Downeast y Coast. De hecho, ni siquiera servía para el *The Weekly Islander* en realidad. Publicamos la noticia, claro está, porque somos un periódico y nuestro trabajo consiste en publicar noticias. A fin de cuentas, tengo que hablar de Ellen Dunwoodie y la boca de incendios, así como del pequeño de los Lester, que tiene que ir a Boston para un trasplante de riñón, si es que llega, y por supuesto tú tienes que escribir sobre el Baile y Acarreo de Heno Anual en Granjas Gerner.

—Sin olvidar el picnic —agregó Stephanie en un murmullo—. Habrá bufet libre, y a la gente le interesará saberlo.

Los dos hombres estallaron en carcajadas; Dave incluso se palmeó el pecho para indicar que Stephanie «había soltado una buena», como solía decirse en la isla.

—¡Muy cierto, querida! —exclamó Vince, aún sonriente—. Pero a veces sucede algo, como que dos muchachos salen a correr una mañana y encuentran un cadáver en la playa más bonita del lugar, y entonces te dices: «Esto encierra una historia». No solo material para publicar el qué, el porqué, el cuándo, el dónde y el cómo, sino una auténtica historia..., pero luego descubres que no es así, que tan solo se trata de un montón de cabos sueltos en torno a un misterio en verdad inexplicable. Y eso es lo que no quiere la gente, querida. Demasiadas olas; se marean.

—Amén —corroboró Dave—. ¿Por qué no cuentas tú el resto antes de que se ponga el sol?

Y Vince Teague empezó a hablar.

—Estuvimos en el ajo casi desde el principio, y con eso me refiero a Dave y a mí, al *The Weekly Islander*, en definitiva, aunque no publiqué lo que George Wournos me pidió que no publicara. Me pareció bien, porque en aquel asunto no parecía haber nada que afectara el bienestar de la isla en ningún sentido. Es la clase de concesión que los periodistas hacen una y otra vez, Steffi, sin duda también las harás, y con el tiempo te acostumbras, aunque debes procurar que no llegue a ser algo sobreentendido. Los chicos volvieron a la playa y custodiaron el cadáver, aunque lo cierto es que no les costó demasiado. En el rato transcurrido hasta que llegaron George Wournos y el doctor Robinson, tan solo vieron cuatro coches, y ninguno de ellos aminoró la velocidad al ver a dos adolescentes trotando sin desplazarse y haciendo estiramientos junto al pequeño aparcamiento de la playa. En cuanto llegaron, George y el médico enviaron a los chicos a la escuela, y aquí es donde abandonan la historia. Siguieron sintiendo curiosidad, como suele pasarle a la gente, pero en definitiva se alegraron de marcharse, no me cabe la menor duda. George aparcó su Ford en el estacionamiento, el médico cogió el maletín, y ambos caminaron hasta el lugar donde se encontraba el cadáver apoyado contra la papelera. De nuevo se había ladeado un poco, y lo primero que hizo el médico fue erguirlo.

—¿Está muerto, doctor? —preguntó George.

—Pues sí, lleva muerto al menos cuatro horas, aunque probablemente seis o más —repuso el médico (Fue más o menos entonces cuando llegué y aparqué mi Chevrolet junto al Ford de George.)—. Está más tieso que una tabla de planchar. Rigor mortis.

—Así que crees que lleva aquí desde... ¿cuándo, medianoche? —aventuró George.

—Puede que lleve aquí desde el verano pasado —espetó el doctor Robinson—. Lo único que sé es que lleva muerto desde las dos de la madrugada, a juzgar por el rigor. Es probable que muriera a medianoche, pero no soy un experto en la materia. Si había mucho viento, puede que eso afectara el rigor mortis...

—Anoche no había viento —terció—. Calma total.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —exclamó el doctor Robinson—. Ya que estás podrías darnos tú la hora de la muerte, sabueso.

—No, lo dejo en tus manos.

—Pues creo que yo lo dejaré en manos del forense del condado —señaló el médico—. Se llama Cathart y está en Tinnock. El estado le paga once mil dólares adicionales al año para que haga conjeturas. En mi humilde opinión no es suficiente, pero cada loco con su tema; yo no soy más que un médico de familia. Pero lo que está claro es que este tipo estaba muerto a las dos, a la hora en que se puso la luna.

Acto seguido, los tres guardamos silencio durante alrededor de un minuto, contemplando al muerto como si fuéramos sus deudos. Un minuto puede pasar volando bajo según qué circunstancias, pero también hacerse eterno en un momento como aquel. Recuerdo el sonido del viento, aún leve, pero empezando a arreciar por el este. Cuando viene de ahí y estás en el lado continental de la isla, emite un sonido muy peculiar...

—Sí, una especie de lamento —añadió Stephanie en voz baja.

Ambos hombres asintieron. Lo que la joven no sabía era que en invierno emitía a veces un sonido espeluznante, como el grito de una mujer desolada, y no había razón para contárselo en aquel momento.

—Finalmente..., creo que por decir algo, George pidió al médico que calculara la edad del muerto.

—Unos cuarenta, diría yo, cinco arriba o cinco abajo —conjeturó Robinson—. ¿Estás de acuerdo, Vince?

Asentí; me parecía una estimación acertada y pensé que era una lástima morir a los cuarenta años, una auténtica pena. Es la edad más anónima de un hombre. Entonces el médico vio algo que le resultó interesante. Apoyó una rodilla en el suelo, tarea nada fácil para un tipo como él, que debía de pesar ciento cuarenta kilos y no llegaba al metro setenta y cinco, y asió la mano derecha del muerto, la que estaba apoyada sobre la arena. Tenía los dedos algo doblados, como si

hubiera muerto formando con ellos un catalejo improvisado. Cuando el médico sostuvo la mano en alto, distinguimos arenilla pegada a la cara interior de los dedos y también en la palma.

—¿Qué ves? —quiso saber George—. A mí me parece arena de la playa.

—Y lo es, pero ¿por qué está pegada? —replicó el doctor Robinson—. Esta papelera y todas las demás de la playa están instaladas por encima de la marea, como sabe cualquier persona con dos dedos de frente, y anoche no llovió. La arena está sequísima. Y además, mirad...

Levantó la mano izquierda del muerto. Todos vimos que llevaba alianza y que no había arena en los dedos ni en la palma. El médico dejó aquella mano y cogió de nuevo la otra, ladeándola un poco para alumbrar mejor la cara interior.

—Ahí—señaló—. ¿Lo veis?

—¿Qué es? —inquirí—. ¿Grasa? ¿Un poco de grasa?

—Creo que has ganado el osito de peluche, Vince —sonrió él—. Y fijaos en los dedos curvados.

—Sí, como si los hubiera doblado a modo de catalejo —observó George.

Para entonces, los tres estábamos de rodillas, como si la papelera fuera un altar y pretendiéramos resucitar al muerto a fuerza de oraciones.

—No, no creo que se trate de eso —objetó el médico.

En aquel momento me di cuenta de algo, Steffi, de que el doctor Robinson estaba emocionado, como se emociona la gente cuando descubre algo que no suele descubrirse en circunstancias normales. Escudriñó el rostro del muerto (al menos eso creía yo, aunque luego resultó que miraba un poco más abajo), y al poco miró de nuevo los dedos doblados.

—No, no lo creo —repitió.

—Entonces ¿qué? —preguntó George—. Quiero dar parte a la policía del estado y a la oficina del fiscal general, Chris, y lo que no quiero es pasarme la mañana entera de rodillas mientras tú juegas a detectives.

—¿Ves cómo el pulgar casi toca el índice y el medio? —indicó el médico, y en efecto, lo veíamos—. Si este hombre hubiera muerto mirando entre los dedos doblados a modo de catalejo, el pulgar estaría encima de los demás dedos, tocando el medio y el anular. Probadlo vosotros mismos si no me creéis.

Así que lo probé, y resultó que Chris tenía razón.

—Estos dedos no forman un tubo —dictaminó el médico al tiempo que tocaba de nuevo la mano rígida del muerto—, sino unas pinzas. Si combinamos este dato con la grasa y la arenilla de la palma y la cara interior de los dedos, ¿qué obtenemos?

Yo lo sabía, pero puesto que George era la autoridad, dejé que fuera él quien lo dijera.

—Si estaba comiendo algo cuando murió —prosiguió—, ¿dónde está la comida?

El doctor Robinson señaló el cuello del muerto, en el que incluso Nancy Arnault había reparado por su tumefacción, y dijo: «Tengo la sensación de que casi todo sigue ahí dentro y de que se asfixió. Pásame el maletín, Vincent».

Se lo pasé. Intentó buscar algo en su interior, pero constató que solo podía utilizar una mano si quería mantener el equilibrio. Desde luego, era muy corpulento y necesitaba apoyar al menos una mano en el suelo para no desplomarse. Así pues, me devolvió el maletín y me dijo: «Aquí dentro llevo dos otoscopios, Vincent, esas lamparitas de exploración. Tengo la de diario y otra que está como nueva. Necesitaremos las dos.

—Eh, para el carro —protestó George—. ¿No decías que ibas a dejarlo en manos de Cathart? Es a él a quien pagan por trabajos como este.

—Asumo toda la responsabilidad —aseguró el doctor Robinson—. La curiosidad mató al gato, pero la satisfacción lo devolvió a la vida. Me has hecho venir aquí a pasar frío sin ni siquiera darme tiempo a tomar una taza de té y una tostada, así que tengo toda la intención del mundo de darme una satisfacción. Quizá no pueda, pero tengo una corazonada... Vince, coge este. George, tú coge el nuevo, y no lo dejes caer en la arena, por favor, que cuesta doscientos dólares. Bueno, no he estado a gatas desde que jugaba a caballito más o menos a los siete años, así que tendréis que daros prisa y hacer exactamente lo que os diga. ¿Habéis visto a alguna vez a

los tipos de los museos enfocar cuadros pequeños con unas lamparitas muy pequeñas para iluminarlos?

George no lo había visto nunca, así que el doctor Robinson se lo explicó. En cuanto se hubo cerciorado de que George Wournos lo entendía, el editor del periódico local se arrodilló a un lado del cadáver sentado, y el jefe de policía al otro, cada uno de ellos armado con una de las lamparitas del médico. Sin embargo, en aquella ocasión no alumbrarían una obra de arte, sino la garganta del muerto para que el médico pudiera echar un vistazo.

Chris se colocó en posición entre murmullos y resoplidos, lo cual habría resultado gracioso si las circunstancias no hubieran sido tan extrañas y si yo no hubiera temido que en cualquier momento podía darle un infarto, alargó la mano, la deslizó entre los labios del muerto y le bajó la mandíbula como si de una bisagra se tratara. Lo cual, por supuesto, si te paras a pensarlo, es cierto.

—Bueno —dijo entonces—. Acercaos, chicos. No creo que me muerda, pero si me equivoco, seré yo quien pague el pato.

George y yo nos acercamos y alumbramos el gáznate del muerto. Todo era rojo y negro salvo la lengua, que era de color rosa. Después de soltar unos cuantos gruñidos y bufidos más, el médico dijo para sus adentros: «Un poco más», y volvió a tirar de la mandíbula. «Alumbradle bien el gáznate», nos ordenó, e hicimos cuanto pudimos. Nuestro movimiento desplazó la luz de las lámparas del rosa de la lengua hacia esa cosa que cuelga al fondo de la boca..., la cómo se llame...

—Campanilla —indicaron Dave y Steffi al unísono.

—Eso —dijo Vince—. Y justo detrás vi algo, o la parte superior de algo color gris oscuro. Fueron solo dos o tres segundos, pero lo bastante para satisfacer la curiosidad del doctor Robinson. Retiró los dedos de la boca del muerto (el labio inferior emitió una especie de chasquido al chocar de nuevo contra la encía, pero la boca se quedó más o menos donde estaba), y se sentó en la arena, resoplando como un camión viejo.

—Tendréis que ayudarme a levantarme —advirtió cuando recobró el aliento—. Tengo las dos piernas dormidas de rodilla para abajo. Maldita sea, qué imbecilidad estar tan gordo.

—Te ayudaré a levantarte cuando me digas —se ofreció George—. ¿Has visto algo?

—A mí me ha parecido ver algo —señalé.

A decir verdad, estaba seguro, joder..., perdona, Steffi, pero no quería vacilarle.

—Sí, señor, está ahí atrás —afirmó el médico.

Aún jadeaba, pero también parecía complacido, como si hubiera conseguido rascarse y calmar un engorroso prurito.

—Cathart lo sacará, y entonces sabremos si es un trozo de ternera, de cerdo u otra cosa, pero en mi opinión da lo mismo. Sabemos lo que importa, y es que vino aquí con un trozo de carne en la mano y se sentó a comer mientras contemplaba la luna sobre el agua. Apoyó la espalda contra la papelera y luego se atragantó, como el negrito de la rima infantil. ¿Con el último bocado de la comida que llevaba? Puede que sí, pero no necesariamente.

—Una vez muerto, una gaviota podría haberle quitado lo que le quedaba de la mano izquierda —señaló George—. Y dejado la grasa.

—Correcto —asintió el médico—. Y ahora, ¿vais a ayudarme a levantarme o tengo que ir a gatas hasta el coche de George y agarrarme a la manecilla de la puerta?

8

—¿Qué piensas, Steffi? —inquirió Vince antes de beber un trago de *Coca-Cola* para refrescarse la garganta—. ¿Misterio esclarecido? ¿Caso cerrado?

—¡Ni mucho menos! —exclamó ella con ojos relucientes, apenas consciente de la carcajada que suscitaban sus palabras—. Puede que sí quede clara la causa de la muerte, pero... ¿Qué era, por cierto? Me refiero a lo que tenía atrapado en la garganta. ¿O me estoy adelantando demasiado?

—Querida, no puedes adelantarte a una historia que no existe —señaló Vince, también con ojos relucientes—. Pregunta lo que quieras, que yo te contestaré. Y Dave también, supongo.

—Era un trozo de ternera —explicó el gerente del *The Weekly Islander* como si quisiera corroborar las palabras de su amigo—. Y probablemente de uno de los mejores cortes, entrecot, quizá, o filete. Estaba poco hecho, y el certificado de defunción aseguraba que la causa de la muerte fue asfixia por atragantamiento, si bien el hombre al que siempre hemos llamado *Colorado Kid* también había sufrido un accidente vascular cerebral..., o sea, una embolia. Cathart concluyó que el atragantamiento provocó la embolia, pero ¿quién sabe? Pudo haber sido a la inversa. Así que ya ves, incluso la causa de la muerte es poco clara cuando la analizas con detenimiento.

—El episodio tiene al menos un detalle interesante, pequeño, eso sí, que ahora mismo te cuento —intervino Vince—. Trata de un tipo que en algunos aspectos se parecía a ti, Stephanie, aunque quiero creer que tú caíste en mejores manos a la hora de dar los últimos toques a tu formación. Manos mejores y también más compasivas. Aquel tipo era joven, tenía veintitrés años, si no recuerdo mal, al igual que tú era forastero (en su caso del Sur, no del Medio Oeste), y estaba haciendo un máster en ciencia forense.

—Así que trabajaba con el doctor Cathart y descubrió algo.

Vince sonrió de oreja a oreja.

—Una conclusión lógica, querida, pero te equivocas acerca de la persona con quien trabajaba. Se llamaba... ¿Cómo se llamaba, Dave?

Dave Bowie, cuya memoria para los nombres era afilada como una daga, no vaciló ni un segundo.

—Devane, Paul Devane.

—Exacto, ahora que lo dices me acuerdo. Aquel joven, Devane, fue destinado a hacer tres meses de prácticas de campo con un par de detectives de la policía del estado en la oficina del fiscal general. Solo que en su caso, «sentenciado» sería el término más preciso, porque lo trataban fatal —aseguró Vince con expresión ensombrecida—. Las personas de edad que maltratan a los jóvenes cuando lo único que quieren estos es aprender..., en mi opinión habría que despedirlos. Sin embargo, a menudo los ascienden en lugar de darles la patada. Está claro que Dios ladeó un poco el mundo al mismo tiempo que lo ponía a dar vueltas. Cada día pasan montones de cosas que reflejan esa inclinación.

Aquel joven, Devane, pasó cuatro años en un sitio como la Universidad de Georgetown con la intención de aprender la ciencia que permite cazar a los delincuentes, y justo cuando empezaba a florecer, por un golpe del destino lo enviaron a trabajar con un par de detectives de esos que se pasan el día comiendo rosquillas y que lo convirtieron en poco más que el chico de los recados, obligándolo a llevar expedientes de Augusta a Waterville y ahuyentar a los mirones en los accidentes de tráfico. De vez en cuando le dejaban medir una pisada o tomar fotografías de una huella de neumático como premio, pero no era lo habitual, diría yo, en absoluto.

—En cualquier caso, Steffi, aquellos dos sagaces sabuesos, que espero lleven mucho tiempo en la puñetera calle, se encontraban en Tinnock cuando el cadáver de *Colorado Kid* apareció en la playa de Hammock. Estaban investigando un incendio que se había producido en un piso y era de «origen sospechoso», como solemos escribir cuando publicamos noticias así en el periódico, y llevaban consigo a su mascota, que por entonces ya había empezado a perder todo idealismo. Si hubiera caído en manos de dos de los buenos detectives que trabajan en la oficina del fiscal general, y te aseguro que he conocido a unos cuantos pese a la maldita burocracia que crea tantos

problemas en el sistema policial de este estado, o si el Departamento de Estudios Forenses lo hubiera enviado a alguno de los otros estados que admiten estudiantes, aquel chico podría haber acabado como uno de esos tipos que salen en *CSI*...

—Me gusta esa serie —atajó Dave—. Es mucho más realista que *Se ha Escrito un Crimen*. ¿A quién le apetece una magdalena? Hay algunas en la despensa.

A todos les apetece, de modo que el relato quedó en suspenso mientras Dave iba a buscarlas y las traía junto con un rollo de papel de cocina. Cuando todos hubieron cogido una magdalena de calabaza y un papel de cocina para atrapar las migas, Vince pidió a Dave que continuara.

—Es que me estoy yendo por las ramas y a este paso os tendré a aquí media noche —avisó.

—Pues a mí me parece que ibas bien —comentó Dave.

Vince se golpeó el pecho huesudo con la mano igual de huesuda.

—Llama a una ambulancia, Steffi, que se me acaba de parar el corazón —bromeó.

—No será tan gracioso cuando te pase de verdad, carcamal —refunfuñó Dave.

—Fíjate en todas las migas que escupe —señaló Vince—. Como decía mi madre, babeamos tanto al nacer como al morir. Vamos, Dave, sigue con la historia, pero primero traga, haznos el favor.

Dave obedeció, regando el bocado de magdalena con un largo trago de *Coca-Cola*. Stephanie esperaba que su propio aparato digestivo fuera capaz de afrontar semejantes desafíos cuando alcanzara la edad de Dave Bowie.

—Bueno, vamos allá —empezó el hombre—. George no se molestó en acordonar la playa, porque eso habría atraído a los curiosos como moscas a un montón de estiércol, pero esos dos idiotas de la oficina del fiscal general sí lo hicieron. Pregunté a uno de ellos por qué se molestaban, y me miró como si fuera un pobre desgraciado. «Es el escenario de un crimen», replicó.

—Puede que sí y puede que no —repuse yo—, pero una vez se lleven el cadáver, ¿qué pruebas cree que no se habrá llevado el viento?

Porque para entonces el viento de levante había arreciado bastante. Sin embargo, aquellos dos insistieron, y tengo que reconocer que la foto quedó muy bien en portada, ¿verdad, Vince?

—Cierto, las fotos en las que sale cinta policial siempre venden ejemplares —convino Vince.

La mitad de su magdalena había desaparecido, y Stephanie no vio ninguna miga en su servilleta.

—Devane estaba por ahí mientras el forense, Cathart, echaba un vistazo al cadáver; la mano con la arena pegada, la mano sin arena y luego el interior de la boca. Pero cuando llegó a la playa el coche fúnebre que la funeraria de Tinnock había enviado en el transbordador de las nueve, los dos detectives repararon en su presencia y concluyeron que estaba peligrosamente cerca de aprender algo. Como no podían permitirlo, lo enviaron a por cafés, rosquillas y bollos para ellos, Cathart, el ayudante de Cathart y los dos chicos de la funeraria que acababan de llegar. Devane no sabía adónde ir, y para entonces yo ya estaba en el lado equivocado de la cinta policial, así que lo llevé a la panadería de Jenny. Tardamos una media hora, quizá un poco más, y casi todo ese rato lo pasamos en el coche, donde me forjé una idea bastante clara de la situación del chico. No obstante, le doy matrícula de honor en discreción, porque no se dedicó a machacar a sus superiores, sino que tan solo dijo que no estaba aprendiendo tanto como había esperado, y puesto que lo habían enviado a por provisiones mientras Cathart efectuaba la primera exploración del cadáver, no me costó nada atar cabos. Cuando volvimos, la exploración había terminado y los de la funeraria ya habían metido el cadáver en una bolsa. Ello no impidió a uno de los detectives, un tipo grandullón y corpulento llamado O'Shanny, poner a Devane de vuelta y media. «¿Por qué coño has tardado tanto? Se nos está quedando el culo helado.» Y bla bla bla. Devane se tomó la bronca con estoicismo, sin quejarse ni explicarse, a todas luces alguien lo educó como es debido, así que decidí intervenir y aseguré que nos habíamos dado toda la prisa posible. «No les habría gustado que rebasáramos el límite de velocidad, ¿verdad, agentes?», comenté con la esperanza de quitar hierro al asunto y suscitar alguna sonrisa. Sin embargo, no funcionó. El otro detective, que se llamaba Morrison, soltó: «¿Y a usted quién le ha dado vela en este entierro? ¿No tiene

algún mercadillo o algo parecido que cubrir?»). Su compañero sí se echó a reír entonces, pero el joven que había ido allí para aprender los entresijos de la ciencia forense y en realidad lo único que había aprendido era que a O'Shanny le gustaba el café con leche y a Morrison, solo, se ruborizó hasta la raíz del cabello. Mira, Steffi, nadie llega a la edad que tenía ya entonces sin que algún mequetrefe con autoridad te machaque, pero lo lamenté muchísimo por Devane, que estaba espantosamente avergonzado, no solo por sí mismo, sino también por mí. Advertí que andaba buscando el modo de pedirme disculpas, pero antes de que hallara la forma (o antes de que yo tuviera ocasión de decirle que no hacía falta, puesto que él no había hecho nada malo), O'Shanny cogió la bandeja de los cafés, se la entregó a Morrison, y luego me quitó las dos bolsas de pastas. Acto seguido ordenó a Devane que pasara bajo la cinta policial y recogiera la bolsa de pruebas que contenía los efectos personales del muerto.

—Firma el recibo —le ordenó como si hablara con un niño de cinco años— y asegúrate de que nadie toca la bolsa hasta que yo vuelva a pedírtela. Y no se te ocurra meter las narices. ¿Está claro?

—Sí, señor —asintió Devane.

Me dedicó una sonrisa fugaz, y lo seguí con la mirada mientras recogía la bolsa de pruebas que le entregó el asistente del doctor Cathart y que en realidad se parecía más a una carpeta de acordeón para archivar documentos. Lo vi sacar el recibo del sobre transparente que había en el anverso de la bolsa... Por cierto, ¿sabes para qué sirve el recibo, Steffi?

—Creo que sí—repuso ella—. ¿No es para que, en caso de ir a juicio y de utilizar las pruebas halladas en el escenario del crimen, la fiscalía pueda demostrar una cadena impoluta de posesión del objeto que se presenta ante el tribunal como prueba A?

—Muy bien expresado —alabó Vince—. Deberías ser escritora.

—Muy gracioso —espetó Stephanie.

—Sí, señor, este es nuestro Vincent, un auténtico *Oscar Wilde* —se mofó Dave—. Al menos no está refunfuñando como *Óscar* de *Barrio Sésamo*. En fin, vi al joven señor Devane firmar el recibo de posesión y guardarlo de nuevo en el sobre transparente del anverso de la bolsa. Luego lo vi darse la vuelta para mirar cómo los forzudos de la funeraria cargaban el cadáver en el coche. Vince ya había vuelto aquí para empezar a escribir el artículo, y en aquel momento yo también me fui tras decirle a la gente que me preguntaba, una multitud considerable atraída por la estúpida cinta policial como moscas por la miel, que podrían enterarse de todo por tan solo veinticinco centavos, que es lo que costaba el *Islander* por aquel entonces. Aquella fue la última vez que vi a Paul Devane, ahí de pie mientras observaba a esos dos cachas cargar el cadáver en el coche fúnebre. Pero resulta que sé que Devane desobedeció la orden de O'Shanny de no meter las narices en la bolsa de pruebas, porque me llamó al *Islander* unos dieciséis meses después. Por entonces habría renunciado a la ciencia forense y regresado a la universidad para estudiar derecho. Fuera bueno o malo, aquel cambio de orientación se debió a los detectives O'Shanny y Morrison, pero en definitiva fue Paul Devane quien convirtió el cadáver no identificado de la playa de Hammock en *Colorado Kid* e hizo posible que la policía terminara por identificarlo.

—Y nosotros nos hicimos con la noticia —terció Vince—, en buena medida porque Dave Bowie invitó a aquel chico a una rosquilla y le dio algo que el dinero no puede comprar, es decir, un oído atento y un poco de comprensión.

—Te has pasado un poco —protestó Dave, removiéndose en la silla—. No estuve con él ni media hora; bueno, quizá tres cuartos si contamos el tiempo que hicimos cola en la panadería.

—A veces con eso basta —aseguró Stephanie.

—Cierto, puede que a veces baste —señaló Dave—, y en cualquier caso no tiene nada de malo. ¿Cuánto tiempo crees que tarda un hombre en asfixiarse por culpa de un trozo de carne?

Ninguno de los otros dos tenía respuesta para aquella pregunta. En el canal, el yate de algún veraneante rico hizo sonar pretenciosamente la bocina mientras se aproximaba al muelle de Tinnock.

—Olvidémonos de Paul Devane por un rato —pidió Vince—. Dave puede contarte el resto de su historia más tarde, pero creo que primero tenemos que hablarte de las conjeturas.

—Cierto —convino Dave—. Esto no es una historia hecha y derecha, Steffi, pero si lo fuera, ese sería probablemente el siguiente capítulo.

—No creas que Cathart hizo la autopsia enseguida, porque no fue así. Habían muerto dos personas en el incendio que había llevado a O'Shanny y Morrison hasta aquí, y ellos tenían prioridad. No solo porque murieron antes, sino sobre todo porque eran víctimas de asesinato, mientras que nuestro cadáver no identificado tenía todo la pinta de haber sufrido un accidente. Para cuando Cathart se puso por fin con nuestro hombre, los detectives ya habían vuelto a Augusta, por suerte. Estuve presente en la autopsia cuando por fin se practicó, porque yo era lo más parecido a un fotógrafo profesional en la zona por aquel entonces, y querían una «identificación dormida» del tipo. Es un término europeo y lo único que significa es una especie de retrato lo bastante presentable para salir en los periódicos. Lo que se pretende es que el cadáver dé la impresión de estar echando una cabezadita.

Stephanie adoptó una expresión interesada y escandalizada a un tiempo.

—¿Y funciona?

—Pues no —aseguró Vince—. Bueno, quizá podría engañar a un niño o a alguien que mirara la foto con los ojos medio cerrados. Había que sacarla antes de la autopsia, porque Cathart pensaba que la garganta obstruida quizá lo obligaría a abrir demasiado la mandíbula.

—¿Y ya no parecería dormido si tenía una correa atada alrededor del mentón para cerrarle la boca? —comentó Stephanie, sonriendo a su pesar.

Resultaba espantoso que una cosa así le pareciera graciosa, pero así era; una espeluznante criatura que anidaba en su mente se empeñaba en crear sin cesar viñetas repugnantes de lo que le estaban contando.

—Probablemente no —repuso Vince, que también sonreía, al igual que Dave, de modo que si Stephanie estaba enferma, los otros dos con toda seguridad también, gracias a Dios—. En mi opinión, una foto así parecería un cadáver con dolor de muelas.

Los tres estallaron en carcajadas, y Stephanie constató que adoraba a aquellos dos vejesterios.

—Hay que reírse de la Parca —declaró Vince mientras cogía el vaso de *Coca-Cola* de la barandilla para beber un trago y volver a dejarlo en su lugar—, sobre todo a mi edad. Percibo a esa zorra detrás de cada puerta, y cada vez que apago la luz huelo su aliento junto a mí sobre la almohada, donde mis esposas apoyaban la cabeza, Dios las bendiga a ambas.

—Cierto, hay que reírse de la Parca.

—En fin, Steffi, que saqué los retratos, las «identificaciones dormidas», y salieron como cabría esperar. En la mejor de ellas, el tipo daba la impresión de estar durmiendo una mona monumental o quizá de estar en coma, y esa fue la que publicamos al cabo de una semana. También la sacaron en el *Daily News* de Bangor, así como en los periódicos de Ellsworth y Portland. Por supuesto, no sirvió de nada, no se presentó nadie que lo conociera, y más adelante descubrimos que existía un motivo más que justificado para ello. Pero entretanto, Cathart hizo su trabajo, y puesto que aquellos dos capullos de Augusta ya se habían quitado de en medio, no le importó que yo estuviera presente, siempre y cuando no publicara que él me lo había permitido. Le aseguré que no lo haría, y por supuesto no lo hice. Empezando por arriba, primero teníamos el tapón de ternera que el doctor Robinson ya había visto en la garganta del hombre. «Aquí tienes la causa de la muerte, Vince», constató Cathart, y la embolia (que descubrió mucho después de que yo regresara a la isla), no le hizo cambiar de idea. Dijo que si alguien le hubiera hecho la maniobra de Heimlich o si se la hubiera hecho él mismo, tal vez no habría acabado sobre aquella mesa de acero con los intestinos desparramados por todas partes. En segundo lugar, *Contenido Estomacal Número Uno*, es decir lo último que comió, el tentempié de medianoche que nuestro hombre apenas había empezado a digerir cuando murió. Solo carne de ternera, unos seis o siete bocados en total. Cathart calculó que habría unos cien gramos. Por

último, *Contenido Estomacal Número Dos*, es decir la cena, que estaba..., bueno, no voy a entrar en detalles, pero digamos que el proceso digestivo estaba tan avanzado que lo único que el doctor Cathart pudo asegurar sin efectuar pruebas complementarias fue que nuestro hombre había cenado pescado, probablemente acompañado de ensalada y patatas fritas, unas seis o siete horas antes de morir.

—No soy *Sherlock Holmes* que digamos —comenté a Cathart—, pero creo que puedo adivinar algo más.

—¿Ah, sí? —replicó él, algo escéptico.

—Sí —aseguré—. Creo que cenó en el *Curly's* o en el *Jan's Wharfside*, o si no en el *Yanko's* de la isla.

—¿Y por qué en uno de esos sitios cuando debe de haber cincuenta restaurantes en un radio de cuarenta kilómetros de aquí que sirven pescado, incluso en abril? —preguntó él—. ¿Por qué no en el *Grey Gull*, por ejemplo?

—Porque el *Grey Gull* no se rebajaría a servir pescado con patatas fritas —señalé—, y eso es lo que comió este tipo.

Había estado bien durante toda la autopsia hasta entonces, Steffi, pero en aquel momento empecé a marearme como un pato. «Esos tres restaurantes sirven pescado y patatas fritas», le dije a Cathart, «y he oído vinagre en cuanto le ha rajado el estómago». Y dicho aquello fui pitando al lavabo y vomité. Pero tenía razón. Revelé la «identificación dormida» y al día siguiente la mostré por los restaurantes que servían pescado con patatas fritas. En el *Yanko's* no les sonaba, pero la chica del mostrador de comida para llevar del *Jan's Wharfside* lo reconoció de inmediato. Dijo que le había servido una cesta de pescado con patatas fritas y una *Coca-Cola* o una *Coca-Cola light*, no lo recordaba, la tarde antes de que lo encontraran muerto. Se llevó la cesta a una mesa y se sentó a comer y a mirar el mar. Pregunté a la chica si dijo algo, pero me contestó que nada en especial, tan solo por favor y gracias. Le pregunté si se había fijado adonde fue después de la cena, que tomó alrededor de las cinco y media, y me dijo que no.

Vince miró a Stephanie.

—Lo que creo es que bajó al muelle para tomar el transbordador de las seis hasta la isla. Las horas concuerdan.

—Cierto, es lo que siempre he pensado —convino Dave.

De repente, a Stephanie se le ocurrió algo y se irguió en la silla.

—Era abril —dijo—. Mediados de abril en la costa de Maine, pero no llevaba abrigo cuando lo encontraron. ¿Llevaba abrigo cuando comió en el *Jan's*?

Ambos hombres le dedicaron una sonrisa radiante, como si acabara de resolver una ecuación complicadísima. No obstante, según sabía Stephanie, su trabajo, aun en el modesto *Weekly Islander*, no consistía tanto en resolver enigmas como en determinar qué enigmas requerían solución.

—Buena pregunta —alabó Vince.

—Excelente —añadió Dave.

—Estaba reservando esa parte para luego —comentó Vince—, pero puesto que aquí no hay historia que valga, reservar las partes más emocionantes no tiene sentido..., y si quieres respuestas, querida niña, te vas a quedar con un palmo de narices. La chica del *Jan's* no lo recordaba con seguridad, y nadie más se acordaba de él. Supongo que en cierto modo debemos considerarnos afortunados; si se hubiera acercado a ese mostrador a mediados de julio, cuando esos sitios están a reventar de gente hambrienta de cestas de pescado con patatas fritas, panecillos de langosta y helados, la camarera no lo habría recordado en absoluto a menos que se hubiera bajado los pantalones para enseñarle el pajarito.

—Y aún —puntualizó Stephanie.

—Cierto. Sin embargo, lo recordaba, pero no recordaba si llevaba abrigo o no. La verdad es que no la presioné demasiado, pues sabía que si insistía mucho podía acabar recordando algo solo para complacerme... o para librarse de mí. «Me parece recordar que llevaba una chaqueta de color verde claro, señor Teague», dijo, «pero puede que me equivoque». Y puede que así sea,

pero ¿sabes una cosa? Creo que tenía razón, que llevaba una chaqueta de color verde claro.

—¿Y adónde fue a parar? —quiso saber Stephanie—. ¿Llegó a aparecer una chaqueta así?

—No —denegó Dave—, así que tal vez no existía..., aunque en ese caso no imagino qué hacía sin chaqueta en plena noche de abril en una playa de Maine.

Stephanie se volvió hacia Vince, asaltada de repente por mil preguntas acuciantes que no alcanzaba a articular.

—¿Por qué sonríes, querida? —le preguntó Vince.

—No lo sé —admitió ella—. Bueno, sí—se corrigió tras una pausa—. Es que tengo tantas preguntas que hacer que no sé por dónde empezar.

Los dos ancianos estallaron en carcajadas. Dave llegó a sacarse un gran pañuelo del bolsillo posterior para enjugarse los ojos.

—¡Qué bueno! —exclamó—. ¡Sí, señora! Te propongo una cosa, Steffi. ¿Por qué no haces como si estuvieras sacando del sombrero un boleto para la rifa del juego de Tupperware en el Mercadillo Femenino de Otoño? Cierra los ojos y pesca un número.

—De acuerdo —accedió Stephanie, y aunque no llegó a ese extremo, sí hizo algo parecido—. ¿Qué hay de las huellas dactilares del muerto? ¿Y de su historial dental? Creía que cuando se trataba de identificar a alguien, esos métodos eran más o menos infalibles.

—La mayoría de la gente lo cree, y probablemente es cierto en muchos casos —asintió Vince—, pero no olvides que este episodio sucedió en 1980, Steff —señaló sonriendo, aunque con una expresión seria en la mirada—. Antes de la revolución informática y mucho antes de la aparición de *Internet*, esa herramienta mágica que los jóvenes de hoy dais por hecha. En 1980 era posible verificar las huellas dactilares y el historial dental de las personas que la policía denominaba sujetos no identificados si se disponía de las huellas de una persona que sospecharan era ese sujeto, pero intentar verificarlas sobre la base de las huellas o el historial dental de todos los delincuentes buscados por todos los departamentos de policía habría llevado años, por no hablar de todas las personas desaparecidas cada año en Estados Unidos. Aun cuando redujeras la lista a varones de entre treinta y cuarenta y cinco años... Imposible, querida.

—Pero creía que las fuerzas armadas tenían archivos informáticos ya en aquella época...

—No lo creo —objetó Vince—, y aun cuando así fuera, no creo que nadie llegara a enviarles las huellas del Chaval de Colorado.

—En cualquier caso, la identificación inicial no se efectuó gracias a las huellas ni el historial dental del muerto —intervino Dave al tiempo que entrelazaba los dedos sobre su voluminoso pecho y daba la impresión de empaparse del sol, ya más oblicuo pero aún cálido—. Creo que lo que acabo de decir recibe el nombre de «ir al grano».

—¿Y cómo se efectuó?

—Eso nos devuelve de nuevo a Paul Devane —prosiguió Vince—, y me gusta volver a hablar de Paul Devane, porque como te decía antes, ahí sí que hay una historia, y las historias son lo mío. Son lo que me va, como suele decirse. Devane es como un consejo de *Horado Alger*, pequeño pero satisfactorio. «Esfuézate y triunfa. Trabaja y vence.»

—Orina y vinagre —añadió Dave.

—Si tú lo dices —dijo Vince sin inmutarse—. Si tú lo dices... Cuestión, Devane se va con esos dos polis imbéciles, O'Shanny y Morrison, en cuanto Cathart les da el informe preliminar sobre las dos víctimas del incendio, porque les importa un pimiento el tipo muerto por atragantamiento en la isla de Moose-Lookit. Entretanto, Cathart sigue haciendo conjeturas respecto a nuestro cadáver no identificado en la presencia de un servidor. En el certificado de defunción escribe «asfixia causada por atragantamiento» o el término médico equivalente. Los periódicos publican mi «identificación dormida», que nuestros antepasados victorianos denominaban con mucha más exactitud «retrato fúnebre». Y nadie llama a la Oficina del Fiscal General ni a la policía del estado en Augusta para comunicar que se trata de su padre, tío o hermano desaparecido. La funeraria de Tinnock lo guarda en su nevera durante seis días. No lo marca la ley, pero como muchas cosas de este estilo, Steffi, ha llegado a convertirse en una especie de tradición aceptada. Todo el mundo en la industria funeraria lo sabe, aunque nadie sabe

por qué. Transcurridos esos seis días, al ver que el cadáver seguía sin identificar y que nadie lo reclamaba, Abe Carvey procedió a embalsamarlo. Nuestro amigo fue a parar a la cripta que la funeraria tiene en el cementerio de Seaview.

—Esta parte es un poco espeluznante —observó Stephanie.

Casi le parecía ver el muerto, por alguna razón no metido en un ataúd, aunque sin duda la funeraria debía de haber aportado alguna suerte de caja barata, sino simplemente tendido sobre una lápida y cubierto con una sábana. Un paquete no reclamado en una oficina de correos fúnebre.

—Cierto —convino Vince—. ¿Quieres que siga?

—Si no sigue lo mato —amenazó ella.

Vince asintió sin sonreír, aunque a todas luces complacido con ella. Stephanie ignoraba cómo lo sabía, pero así era.

—Pasó todo el verano y medio otoño en la cripta. En noviembre, al ver que el cadáver aún no tenía nombre ni dueño, decidieron enterrarlo —explicó Vince en su espeso acento de Nueva Inglaterra—. Ya sabes, antes de que el frío endureciera la tierra y dificultara la tarea.

—Entiendo —musitó Stephanie.

Y así era. En esta ocasión no detectó comunicación telepática alguna entre los dos hombres, pero tal vez se produjo, porque Dave tomó el relevo de la narración (por insignificante que fuera) sin que el editor del *Islander* se lo indicara.

—Devane aguantó con O'Shanny y Morrison hasta el final —dijo—. Lo más probable es que incluso les regalara una corbata o algo por el estilo al acabar sus tres meses o su trimestre de prácticas o lo que fuera. Como creo que ya te he dicho antes, Stephanie, aquel chico era tenaz. Pero en cuanto terminó, arregló el papeleo en su universidad, que creo que, en efecto, era Georgetown, aunque puede que me equivoque, y se matriculó en todos los cursos necesarios para ingresar en la facultad de derecho. Salvo por dos detalles, este podría haber sido el fin de la intervención del señor Paul Devane en esta historia, que como bien dice Vince, no es una historia excepto quizá por el papel que él representó en ella. El primer detalle es que Devane echó un vistazo a la bolsa de pruebas en algún momento y examinó los efectos personales de nuestro difunto amigo. El segundo es que entabló una relación formal con una chica, y esta lo llevó a conocer a sus padres, como hacen a menudo las chicas cuando van en serio, y el padre de la chica tenía como mínimo un mal hábito que por entonces era más común que ahora: fumaba.

Por la mente de Stephanie, que funcionaba muy bien, como ambos hombres sabían, surcó de inmediato la imagen del paquete de cigarrillos que se había deslizado del bolsillo del muerto al desplomarse este sobre la arena. Johnny Gravlin, ahora alcalde de Moose-Lookit, lo había recogido y guardado de nuevo en el bolsillo del hombre. Y de repente se le ocurrió otra idea, pero no en forma de la proverbial bombilla, sino más bien de relámpago cegador. Dio un respingo como si la hubiera picado un insecto, y con un pie volcó su *Coca-Cola*, que se derramó espumosa sobre la curtida tarima del porche y se coló por sus ranuras hasta las piedras y la maleza que crecía debajo. Los dos hombres no se dieron ni cuenta; reconocían un estado de gracia en cuanto lo veían, y observaban a su becaria con interés y satisfacción.

—¡El sello! —casi chilló la joven—. En la parte inferior de todos los paquetes de cigarrillos hay un sello del estado del que proceden.

Ambos la aplaudieron con discreción y absoluta sinceridad.

10

—Permíteme que te cuente lo que vio el señor Devane al echar su vistazo prohibido a la bolsa de pruebas, Steffi, y por cierto, estoy convencido de que lo hizo más por despecho hacia sus superiores que con la esperanza de descubrir algo valioso en aquella exangüe colección de objetos. Para empezar, la bolsa contenía la alianza de nuestro sujeto no identificado, un aro de oro liso sin nombres ni fechas.

—¿No se lo dejaron pues...?

Al ver cómo la miraban los dos hombres, Stephanie comprendió que la pregunta que había estado a punto de formular era absurda. Si hubieran identificado al muerto, le habrían devuelto el anillo y tal vez lo hubieran enterrado con él puesto, si tal era el deseo de sus familiares. Pero hasta entonces constituía una prueba y como tal había que tratarla.

—No —se respondió a sí misma—. Claro que no, qué tonta. Pero una cosa... Debía de existir una señora No Identificado en alguna parte, ¿no?

—Sí —asintió Vince Teague entre dientes—. Y la encontramos. Al final la encontramos.

—¿Y también había Noidentificaditos? —inquirió Stephanie, diciéndose que el muerto era de la edad adecuada para tener unos cuantos.

—No nos centremos en esta parte de la historia todavía, ¿de acuerdo? —masculló Dave.

—Ah, vaya..., lo siento —se disculpó Stephanie.

—No tienes por qué sentirlo —aseguró él con una leve sonrisa—, pero es que no quiero perder el hilo. Es fácil cuando no hay..., ¿cómo decirlo, Vince?

—Línea argumental —repuso Vince.

También él sonreía, pero en sus ojos se reflejaba una expresión algo ensimismada. Stephanie se preguntó si sería la idea de los hijos del difunto la que había provocado aquella distancia.

—Exacto, línea argumental —repitió Dave antes de meditar un instante y demostrar con sus siguientes palabras que no había perdido el hilo en absoluto—. La bolsa contenía la alianza del fallecido, diecisiete dólares en billetes (uno de diez, uno de cinco y dos de uno), así como varias monedas por valor de un dólar aproximadamente —enumeró sin vacilar—. Asimismo, según Devane, había una moneda extranjera, y le pareció que la inscripción era rusa.

—Rusa —murmuró Stephanie, maravillada.

—Caracteres cirílicos —musitó Vince.

—Había un paquete de caramelos de menta y otro de chicles en el que solo quedaba uno. También una caja de cerillas con un anuncio de filatelia en el anverso..., imagino que las habrás visto, te las dan en todas las tiendas. Devane dijo que vio un arañazo de cerilla rosado y brillante —explicó Dave—. Y luego estaba el famoso paquete de cigarrillos, abierto y casi lleno. Devane creía que solo faltaba uno, y el único arañazo de cerilla que encontró en la caja parecía corroborarlo, en su opinión.

—Pero no había ninguna cartera —comentó Stephanie.

—No, señora.

—Ni identificación de ninguna clase.

—No.

—¿Llegó a surgir la teoría de que alguien le robó el último pedazo de carne y la cartera? —sugirió antes de soltar una risita ahogada que no alcanzó a contener.

—Steffi, consideramos absolutamente todas las posibilidades —aseguró Vince—, incluyendo la de que a nuestro amigo lo hubiera dejado en la playa una de aquellas Luces Costeras.

—Unos dieciséis meses después de que Johnny Gravlin y Nancy Arnault descubrieran el cadáver —prosiguió Dave—, la chica de Paul Devane lo invitó a pasar un fin de semana en casa de sus padres, en Pensilvania. Imagino que la isla de Moose-Lookit, la playa Hammock y nuestro cadáver no identificado eran lo último que le rondaba por la cabeza en aquellos momentos. Nos contó que él y su novia tenían previsto salir al cine o algo parecido. Mamá y papá estaban en la cocina, acabando de fregar los platos, y pese a que Paul se había ofrecido a ayudar, lo habían desterrado al salón con el argumento de que no sabía dónde se guardaban las cosas. Así que estaba ahí sentado, mirando lo que fuera que pusiesen esa noche en la tele, y en un momento

dado desvió la mirada hacia el sillón de Papá Oso, y en la mesilla auxiliar situada junto al sillón de Papá Oso, justo al lado de la revista de televisión de Papá Oso y el cenicero de Papá Oso, estaba el paquete de cigarrillos de Papá Oso.

Se detuvo y sonrió con un encogimiento de hombros.

—Es curioso cómo suceden las cosas a veces. Te hace preguntarte con cuánta frecuencia no sucede nada. Si aquel paquete hubiera estado colocado de otra forma, es decir, con la parte superior de cara a Paul en lugar de la inferior, tal vez nuestro cadáver no identificado seguiría siendo un cadáver no identificado en lugar de *Colorado Kid* y más adelante el señor James Cogan de Nederland, una ciudad situada al norte de Boulder. Sin embargo, Paul tenía la parte inferior del paquete delante de las narices, y de repente se fijó en el sello. Era un sello como los de correos, lo cual le recordó el paquete de cigarrillos que había visto aquel día en la bolsa de pruebas. Resulta, Steffi, que uno de los carceleros de Paul Devane, no recuerdo si O'Shanny o Morrison, fumaba, y como parte de sus quehaceres, el chico le había comprado un montón de paquetes de Camel. Si bien también llevaban sello, le parecía recordar que no era igual que el que había visto en el paquete del muerto. Tenía la impresión de que el sello de los cigarrillos del estado de Maine que compraba para el detective era de tinta, como los que a veces te ponen en la mano cuando vas a un baile o..., no sé...

—¿Al Acarreo de Heno y Picnic de Granjas Gerner? —sugirió ella con una sonrisa.

—¡Exacto! —exclamó Dave, señalándola con un dedo gordezuelo—. Cuestión, que aquel no era que digamos un descubrimiento equiparable al del Arquímedes, pero Paul Devane no pudo dejar de pensar en el asunto durante todo el fin de semana, porque el recuerdo del paquete de cigarrillos del muerto lo acosaba. Para empezar, consideraba que los cigarrillos del tipo muerto deberían haber llevado un sello del estado de Maine, fuera cual fuese la procedencia del hombre.

—¿Por qué?

—Porque solo faltaba un cigarrillo en el paquete. ¿Qué clase de fumador se fuma solo un cigarrillo en seis horas?

—¿Un fumador poco viciado?

—Un tipo que lleva un paquete lleno y se fuma un solo cigarrillo en seis horas no es un fumador poco viciado, es un no fumador —sentenció Vince—. Asimismo, Devane había visto la lengua del hombre. Yo también, porque estaba de rodillas delante de él para alumbrarle la boca con el otoscopio del doctor Robinson. La tenía rosadita como un caramelo, nada que ver con la lengua de los fumadores.

—Ah, y luego está la caja de cerillas —señaló Stephanie, pensativa—. ¿Solo había un arañazo?

Vince Teague la miró con una sonrisa mientras asentía.

—Un solo arañazo —repitió.

—¿Y no llevaba encendedor?

—No —respondieron ambos hombres al unísono antes de echarse a reír.

—Devane esperó hasta el lunes —continuó Dave—, y como el asunto de los cigarrillos no dejaba de rondarle por la cabeza, pese a que casi había transcurrido un año y medio desde aquel episodio, me llamó por teléfono y me explicó que creía que existía la posibilidad, solo la posibilidad, de que el paquete de cigarrillos de nuestro cadáver no identificado no procediera del estado de Maine. De ser así, el sello de la parte inferior revelaría de dónde procedía. Expresó sus dudas de que el hombre hubiera sido fumador, pero señaló que el sello podía ser una pista aunque él no lo fuera. Me mostré de acuerdo con él, pero sentía curiosidad por saber por qué me había llamado a mí. Me dijo que no se le ocurría quién más podía estar interesado en el asunto a esas alturas. Tenía razón, porque a mí me seguía interesando, y a Vince también, y resultó que también tenía razón respecto al sello. Yo no fumo, nunca he fumado, probablemente por eso he llegado a la avanzada edad de sesenta y cinco años en plena forma...

Vince emite un gruñido y agitó una mano en dirección a su amigo, que continuó hablando, imperturbable.

—... así que me llegué dando un paseo hasta el quiosco Bayside News y observé que, en efecto, los paquetes de cigarrillos llevaban un sello de tinta en la parte inferior, no un sello como los de correos. Luego llamé a la Oficina del Fiscal General y hablé con un tipo llamado Murray, de un departamento llamado Almacenaje y Archivo de Pruebas. Fui todo lo diplomático que pude, Stephanie, porque aquellos dos detectives inútiles debían de seguir en activo por entonces...

—... y habían pasado por alto una pista potencialmente valiosa, ¿verdad? —terminó Steffi por él—. Una pista que podría haber ceñido la búsqueda de nuestro hombre a un solo estado, una pista que tenían delante de las narices, por así decirlo.

—Exacto —convino Vince—, y no podían culpar a su becario, porque le habían ordenado explícitamente no meter las narices en la bolsa de pruebas. Además, para cuando salió a la luz que los había desobedecido...

—... Paul Devane ya estaba fuera de su alcance —acabó Steffi.

—Tú lo has dicho —corroboró Dave—. Pero en cualquier caso no les habrían echado demasiada bronca. No olvides que estaban investigando un asesinato en Tinnock, el homicidio de dos personas que murieron en aquel incendio, y que nuestro cadáver no identificado había muerto accidentalmente por asfixia.

—Pero aun así... —señaló Steffi, poco convencida.

—En efecto, la fastidiaron, no hace falta que te andes con rodeos, que estás entre amigos —le dijo Dave con una sonrisa—. Sin embargo, el *Islander* no tenía ningún interés en causar problemas a esos dos policías. Se lo dejé muy claro a Murray, y también le aseguré que no había delito; lo único que pretendía era intentar averiguar quién era aquel pobre tipo, porque con toda probabilidad, en alguna parte había personas que lo echaban de menos y querrían saber qué le había ocurrido. Murray dijo que ya se pondría en contacto conmigo, que era la respuesta que había esperado, pero aun así pasé una tarde espantosa, dudando de si había jugado bien mis cartas. Podría haberlas jugado de una forma distinta; podría haber pedido al doctor Robinson que llamara a Augusta o incluso convencido a Cathart para que lo hiciera, pero la idea de utilizarlos como peones no iba conmigo. Supongo que suena un poco cursi, pero considero que, en nueve de cada diez casos, la honradez es la mejor política..., solo que me preocupaba que aquel fuera el décimo. Pero al final todo salió bien. Murray me llamó justo cuando acababa de concluir que no volvería a saber de él y ya me había puesto la chaqueta para irme a casa. Esas cosas suelen pasar, ¿verdad?

—Como cuando llevas siglos esperando el autobús, por fin te enciendes un cigarrillo y justo entonces llega —recitó Vince.

—Dios mío, qué poético, dame lápiz y papel para que pueda anotararlo —exclamó Dave con una sonrisa aún más amplia.

La sonrisa no solo le quitaba años de encima, sino que estos daban la impresión de salir despedidos, y de repente se parecía al niño que sin duda había sido. Al poco adoptó de nuevo una

expresión seria, y el niño desapareció.

—En las grandes ciudades se pierden pruebas constantemente, es natural, pero Augusta aún no es tan grande a pesar de ser la capital del estado. Al sargento Murray no le costó mucho encontrar la bolsa de pruebas con la firma de Paul Devane en el recibo de posesión; me dijo que diez minutos después de hablar conmigo ya la tenía. El resto del tiempo que había tardado en llamarme lo había invertido en obtener autorización de la persona apropiada para revelarme el contenido..., lo cual acabó por conseguir. El paquete era de Winston, y el sello era tal como Paul Devane lo recordaba; un papelito pegado a la parte inferior sobre el que se veía escrita la palabra COLORADO en pequeñas letras oscuras. Murray me anunció que pasaría la información al despacho del fiscal general, y que ahí querrían saber «con anterioridad a la publicación» cualquier progreso que hiciéramos en la identificación de *Colorado Kid*. Así lo llamó, de forma que podría decirse que fue el sargento Murray del Departamento de Almacenaje y Archivo de Pruebas de la Oficina del Fiscal General quien acuñó el término. También me dijo que esperaba que si en efecto conseguíamos identificar al tipo mencionáramos en el artículo que la Oficina del Fiscal General había sido de ayuda. A mí me pareció todo un detalle por su parte.

Stephanie se inclinó hacia delante con ojos relucientes, totalmente absorta en el relato.

—¿Y qué hicieron a continuación? ¿Cómo procedieron?

Dave abrió la boca para responder, pero Vince apoyó una mano sobre el rollizo hombro del gerente del *Islander* para detenerlo.

—¿Cómo crees tú que procedimos, querida?

—¿Hora de clase? —preguntó ella.

—Pues sí —replicó Vince.

Y al comprobar por sus ojos y la línea de su boca (sobre todo por esto último) que lo decía completamente en serio, Stephanie reflexionó unos instantes antes de dar una respuesta.

—Hicieron... copias de la «identificación dormida»...

—Cierto.

—Y luego..., a ver..., las enviaron junto con recortes a... ¿cuántos periódicos de Colorado?

Vince le dedicó una sonrisa, asintió y alzó el pulgar en señal de aprobación.

—Setenta y ocho, señorita McCann, y no puedo hablar por Dave, pero me asombró comprobar lo barato que era enviar tal cantidad de copias, aun en 1981. No creo que llegara a cien pavos, franqueo incluido.

—Y por supuesto lo pasamos como gastos de empresa —señaló Dave, que también hacía las veces de contable—. Hasta el último centavo, como está mandado.

—¿Y cuántos periódicos publicaron la fotografía?

—¡Todos y cada uno de ellos! —exclamó Vince al tiempo que se daba un espeluznante manotazo en el muslo huesudo—. ¡Sí, señor, incluso el *Post* de Denver y el *Rocky Mountain News*! Porque ahora la historia contenía un solo elemento peculiar y una preciosa línea argumental, ¿entiendes?

Stephanie asintió. Era sencillo y hermoso; lo entendía a la perfección.

Vince también asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hombre no identificado, tal vez procedente de Colorado, hallado en la playa de una isla de Maine, a tres mil kilómetros de distancia. Por no hablar del pedazo de carne que le obstruía el gástrico, por no hablar del abrigo que podía haber ido a parar a quién sabe dónde (o que tal vez nunca había existido), por no hablar de la moneda rusa que llevaba en el bolsillo. Simple y llanamente *Colorado Kid*, el clásico Misterio sin Resolver, y por supuesto, todos publicaron la historia, incluso los gratuitos que casi solo llevan publicidad.

—Y a finales de octubre de 1981, dos días después de que el periódico de Boulder la publicara —intervino Dave—, me telefoneó una mujer llamada Arla Cogan. Vivía en Nederland, una ciudad situada en la ladera de las montañas al norte de Boulder, y su marido había desaparecido en abril del año anterior, dejando atrás a su esposa y a un hijo que por entonces tenía seis meses. Me contó que se llamaba James, y si bien no tenía idea de lo que podía haber estado haciendo en una isla frente a la costa de Maine, la fotografía publicada en el *Camera* se

parecía mucho a él. Muchísimo, de hecho. —Dave hizo una pausa antes de proseguir—. Es evidente que sabía que se parecía pero que muchísimo, porque nada más decirlo se echó a llorar.

12

Stephanie pidió a Dave que deletreara el nombre de pila de la señora Cogan, porque el denso acento del gerente apenas si le permitía distinguir las vocales.

—La mujer no tenía las huellas de su marido —continuó Dave tras hacer lo que le pedía la joven—, cómo iba a tenerlas, pobrecita, pero sí me proporcionó el nombre de su dentista, y...

—Un momento, un momento —atajó Stephanie, levantando las manos como un policía de tráfico—. ¿A qué se dedicaba en vida el tal Cogan?

—Trabajaba de ilustrador en una agencia publicitaria de Denver —explicó Vince—. Desde entonces he visto algunos de sus trabajos, y la verdad es que son bastante buenos. Nunca se habría hecho famoso a escala nacional, pero si querías una imagen para un folleto que mostrara a una mujer sosteniendo en la mano un rollo de papel higiénico como si acabara de pescar una trucha descomunal, Cogan era tu hombre. Viajaba a Denver dos veces por semana, los martes y los miércoles, para asistir a reuniones y presentaciones de producto. El resto del tiempo trabajaba en casa.

Stephanie clavó la mirada en Dave.

—El dentista habló con Cathart, el forense, ¿correcto?

—Estás dando en todos los clavos, Steffi. Cathart no tenía ninguna radiografía de la dentadura de *Colorado Kid*, porque carecía del equipo necesario y no había visto motivo para enviar el cadáver al hospital del condado, donde podrían haberle sacado placas, pero sí había tomado nota de todos los empastes y de dos coronas. Todo coincidía. A continuación envió copias de las huellas dactilares del muerto a la policía de Nederland, que a su vez envió a un experto a casa de los Cogan para que buscara huellas en su despacho. La señora Cogan, Arla, le aseguró que no encontraría nada, que lo había limpiado todo de arriba abajo cuando por fin se convenció de que su Jim no volvería a casa, de que la había dejado, algo a lo que apenas podía dar crédito, o bien de que le había sucedido algo terrible, lo cual empezaba a creer. El experto respondió que si Cogan había pasado «una cantidad significativa de tiempo» en aquella estancia que había utilizado como despacho, sin duda aún habría huellas. —Dave se detuvo, suspiró y se mesó el escaso cabello que le quedaba—. En efecto, había, y entonces supimos a ciencia cierta quién era nuestro sujeto no identificado, también conocido como *Colorado Kid*. James Cogan, de cuarenta y dos años, procedente de Nederland, Colorado, casado con Arla Cogan, padre de Michael Cogan, que contaba seis meses en el momento de la desaparición de su padre y casi dos cuando por fin fue identificado.

En aquel instante, Vince se levantó y se desperezó con el puño oprimido contra las lumbares.

—¿Qué tal si entramos? Empieza a hacer un poco de frío, y todavía quedan algunas cosas que contar.

Usaron por turnos el servicio oculto en un trastero tras la vieja imprenta offset que ya no se utilizaba; el periódico se imprimía en Ellsworth desde 2002. Mientras Dave estaba en el lavabo, Stephanie puso en marcha la cafetera. Si la historia que en realidad no era una historia duraba una horita más, lo cual intuía más que probable, todos agradecerían una taza de café.

Al regresar del servicio, Dave husmeó el aire en dirección a la cocinita y asintió con ademán aprobador.

—Me gustan las mujeres que no consideran que la cocina sea un instrumento de tortura solo porque trabajan para ganarse la vida —comentó.

—A mí me pasa exactamente lo mismo con los hombres —replicó Stephanie, y mientras Dave se echaba a reír y asentía (la joven había soltado dos frases ingeniosas en una sola tarde, un auténtico récord), ladeó la cabeza en dirección a la enorme imprenta—. Eso sí que me parece un instrumento de tortura.

—No es tan horrible como parece —aseguró Vince—, pero la anterior sí que era un espanto. Con esa te podías amputar el brazo si no tenías cuidado, y aunque lo tuvieras, ella lo intentaba. ¿Por dónde íbamos?

—Por la mujer que acababa de averiguar que era viuda —dijo Stephanie—. Imagino que vendría a buscar el cadáver.

—Sí —asintió Dave.

—¿Y uno de ustedes fue a buscarla al aeropuerto de Bangor?

—¿A ti qué te parece, querida?

A Stephanie no le llevó mucho rato hallar una respuesta. A finales de octubre o principios de diciembre de 1981, *Colorado Kid* ya debía de ser agua más que pasada para las autoridades del estado de Maine..., y en su calidad de víctima de un atragantamiento, su muerte nunca había despertado demasiado interés. No era más que un cadáver sin identificar.

—Que sí, por supuesto. Ustedes dos eran los únicos amigos que esa mujer tenía en todo el estado de Maine.

Aquella idea surtió el peculiar efecto de hacerle darse cuenta de que Arla Cogan había sido (y con toda probabilidad aún era) una persona de carne y hueso, no solo una figura de ajedrez en una novela de misterio de *Agatha Christie* o un episodio de *Se ha Escrito un Crimen*.

—Fui yo —murmuró Vince al tiempo que se inclinaba hacia delante y se miraba las manos nudosas entrelazadas bajo las rodillas—. Y a decir verdad, no era como me esperaba. Me había forjado una imagen de ella basada en una idea equivocada. No debería haberlo hecho. Llevo sesenta y cinco años en el periodismo, tantos como mi compañero de aventuras lleva en este mundo, y te aseguro que ya no es el pipiolo que cree ser, y en todo este tiempo he visto bastantes cadáveres. Casi todos ellos te quitan de la cabeza todas esas sandeces de la poesía romántica: «Vi a una doncella hermosa y quieta». Los cadáveres son feos de solemnidad en la mayoría de los casos; de hecho, casi nunca parecen humanos. Pero eso no era cierto en el caso de *Colorado Kid*. Tenía un aspecto casi lo bastante bueno para merecer un puesto en uno de los poemas románticos del señor *Poe*. Por supuesto, no olvides que lo había fotografiado antes de la autopsia, y si mirabas el retrato durante más de dos segundos, parecía pero que muy muerto (al menos en mi opinión), pero aun así había algo apuesto en él, con sus mejillas cenicientas, los labios pálidos y ese toque de lavanda en los párpados.

—Brr —se estremeció Stephanie, aunque comprendía a qué se refería Vince y, sí, recordaba a un poema de *Poe*, el de *Leonora*.

—Sí, señor, suena a amor de verdad —terció Dave antes de levantarse para servir el café.

Vince Teague se dio cuenta de que a Stephanie se le antojó un barril de café semidescafeinado antes de proseguir.

—Lo único que intento decir es que esperaba a una belleza pálida de cabellera oscura —confesó con una sonrisa algo melancólica—, pero en su lugar me encontré con una pelirroja rolliza y llena de pecas. En ningún momento dudé de que su dolor y su angustia fueran genuinos, pero tengo la impresión de que era de las que se ponen a comer en lugar de ayunar cuando las cosas van mal. Sus parientes habían ido a Colorado desde Omaha o Des Moines o algún sitio parecido para ocuparse del bebé, y nunca olvidaré lo perdida y sola que parecía en el aeropuerto sujetando su maletita no junto a su cuerpo, sino contra su voluminoso pecho. No era para nada lo que había esperado, una especie de *Leonora* perdida...

Stephanie dio un respingo y se dijo que quizá ahora la telepatía funcionaba a tres bandas.

—Sin embargo, supe enseguida quién era. La saludé con la mano y ella se acercó. «¿Señor Teague?», preguntó. Cuando le dije que sí, que ese era yo, dejó la maleta en el suelo y me abrazó. «Gracias por venir a buscarme. Gracias por todo. Aún no puedo creer que sea él, pero cuando miro la fotografía, sé que lo es.» El trayecto en coche hasta aquí es largo, tú lo sabes mejor que nadie, Steffi, así que tuvimos mucho tiempo para hablar. Lo primero que me preguntó fue si sabía qué estaba haciendo Jim en la costa de Maine. Le dije que no. Luego me preguntó si se había registrado en algún motel local el miércoles por la noche... —Se interrumpió para mirar a Dave—. ¿Voy bien? ¿Era el miércoles por la noche?

—Sin duda te preguntó por el miércoles, porque Johnny y Nancy lo encontraron el jueves 24 de abril de 1980 —repuso Dave.

—Es increíble que se acuerde —se maravilló Stephanie.

—Ese tipo de cosas se me quedan grabadas en la memoria —explicó Dave con un encogimiento de hombros—, pero al mismo tiempo me olvido de que tengo que comprar el pan, lo cual me obliga a salir de nuevo en plena lluvia para ir a la panadería.

Stephanie se volvió de nuevo hacia Vince.

—Está claro que no se registró en ningún motel la noche antes de que lo encontraran muerto, porque de lo contrario no habrían pasado tanto tiempo llamándolo «sujeto no identificado». Quizá lo habrían conocido por algún otro alias, pero nadie se registra en un motel con esa calificación.

Vince empezó a asentir mucho antes de que Stephanie acabara la frase.

—Dave y yo nos pasamos las tres o cuatro semanas después de que encontraran a *Colorado Kid*, en nuestras horas libres, por supuesto, peinando todos los moteles en círculos concéntricos crecientes, con la isla de Moose-Lookit en el epicentro. Habría sido casi imposible hacerlo en temporada alta, cuando hay cuatrocientos moteles, hoteles, cabañas, casas rurales y demás alojamientos en encarnizada competencia a medio día en coche del transbordador de Tinnock, pero en abril no era más que una ocupación a tiempo parcial, porque el setenta por ciento de los alojamientos cierran desde Acción de Gracias hasta la festividad de Memorial Day. Mostramos aquella fotografía por todas partes, Steffi.

—¿Y no hubo suerte?

—Ni una pizca —declaró Dave.

Stephanie se volvió hacia Vince.

—¿Qué dijo la mujer cuando se lo comentó?

—Nada. Estaba destrozada... Lloró un poco —recordó tras una pausa.

—Cómo no iba a llorar la pobrecita —terció Dave.

—¿Y usted qué hizo? —inquirió Stephanie sin apartar la mirada de Vince.

—Pues mi trabajo —repuso él sin vacilar.

—Porque siempre necesita saber —dijo ella.

Vince enarcó las pobladas y enmarañadas cejas.

—¿Tú crees?

—Sí —asintió ella—, lo creo.

Y se volvió hacia Dave en busca de confirmación.

—Creo que te tiene clichado, colega —comentó Dave.

—La cuestión es..., ¿también es ese tu trabajo, Steffi? —preguntó Vince con una sonrisa algo torva—. Porque yo creo que sí.

—Por supuesto —contestó ella, casi con despreocupación.

Hacia semanas que lo sabía, aunque si alguien se lo hubiera preguntado antes de entrar en el *Islander*, se habría echado a reír ante la idea de tomar decisiones definitivas acerca de su vida profesional desde un destino tan remoto. La Stephanie McCann que había estado a punto de decantarse por New Jersey en lugar de la isla Moose-Lookit, frente a la costa de Maine, se le antojaba ahora una persona distinta, una auténtica forastera.

—¿Qué le dijo ella? ¿Qué sabía?

—Lo justo para convertir una historia extraña en otra aún más extraña —repuso Vince.

—Cuénteme.

—De acuerdo, pero te lo advierto, aquí es donde termina la línea argumental recta.

—Cuénteme de todos modos —insistió Stephanie sin titubear.

—El miércoles, 23 de abril de 1980, Jim Cogan fue a trabajar a la agencia *Mountain Overlook Advertising* como cualquier otro miércoles —empezó Vince—. Eso es lo que me contó su mujer. Llevaba una carpeta de ilustraciones que había realizado para *Sunset Chevrolet*, una de las empresas automovilísticas más importantes de la zona, que encargaba gran cantidad de anuncios impresos a *Mountain Outlook* y por tanto era un cliente muy valioso. Cogan era uno de los cuatro ilustradores que llevaban tres años trabajando para la cuenta de *Sunset Chevrolet*, me contó su esposa, y estaba convencida de que la empresa estaba satisfecha con el trabajo de Jim, una impresión mutua, por cierto, porque a Jim le gustaba trabajar para ellos. Me contó que su especialidad era lo que su marido denominaba «mujeres tipo madre mía». Cuando le pregunté qué significaba la expresión, sonrió y me explicó que se trataba de mujeres guapas de ojos grandes y boca abierta, por lo general con las manos en las mejillas para expresar algo así como: «¡Madre mía, menuda ganga he encontrado en *Sunset Chevrolet*!».

Stephanie se echó a reír. Había visto ilustraciones de aquel tipo, por lo general en folletos publicitarios en el supermercado *Shop 'N Save*, de Tinnock.

Vince estaba asintiendo con la cabeza.

—Arla también tenía mucho talento artístico, pero con las palabras. Lo que me describió fue a un hombre decente que amaba a su mujer, a su hijo y su trabajo.

—A veces el amor nos impide ver lo que no queremos ver —señaló Stephanie.

—¡Joven, pero cínica! —exclamó Dave, no sin cierto regocijo.

—Cierto, pero no deja de tener razón —replicó Vince—. El único problema es que, por lo general, dieciséis meses bastan para quitarse las gafas de color de rosa. De haber existido algún problema, como insatisfacción en el trabajo o tal vez una amante, lo cual me parece más probable, creo que Arla habría hallado algún indicio, por tenue que fuera, a menos que su marido fuera muy, pero que muy cuidadoso, porque durante aquellos dieciséis meses habló con todas las personas que conocían a Jim, en casi todos los casos dos veces, y todos le dijeron lo mismo, que a Jim le gustaba su trabajo, que quería a su mujer y que adoraba a su bebé. Arla no dejaba de repetírmelo. «Nunca habría abandonado a Michael», aseguró. «Lo sé, señor Teague. Lo sé en lo más hondo de mi ser.» Vince se encogió de hombros con ademán vencido.

—Y la verdad es que la creía.

—¿Y no estaba harto de su trabajo? —preguntó Stephanie—. ¿No tenía ganas de cambiar?

—Arla me dijo que no, que a Jim le encantaba su casa en las montañas e incluso había colgado un rótulo sobre la puerta que decía el escondrijo de Hernando, como la canción de aquel musical de los cincuenta. También habló con uno de los ilustradores con los que trabajaba en la cuenta de *Sunset Chevrolet*, un tipo con el que había trabajado durante años. Dave, ¿te acuerdas de su nombre?

—George Rankin o George Franklin —repuso Dave—. Ahora mismo no me acuerdo.

—No pasa nada, viejo —lo tranquilizó Vince—. Incluso *Willie Mays* tenía algún que otro lapsus, sobre todo hacia el final de su carrera.

Dave le sacó la lengua.

Vince asintió como si aquel gesto infantil fuera exactamente lo que esperaba de su gerente y luego retomó el hilo de la historia.

—George el Ilustrador, sea Rankin o Franklin, le dijo a Arla que Jim casi había llegado al techo de su talento y que era una de esas personas afortunadas que no solo eran conscientes de sus limitaciones, sino que además las aceptaban de buen grado. Le dijo que por aquel entonces la aspiración de Jim era llegar a dirigir algún día el departamento artístico de *Mountain Overlook*. Y teniendo en cuenta eso, huir impulsivamente a la costa de Nueva Inglaterra es lo último que habría hecho.

—Pero Arla estaba convencida de que eso era precisamente lo que había hecho —observó Stephanie—, ¿no es así?

Vince dejó la taza de café y se mesó el escaso cabello blanco, ya de por sí bastante alborotado.

—Arla Cogan es como todo el mundo —sentenció—, una prisionera de las pruebas. James Cogan salió de su casa a las siete menos cuarto del miércoles para ir a Denver por la autopista de Boulder. Lo único que llevaba encima era la carpeta que he mencionado antes. Vestía un traje gris, camisa blanca, corbata roja y abrigo gris. Ah, y mocasines negros.

—¿Ninguna chaqueta verde? —preguntó Stephanie.

—Pues no —intervino Dave—, pero los pantalones grises, la camisa blanca y los mocasines negros eran casi con toda seguridad lo que llevaba cuando Johnny y Nancy lo encontraron muerto en la playa con la espalda apoyada contra la papelera.

—¿Y la americana?

—Nunca fue encontrada —dijo Dave—. Ni la corbata tampoco, aunque por otro lado, casi siempre que un tipo se quita la corbata, se la guarda en el bolsillo de la americana, y apostaría algo a que si alguna vez llegara a aparecer la americana, la corbata seguiría en el bolsillo.

—A las nueve menos cuarto de esa mañana estaba sentado a la mesa de dibujo de su despacho —continuó Vince—, trabajando en un anuncio de prensa para *King Sooper's*.

—¿Qué...?

—Es una cadena de supermercados, querida —la atajó Dave.

—Hacia las diez y cuarto —prosiguió Vince—, George el Ilustrador, sea Rankin o Franklin, vio a nuestro hombre dirigiéndose hacia los ascensores. Cogan dijo que salía a buscar lo que denominó un «café de verdad» en el *Starbucks*, así como un bocadillo de ensaladilla de huevo para el almuerzo, porque tenía intención de comer en su despacho. Preguntó a George si quería algo.

—¿Todo eso se lo contó Arla mientras la llevaba a Tinnock?

—Sí, señora, mientras la llevaba a hablar con Cathart para realizar la identificación formal de la foto, en plan «este es mi marido, este es James Cogan», antes de firmar una orden de exhumación. Cathart nos esperaba.

—De acuerdo, perdón por la interrupción. Siga.

—No te disculpes por hacer preguntas, Stephanie; preguntar es lo que hacen los periodistas. En fin, George el Ilustrador...

—Sea Rankin o Franklin —terció Dave, solícito.

—Pues eso..., le dijo a Cogan que pasaba del café, pero acompañó a Cogan hasta el vestíbulo de los ascensores para poder comentar la inminente fiesta de jubilación de un tipo llamado Haverty, uno de los fundadores de la agencia. La fiesta estaba prevista para mediados de mayo, y George el Ilustrador le dijo a Arla que su hombre parecía esperarla con ansia. Intercambiaron ideas para el regalo de jubilación hasta que llegó el ascensor. Cogan entró y propuso a George el Ilustrador que siguieran hablando de ello durante la comida y pidieran opinión a otra persona, a alguna de sus compañeras de trabajo. George el Ilustrador convino en que era buena idea, Cogan lo saludó con la mano, las puertas del ascensor se cerraron, y George el Ilustrador es la última persona que recuerda haber visto a *Colorado Kid* cuando aún estaba en Colorado.

—George el Ilustrador —murmuró Stephanie, casi maravillada—. ¿Cree que todo esto habría sucedido si George hubiera dicho: «Espera un momento, que voy a buscar mi abrigo y te acompaño»?

—¿Quién sabe? —replicó Vince.

—¿Cogan llevaba el abrigo? —inquirió la joven—. ¿Llevaba el abrigo gris al salir del despacho?

—Arla preguntó, pero George el Ilustrador no lo recordaba —explicó Vince—. Lo único que supo decirle es que no lo creía. Lo más probable es que sea cierto. El *Starbucks* y la sandwichería eran dos establecimientos contiguos, a la vuelta de la esquina.

—Arla también dijo que había una recepcionista —intervino Dave—, pero que la recepcionista no vio salir a los hombres hacia los ascensores, que «debía de haberse alejado de su mesa un momento» —rememoró con expresión desaprobadora—. Esas cosas nunca pasan en las novelas de misterio.

Sin embargo, los pensamientos de Stephanie se habían desviado hacia otra cuestión, y de repente se le ocurrió que había estado picoteando migajas cuando tenía un asado entero delante de las narices. Extendió el dedo medio de la mano izquierda a lo largo de la mejilla izquierda.

—George el Ilustrador se despide de Cogan, *Colorado Kid*, hacia las diez y cuarto de la mañana, o quizá son más bien las diez y veinte cuando llega el ascensor y él entra.

—Cierto —corroboró Vince, mirándola con ojos relucientes, al igual que Dave.

Acto seguido, Stephanie se llevó a la mejilla derecha el dedo medio de la mano derecha.

—Y la camarera del *Jan's Wharfside*, en Tinnock, dijo que Cogan se comió una cesta de pescado con patatas fritas sentado a una mesa con vistas al mar alrededor de las cinco y media de la tarde.

—Cierto —repitió Vince.

—¿Cuántas horas de diferencia hay entre Maine y Colorado? ¿Una?

—Dos —corrigió Dave.

—Dos —musitó ella antes de callar un instante y luego repetir—: Dos. Así que cuando George el Ilustrador lo vio por última vez al cerrarse las puertas de aquel ascensor, en Maine ya era más de mediodía.

—Siempre y cuando las horas que nos dieron los testigos fueran correctas —puntualizó Dave—, y lo único que podemos hacer al respecto es conjeturar.

—¿Es posible? —les preguntó Stephanie—. ¿Es posible llegar hasta aquí en tan poco tiempo?

—Sí —asintió Vince.

—No —denegó Dave.

—Tal vez —dijeron al unísono.

Desconcertada, Stephanie paseó la mirada entre ambos hombres, ajena por completo a la taza que sostenía en la mano.

—Esto es lo que descalifica esta historia para un periódico como el *Globe* —señaló Vince tras hacer una breve pausa para beber un sorbo de café con leche y ordenar sus pensamientos—, aun cuando quisiéramos revelarla.

—Que no queremos —aseguró Dave (con considerable sequedad).

—Que no queremos —convino Vince—. Pero aunque quisiéramos... Steffi, cuando un periódico de gran ciudad como el *Globe* o el *New York Times* publican un reportaje o una serie de reportajes, quieren estar en posición de proporcionar respuestas o al menos sugerirlas, ¿y qué me parece a mí eso? Pues me parece fatal. Cuando coges cualquier periódico de gran ciudad, ¿qué es lo que te encuentras en primera plana? Preguntas disfrazadas de noticias. ¿Dónde está Osama Bin Laden? No lo sabemos. ¿Qué está haciendo el presidente en Próximo Oriente? No lo sabemos porque no lo sabe ni él. ¿Crecerá la economía o se irá al garete? Los expertos discrepan. ¿Los huevos son buenos o malos para la salud? Depende del estudio que uno lea. Ni siquiera puedes dar con una previsión meteorológica de si el viento del noreste va a soplar desde el noreste, porque la última vez se pillaron los dedos. Así que si publican un reportaje sobre la mejora de la vivienda para las minorías sociales, quieren poder asegurarte que si haces A, B, C y D, la situación habrá mejorado para 2030.

—Y si publican un reportaje sobre Misterios sin Resolver —añadió Dave—, quieren ser capaces de explicar a los lectores que las Luces Costeras eran reflejos de luz en las nubes y que el Envenenamiento del Picnic de la Iglesia fue con toda probabilidad obra de una secretaria metodista despechada. Pero intentar zambullirse en la cuestión de la diferencia horaria...

—Que por cierto acabas de dilucidar tú sólita... —intervino Vince con una sonrisa.

—Y que por supuesto es una locura se mire como se mire... —agregó Dave.

—Vale, pero estoy dispuesto a volverme un poco loco —señaló Vince—. Fui yo quien investigó la cuestión y casi se queda sin oreja de tantas llamadas que hizo, así que me parece que estoy en mi derecho.

—Como decía mi padre, por mucho que te pases el día cortando tiza, no conseguirás que se convierta en queso —recitó Dave, aunque también él sonreía.

—Cierto, pero sígueme la corriente, venga —pidió Vince—. Digamos que las puertas del ascensor se cerraron a las diez y veinte, hora de las Rocosas. Digamos también, en aras de la argumentación, que Cogan lo había planeado todo con antelación y tenía un coche esperando en la calle con el motor en marcha.

—De acuerdo —musitó Stephanie, observando con detenimiento a ambos hombres.

—Fantasía pura —resopló Dave, aunque también en su rostro se pintaba una expresión interesada.

—Es un poco descabellado, lo sé —admitió Vince—, pero lo cierto es que estaba en Denver a las diez y veinte y en el *Jan's Wharfside* apenas cinco horas más tarde. Eso también es descabellado, pero lo sabemos a ciencia cierta. ¿Puedo continuar?

—Dispara, amigo —accedió Dave.

—Suponiendo que tuviera un coche preparado, podría haber llegado a Stapleton en media hora. A todas luces, no tomó un vuelo comercial. Podría haber pagado el billete en efectivo y utilizado un nombre falso, lo cual era posible por aquel entonces, pero no había vuelos directos de Denver a Bangor. De hecho, a ningún aeropuerto de Maine.

—Lo comprobó.

—Sí. De haber tomado un vuelo comercial, no habría llegado a Bangor hasta las siete menos cuarto como mínimo, es decir mucho después de que la camarera lo viera. De hecho, en esa época del año, a esa hora ya ha salido el último transbordador en dirección a la isla.

—¿El último es el de las seis? —preguntó Stephanie.

—Sí, hasta mediados de mayo —asintió Dave.

—Así que debió de coger un vuelo chárter —conjeturó la joven—. ¿Hay alguna compañía que flete aviones privados desde Denver? ¿Y podía Cogan permitirse volar en uno?

—Sí a todo —repuso Vince—, pero le habría costado unos dos mil pavos, y su cuenta

bancaria habría reflejado un gasto así.

—¿Y no lo reflejaba?

Vince denegó con la cabeza.

—No se habían producido retiradas significativas de dinero antes de la desaparición de Cogan. Sin embargo, eso es lo que debió de hacer. Hablé con varias compañías de aerotaxi, y todas me dijeron que en los días buenos, es decir, cuando las corrientes eran propicias y un Lear pequeño tipo 35 o 55 las pillaba, el trayecto duraba unas tres horas, tal vez un poco más.

—De Denver a Bangor —dijo Stephanie.

—Sí, de Denver a Bangor; no hay ningún otro sitio más cercano en esta parte de la costa donde puedan aterrizar esos pajaritos. No hay ninguna pista lo bastante larga.

—¿Así que verificó las compañías de vuelos chárter de Denver?

—Lo intenté, pero no hubo suerte. De las cinco compañías que fletaban vuelos de cualquier capacidad, solo dos se avinieron a hablar conmigo. No estaban obligados a hacerlo; yo no era más que un periodista de pueblo que investigaba una muerte accidental, no un policía investigando un delito. Además, en una de ellas me dijeron que no se trataba de comprobar tan solo los *OBF* que fletaban aviones pequeños desde Stapleton...

—¿Qué son *OBF*?

—*Operadores de Base Fija* —explicó Vince—. Fletar aviones es solo una de sus actividades. Obtienen autorizaciones de despegue, tienen pequeñas terminales para los pasajeros que vuelan en aviones privados a fin de que los vuelos privados sean realmente privados, venden, mantienen y reparan aviones... En muchos de estos *OBF* puedes pasar la aduana, comprar un altímetro si el tuyo se te rompe o pasar ocho horas en la sala de pilotos si resulta que tu vuelo se retrasa. Algunos *OBF*, como *Signature Air*, son auténticos monstruos, cadenas como el *Holiday Inn* o *McDonald's*. Otras son empresas minúsculas con poco más que una máquina expendedora y un catavientos junto a la pista.

—Veo que hizo usted los deberes —observó Stephanie, impresionada.

—Sí, lo bastante para averiguar que los aeropuertos de Stapleton y el resto de Colorado no los utilizan tan solo pilotos y aviones de Colorado. Por ejemplo, un avión de un *OBF* del aeropuerto de La Guardia de Nueva York podría aterrizar en Denver con pasajeros que fueran a pasar un mes visitando a sus parientes de Colorado. En tal caso, los pilotos darían voces en busca de pasajeros que quisieran volver a Nueva York para así no tener que regresar de vacío.

—Hoy en día tendrían a todos los pasajeros de vuelta controlados por ordenador con antelación —terció Dave—. ¿Nos sigues, Steffi?

Stephanie los seguía y además veía otra cosa.

—O sea que la ficha del vuelo del señor Cogan podría estar en los archivos de *Air Pajarito*, en Nueva York.

—O *Air Pajarito* en Montpellier, Vermont... —añadió Vince.

—O *Air Patito*, en Washington, DC —agregó Dave.

—Y si Cogan pagó en efectivo —dijo Vince—, lo más probable es que su vuelo no figure en ninguna parte.

—Pero sin duda hay toda clase de organismos...

—Sí, señora —la interrumpió Dave—, más de las que alcanzarías a imaginar, empezando por la Administración Federal de Aviación y acabando por Hacienda. De hecho, no me extrañaría nada que también anduvieran por ahí metidos los Futuros Agricultores de América. Pero las transacciones en efectivo generan poco papeleo. ¿Te acuerdas de Helen Hafner?

Por supuesto que se acordaba; era la camarera del *Grey Gull*, aquella cuyo hijo se había caído de la cabaña del árbol y se había roto el brazo. Ella se queda con el dinero íntegro, había comentado Vince respecto a los billetes que tenía intención de deslizar en el bolsillo de Helen Hafner, y el tío Sam no se entera de nada. A lo que Dave había añadido: Así se hacen los negocios en América.

Stephanie suponía que era cierto, pero le parecía una forma preocupante de hacer negocios en un caso como aquel.

—Así que no lo sabe —constató—. Hizo cuanto estaba en su mano, pero no lo sabe.

Vince adoptó una expresión primero sorprendida y al poco divertida.

—En cuanto a lo de hacer cuanto estaba en mi mano, Stephanie, no creo que nadie pueda estar nunca seguro de ello; de hecho, creo que casi todos estamos condenados a creer que podríamos haber perseverado un poquitín más, aun cuando obtengamos lo que pretendíamos alcanzar. Pero te equivocas..., sí que lo sé. Cogan cogió un vuelo privado desde Stapleton, eso es lo que pasó.

—Pero ha dicho que...

Vince se inclinó aún más sobre las manos entrelazadas, la mirada clavada en ella.

—Escucha con atención y sigue mis instrucciones, querida. Hace mucho tiempo que no leo ninguna novela de *Sherlock Holmes*, así que no lo sé con seguridad, pero en un momento dado el gran detective le dice al doctor *Watson* algo así como: «Cuando eliminas lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, tiene que ser la respuesta». Sabemos que *Colorado Kid* estuvo en su oficina de Denver hasta las diez y cuarto o diez y veinte de aquel miércoles por la mañana. Y podemos afirmar con bastante certeza que estaba en el *Jan's Wharfside* a las cinco y media. Levanta los dedos como has hecho antes, Stephanie.

La joven obedeció, levantando el dedo medio izquierdo por James Cogan en Colorado y el derecho por James Cogan en Maine. Vince separó las manos y le rozó el dedo derecho con uno de los suyos, la vejez y la juventud encontrándose en pleno vuelo.

—Pero este dedo no recibe el nombre de «las cinco y media» —señaló—. No debemos fiarnos de la camarera, que pese a no estar tan agotada como habría estado en julio, sin duda iba de bolido porque era la hora de la cena.

Stephanie asintió. En aquella parte del país, la gente cenaba temprano, mientras que el almuerzo se tomaba al mediodía, por lo general a bordo de una embarcación langostera.

—Llamémoslo «las seis» —propuso Vince—, la hora del último transbordador.

Stephanie volvió a asentir.

—Sin duda lo cogió, ¿verdad?

—A menos que cruzara el canal a nado —señaló Dave.

—O alquilara una barca —añadió Stephanie.

—Lo preguntamos —aseguró Dave—. Mejor aún, se lo preguntamos a Gard Edwick, encargado del transbordador en el ochenta.

¿Le llevó Cogan una taza de té?, se preguntó Stephanie de repente. Porque si quieres ir en transbordador, tienes que llevarle una taza de té al timonel. Eso es lo que me dijo usted, Dave. ¿O acaso el encargado y el timonel son dos personas distintas?

—¿Steffi? —la llamó Vince en tono preocupado—. ¿Te encuentras bien, querida?

—Sí, ¿por qué?

—Estabas como..., no sé, extraña.

—Bueno, es que me siento un poco extraña. Es una historia peculiar, ¿verdad? —comentó antes de añadir—: Claro que no es una historia, tenían toda la razón del mundo, y si me he puesto un poco extraña, supongo que es por eso. Es como intentar montar en bicicleta por una cuerda floja inexistente.

Calló un momento, indecisa, y luego decidió lanzarse de cabeza y ponerse totalmente en ridículo.

—¿Recordaba el señor Edwick a Cogan porque Cogan le llevó algo? ¿Porque llevó té al timonel?

Por un instante, los dos hombres guardaron silencio y se limitaron a observarla con expresión inescrutable, una mirada singularmente joven y traviesa en sus rostros ancianos, y Stephanie creyó que se echaría a reír o a llorar de un momento a otro, lo que fuera con tal de mitigar la angustia y la creciente certeza de que acababa de hacer el más espantoso de los ridículos.

—Hizo frío durante aquella travesía —rememoró Vince al fin—. Alguien, un hombre, llevó un vaso de plástico con café a la cabina del timonel y se la dio a Gard. Tan solo cambiaron unas pocas palabras. No olvides que era abril y a aquella hora ya casi había anochecido. «El mar está

muy quieto», comentó el hombre. «Sí», asintió Gard. Y entonces el hombre dijo: «Ha tardado mucho en llegar», o quizá «He tardado mucho en llegar». Gard comentó que quizá incluso le había parecido oír algo así como «Lidie ha tardado mucho en llegar». Ese nombre existe, pero no hay nadie llamado así en el listín de Tinnock, aunque sí encontré varios en otras localidades.

—¿Llevaba Cogan la chaqueta verde o el abrigo?

—Steffi —repuso Vince—, Gard no solo no recordaba si el hombre llevaba abrigo o no, sino que seguramente no habría sido capaz de jurar ante un tribunal si el hombre iba a pie o a caballo. Para empezar, era casi noche cerrada; además, aquel episodio no fue más que un gesto amable y una conversación brevísima recordada un año y medio más tarde, y en tercer lugar..., bueno, el viejo Gard, ya sabes...

En lugar de acabar la frase se llevó el pulgar a la boca.

—No hay que hablar mal de los muertos, pero aquel tipo bebía como un cosaco —comentó Dave—. Perdió el empleo en 1985, y el ayuntamiento lo puso a conducir el quitanieves, sobre todo para que su familia no se muriera de hambre. Tenía cinco hijos y una mujer que sufría esclerosis múltiple. Pero un buen día se cargó el quitanieves mientras trabajaba en Main Street y dejó a todo el pueblo sin electricidad durante una semana en pleno mes de febrero. Entonces perdió también ese empleo y quedó a cargo del ayuntamiento. Así que no me sorprende en absoluto que no recordara más detalles. Sin embargo, estoy convencido por lo que sí recordaba de que, en efecto, *Colorado Kid* tomó el último transbordador a la isla, y de que, en efecto, llevó té al timonel o algo parecido, en cualquier caso. Te felicito por haberlo recordado, Steffi —alabó al tiempo que le daba una palmadita en la mano.

Stephanie le dedicó una sonrisa que se le antojó algo aturdida.

—Como has dicho —prosiguió Vince—, tenemos el factor de las dos horas de diferencia —comentó mientras acercaba el dedo izquierdo de Stephanie al derecho—. Son las doce y cuarto, hora de la costa Este, cuando Cogan sale de su despacho. Abandona su actitud relajada y despreocupada en cuanto las puertas del ascensor se abren en la planta baja. Sale a la calle a toda pastilla y se dirige hacia donde el coche veloz y su igualmente veloz conductor lo esperan. Al cabo de media hora está en el *OBF* de Stapleton, y cinco minutos más tarde sube la escalerilla de un avión privado. Tampoco ha dejado ese detalle al azar, eso sería imposible. Algunos pilotos pilotan aviones privados con bastante frecuencia y luego están parados durante un par de semanas. Los tipos que hacen solo trayectos de ida pasan ese período atendiendo otros vuelos chárter. Sin duda nuestro hombre eligió uno de esos aviones y con casi total seguridad pagó en efectivo para volar en el trayecto de vuelta hacia el este.

—¿Qué habría hecho si los pasajeros del avión que pretendía coger hubieran cancelado el vuelo en el último momento? —inquirió Stephanie.

Dave se encogió de hombros.

—Lo mismo que si hubiera habido mal tiempo, supongo, o sea, aplazar el viaje.

Entretanto, Vince había desplazado el dedo izquierdo de Stephanie un poco más hacia la derecha.

—Es casi la una en la costa Oeste —dijo—, pero al menos nuestro amigo Cogan no tiene que preocuparse por la pesadez de las medidas de seguridad; no en 1980 y mucho menos aún volando en jet privado. Y no nos queda más remedio que suponer, una vez más, que no tiene que hacer cola con un montón de aviones más a la espera de una pista de despegue, porque de lo contrario la cronología se nos va al traste, y mientras tanto, en la otra punta del país —le tocó el dedo derecho— el transbordador, el último del día, espera. En fin, el vuelo dura tres horas, más o menos. Aquí mi amigo se metió en *Internet*, le vuelve loco, y dice que hacía un día precioso para volar y que según los mapas las corrientes soplaban en el lugar adecuado...

—Pero lo que nunca he logrado precisar es la fuerza exacta de las corrientes —interrumpió Dave antes de volverse hacia Vince—. Dada la precariedad de tu argumentación, compañero, creo que eso es bueno.

—Digamos tres horas —insistió Vince al tiempo que desplazaba el dedo izquierdo de Stephanie (en el que empezaba a pensar como el «dedo de *Colorado Kid*») hasta apenas cinco

centímetros del derecho (que en su mente ya recibía el nombre de «dedo de James Cogan a Punto de Morir»)—. No puede haber durado mucho más.

—Porque los hechos no lo permiten —musitó la joven, fascinada y también algo asustada por la idea.

En cierta ocasión, cuando iba al instituto, había leído una novela de ciencia ficción titulada *La luna es una cruel amante*. No sabía gran cosa de la luna, pero lo cierto era que el título bien podía aplicarse al tiempo.

—No, señora, no lo permiten —convino él—. A las cuatro o las cuatro y cinco..., digamos las cuatro y cinco, Cogan aterriza y desembarca en la zona de Twin City Civil Air, por entonces el único *OBF* del Aeropuerto Internacional de Bangor...

—¿Su llegada consta en alguna parte? —preguntó Stephanie—. ¿Lo comprobó?

Por supuesto, sabía que lo había hecho y también que no había servido de nada. Así era aquella historia, como un estornudo que amenaza con salir pero al final se queda atrapado.

—Desde luego —aseguró Vince con una sonrisa—, pero en los días felices antes de la entrada en vigor de la auténtica Seguridad Nacional, lo único que Twin City conservaba durante mucho tiempo eran los libros de contabilidad. Aquel día recibieron bastantes pagos en efectivo, entre ellos los de algunas facturas de reabastecimiento bastante elevadas a última hora de la tarde, pero puede que ni siquiera estas signifiquen nada. El piloto de Cogan bien pudo pasar la noche en Bangor y regresar a la mañana siguiente...

—O pasar el fin de semana allí —puntualizó Dave—. Aunque por otro lado, pudo volver a despegar de inmediato sin repostar siquiera.

—¿Cómo es posible si había volado desde Denver? —inquirió Stephanie.

—Pudo aterrizar en Portland para repostar allí —aventuró Dave.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Dave esbozó una sonrisa que le confirió un aspecto sorprendentemente astuto, que en nada se parecía a su expresión de sinceridad seria y algo bobalicona. De repente, a Stephanie se le ocurrió que el cerebro que se ocultaba tras aquel rostro gordinflón y más bien infantil era sin duda tan agudo y rápido como el de Vince Teague.

—Es posible que Cogan pagara al Señor Piloto de Denver para que lo hiciera porque temía dejar algún rastro —conjeturó Dave—. Y con toda probabilidad, el Señor Piloto de Denver se avendría si Cogan le ofreció suficiente dinero.

—En cuanto a *Colorado Kid* —reanudó Vince—, aún le quedan casi dos horas para llegar a Tinnock, pedir una cesta de pescado con patatas fritas en el *Jan's Wharfside*, sentarse a comer a una mesa mientras contempla el mar y luego tomar el último transbordador a Moose-Lookit.

Mientras hablaba fue acercando el dedo izquierdo de Stephanie al derecho hasta que se tocaron. La joven lo observaba, aún fascinada.

—¿Es posible?

—Puede, pero a duras penas, desde luego —repuso Dave con un suspiro—. De hecho, yo nunca me lo habría creído si no hubiera aparecido muerto en la playa de Hammock. ¿Y tú, Vince?

—No —convino Vince sin detenerse siquiera a considerar la cuestión.

—Hay cuatro aeródromos con pista de tierra en un radio de unos veinte kilómetros alrededor de Tinnock, todos ellos de temporada. Casi toda su actividad consiste en llevar a turistas a dar una vuelta durante el verano o a contemplar el follaje otoñal a vista de pájaro cuando está todo de colorines, aunque ese período solo dura un par de semanas. Los investigamos para verificar la remota posibilidad de que Cogan hubiera tomado un segundo avión, esta vez uno pequeño de hélices, como por ejemplo un Piper Club, para ir desde Bangor hasta la costa.

—Imagino que no hubo suerte.

—Imaginas bien —corroboró Vince con una sonrisa más sombría que astuta—. En cuanto las puertas de aquel ascensor se cerraron ante Cogan en aquel bloque de oficinas de Denver, todo este asunto queda reducido a un montón de sombras imposibles de apresar... y un cadáver. Tres de aquellos aeródromos estaban desiertos en abril, cerrados a cal y canto, así que en cualquiera

de ellos podría haber aterrizado un avión sin que nadie se enterara. En cuanto al cuarto..., en él vivía una mujer llamada Maisie Harrington con su padre y unos seis chuchos. Afirmó que nadie había aterrizado en su pista entre octubre de 1979 y mayo de 1980, pero olía como una destilería, y no me pareció muy capaz de recordar lo que había pasado la semana anterior, por no hablar de un año y medio atrás.

—¿Y el padre de la mujer? —inquirió Stephanie.

—Ciego como un topo y con una pata de palo —repuso Dave—. Diabetes.

—Uf —suspiró ella.

—Tú lo has dicho.

—Dejemos de lado a Jack y Maisie Harrington —pidió Vince, impaciente—. Nunca me he tragado la teoría del segundo avión en el caso de Cogan, al igual que nunca me he tragado la teoría del segundo tirador en el caso de Kennedy. Si Cogan tenía un coche preparado en Denver, y si no era así, no lo entiendo, también podía tener uno esperando ante la terminal de Aviación General, y creo que así fue.

—Es tan descabellado... —se quejó Dave en tono más afligido que enfadado.

—Puede —masculló Vince sin inmutarse—, pero cuando eliminas lo imposible, lo que queda es... tu cachorrillo arañando la puerta para que lo dejes entrar.

—Podría haber conducido él mismo —sugirió Stephanie, pensativa.

—¿En un coche de alquiler? —replicó Dave, meneando la cabeza—. No lo creo, querida. Las empresas de alquiler solo aceptan tarjetas de crédito, y las tarjetas de crédito dejan un rastro de burocracia.

—Además —añadió Vince—, Cogan no se sabía mover por el este y el litoral de Maine. Por lo que pudimos averiguar, no había estado aquí en su vida. Ahora ya te conoces las carreteras, Steffi, porque solo hay una principal que pasa por aquí entre Bangor y Ellsworth, pero cuando llegas a Ellsworth, tienes tres o cuatro alternativas, y un forastero, aunque tenga mapa, tiene todas las de perderse. No, creo que Dave está en lo cierto. Si *Colorado Kid* quería ir en coche y si sabía de antemano el escaso tiempo de que dispondría, sin duda tendría un coche y un conductor esperándolo. Alguien que aceptara dinero en efectivo, condujera deprisa y no se perdiera.

Stephanie meditó unos instantes. Los dos hombres le concedieron tiempo.

—Es decir, en total tres conductores contratados —constató por fin—, el segundo de ellos a los mandos de un jet privado.

—Y tal vez con copiloto —señaló Dave en voz baja—. Al menos eso marcan las normas.

—Es muy descabellado —sentenció Stephanie.

Vince asintió con un suspiro.

—No te lo discuto.

—Nunca han localizado a esas personas, ¿verdad?

—No.

Stephanie reflexionó un poco más, esta vez con la cabeza baja y la frente por lo general lisa arrugada en un profundo ceño. Tampoco en esta ocasión la interrumpieron, y al cabo de unos dos minutos, la joven alzó la vista.

—Pero ¿por qué? ¿Qué podría haber inducido a Cogan a tomarse tantas molestias?

Vince Teague y Dave Bowie cambiaron una mirada antes de volverse de nuevo hacia ella.

—Buena pregunta —comentó Vince.

—Excelente —convino Dave.

—Es la pregunta —añadió Vince.

—Por supuesto, siempre lo ha sido —corroboró Dave.

—No lo sabemos, Stephanie —admitió Vince en voz baja—. Nunca lo hemos sabido.

—Al *Globe* de Boston no le gustaría eso. No, no le gustaría ni pizza.

—Claro que nosotros no somos el *Globe* de Boston —puntualizó Vince—. Ni siquiera somos el *Daily News* de Bangor, pero Stephanie, cuando un hombre o una mujer descarrila de esta forma, por así decirlo, todo periodista, sea de gran ciudad o de pueblo, busca los motivos. No importa si el resultado es el envenenamiento de casi todos los asistentes a un picnic de la iglesia metodista o tan solo la desaparición sigilosa y posterior muerte de un marido un día laborable cualquiera. Ahora, de momento sin tener en cuenta dónde apareció ni la improbabilidad de cómo llegó hasta allí, quiero que me digas cuáles podrían ser esos motivos. Enuméramelos hasta que vea al menos cuatro de tus dedos levantados.

Hora de clase, pensó Stephanie, y a renglón seguido recordó algo que Vince le había dicho casi de pasada hacía un mes: Para tener éxito en el periodismo, no va mal tener una mente sucia, querida. En aquel momento le había parecido un comentario extraño, tal vez incluso casi senil, pero ahora creía comprenderlo un poco mejor.

—Sexo —empezó, extendiendo el dedo medio izquierdo, el de *Colorado Kid*—, es decir, otra mujer. —Levantó otro dedo—. Problemas económicos, bien deudas o robo.

—No te olvides de Hacienda —señaló Dave—. A veces la gente huye por piernas cuando tienen problemas con el Estado.

—Steffi no sabe lo pesados que pueden llegar a ser los de Hacienda —le recordó Vince—. No se lo puedes reprochar. Sigue, Steffi, vas bien.

Todavía no había levantado suficientes dedos para satisfacerlo, pero solo se le ocurría un motivo más.

—¿La necesidad de empezar una nueva vida? —aventuró poco convencida y más bien para sus adentros—. No sé..., cortar todos los vínculos y empezar de nuevo como una persona distinta en un lugar distinto... —En aquel momento se le ocurrió otra posibilidad—. ¿Locura? —Ya tenía cuatro dedos en el aire, uno por el sexo, otro por el dinero, uno por el cambio y el cuarto por la locura; contempló este último con expresión dubitativa—. Puede que el cambio y la locura sean lo mismo...

—Puede —convino Vince—. Y podrías argumentar que la locura cubre toda clase de adicciones de las que la gente intenta huir. En ocasiones, este tipo de huida recibe el nombre de «remedio geográfico». Me refiero en concreto a las drogas y el alcohol. El juego es otra adicción a la que la gente intenta aplicar el remedio geográfico, pero supongo que podría clasificarse en el apartado de dinero.

—¿Tenía problemas con el alcohol o las drogas?

—Arla Cogan aseguró que no, y creo que lo habría sabido. Y después de dieciséis meses de pensar en ello y teniendo en cuenta que su marido había muerto, creo que de saberlo me lo habría contado.

—Pero Steffi —terció Dave con suavidad—, si te paras a pensarlo, la locura tiene que intervenir de alguna forma en este asunto, ¿no crees?

Stephanie pensó en James Cogan, *Colorado Kid*, muerto en la playa de Hammock, con la espalda apoyada contra una papelera y un pedazo de carne alojado en su garganta, los ojos cerrados vueltos hacia Tinnock y el mar. Pensó en su mano aún curvada, como si sostuviera el resto de su tentempié nocturno, un trozo de filete que alguna gaviota hambrienta sin duda le arrebató, dejando tan solo un rastro pegajoso de arena en la grasa de la mano.

—Sí —asintió—, tiene que intervenir de alguna forma. ¿Lo sabía ella, su mujer?

Los dos hombres se miraron una vez más. Vince lanzó un suspiro y se frotó un lado de la delgada nariz.

—Tal vez, pero por entonces tenía que preocuparse por su propia vida, Steffi, la suya y la de su hijo. Cuando un hombre desaparece de este modo, la esposa que queda atrás tiende a pasarlas canutas. Arla recuperó su antiguo empleo en un banco de Boulder, pero no podía mantener la casa de Nederland...

—El Escondrijo de Hernando —murmuró Stephanie con una punzada de compasión.

—Eso. Se las apañó sin verse obligada a pedir prestado demasiado dinero a su familia y nada

a la de él, pero se lo gastó casi todo en ahorrar para la formación universitaria del pequeño Michael. Cuando la vimos, Stephanie, me pareció que quería dos cosas, una práctica y una... espiritual, podríamos decir.

Se volvió hacia Dave con expresión dubitativa, y su amigo se encogió de hombros y asintió como para indicar que la palabra serviría.

Vince también asintió antes de proseguir.

—Quería acabar con la incertidumbre. ¿Su marido estaba vivo o muerto? ¿Ella estaba casada o era viuda? ¿Podía desterrar toda esperanza o tendría que albergar alguna un tiempo más? Quizá esto último te suene algo duro, y puede que lo sea, pero imagino que después de dieciséis meses, la esperanza debe de pesar mucho..., pero que mucho. En cuanto a lo práctico, era muy sencillo. Quería que la compañía de seguros pagara lo que le correspondía. Sé que Arla Cogan no es la única persona del mundo que odia a las compañías de seguros, pero yo la pondría en uno de los primeros lugares de la lista por la intensidad de su odio. Había seguido adelante, apañándose como podía, viviendo con Michael en un piso diminuto en Boulder, un cambio radical respecto a la hermosa casa de Nederland, dejando al niño en la guardería o en manos de canguros en las que no siempre estaba segura de poder confiar, trabajando en un empleo que en realidad no quería, acostándose sola cada noche después de tantos años de tener alguien contra quien acurrucarse, preocupada por las facturas, siempre atenta al indicador de la gasolina porque el combustible ya había empezado a subir..., y al mismo tiempo convencida en su fuero interno de que su marido había muerto. Pero la compañía de seguros no quería pagar por lo que ella sabía, no si no aparecía el cadáver y si no podía determinarse la causa de la muerte. No dejaba de preguntarme si esos «cabrones», siempre los llamaba así, podían llegar a «escaquearse», si podían hacerse los suecos alegando que su marido se había suicidado. Le contesté que nunca había oído hablar de nadie que se suicidara atragantándose adrede con un trozo de carne, y más tarde, cuando identificó formalmente la fotografía en presencia de Cathart, el forense le dijo lo mismo, lo cual pareció tranquilizarla un poco. Cathart intervino enseguida; prometió llamar al agente de seguros a Brighton, Colorado, explicarle lo de las huellas dactilares y la identificación, y así no dejar ningún cabo suelto. Al oírlo, Arla lloró bastante, en parte de alivio, en parte de gratitud y en parte de agotamiento, creo yo.

—Por supuesto —murmuró Stephanie.

—Luego la acompañé en el transbordador hasta la isla y la llevé al motel Red Roof —prosiguió Vince—. Fue allí donde te alojaste al llegar, ¿verdad?

—Sí —asintió ella.

Llevaba alrededor de un mes viviendo en una habitación alquilada, pero tenía intención de buscar algo más definitivo en octubre..., si es que aquellos dos viejos lobos de mar le permitían quedarse, claro está. Creía que sí. De hecho, estaba convencida de que en buena medida, todo aquello iba encaminado a su permanencia allí.

—A la mañana siguiente desayunamos los tres juntos —retomó Dave—, y como la mayoría de las personas que no han hecho nada malo y no tienen mucha experiencia con periodistas, habló con entera libertad, ajena a la posibilidad de que lo que dijera pudiera acabar publicado en primera plana. —Se detuvo un instante antes de continuar—: Y por supuesto, casi nada salió publicado. En ningún momento fue la clase de historia que se publica más allá del hecho principal, es decir, hombre hallado muerto en la playa de Hammock; el forense dictamina muerte accidental. Y por entonces, incluso aquello era agua pasada.

—No había línea argumental —terció Stephanie.

—Ni nada —exclamó Dave.

Acto seguido se echó a reír hasta que lo acometió un acceso de tos. Cuando este remitió, se enjugó los rabillos de los ojos con un enorme pañuelo color malva que se sacó del bolsillo trasero de los pantalones.

—¿Qué les contó? —quiso saber Stephanie.

—¿Qué podía contarnos? —replicó Vince—. Lo que hizo sobre todo fue preguntar. La única pregunta que le hice yo fue si el *chervonetz* era una especie de amuleto de la suerte, un recuerdo

o algo por el estilo. —Lanzó un resoplido—. Menudo periodista estaba yo hecho aquel día.

—¿El *chevro*...?—balbuceó Stephanie, incapaz de repetir la palabra.

—La moneda rusa que llevaba en el bolsillo entre las demás monedas —explicó Vince—. Era un *chervonetz*, una moneda de diez rublos. Le pregunté si la tenía como amuleto o algo por el estilo. Arla no tenía ni idea; me dijo que lo más cerca que Jim había estado de Rusia fue el día que alquilaron una película de *James Bond* titulada *Desde Rusia con Amor*.

—Tal vez la encontró en la playa —aventuró Stephanie—. Se encuentra de todo en la playa.

En cierta ocasión, mientras paseaba por la playa de Little Hay, a unos tres kilómetros de la de Hammock, ella había encontrado un zapato de tacón, liso hasta el exotismo a causa de innumerables revolcones entre las olas y la arena.

—Es posible, sí —admitió Vince, mirándola con los ojos relucientes en sus profundas cuencas—. ¿Quieres saber las dos cosas que mejor recuerdo de la mañana después de su cita con Cathart en Tinnock?

—Por supuesto.

—Primero, que parecía muy descansada, y segundo, que comió de maravilla en el desayuno.

—Cierto —corroboró Dave—. Dice un viejo proverbio que el condenado dio cuenta de una copiosa comida, pero en mi opinión, nadie come con tantas ganas como el hombre (o la mujer) al que por fin se concede el indulto. Y en cierto modo, eso es lo que le había sucedido a ella. Quizá no supiera por qué su marido vino a nuestro rincón del mundo o qué le ocurrió una vez aquí, y creo que era consciente de que tal vez no llegara a saberlo nunca...

—Así es —atajó Vince—. Me lo dijo cuando la llevé de vuelta al aeropuerto.

—... pero sabía lo único que importaba, que su marido había muerto. Puede que en su fuero interno lo supiera desde el primer momento, pero su cerebro necesitaba que se lo confirmaran.

—Por no hablar de los pelmazos de la compañía de seguros —añadió Dave.

—¿Llegó a cobrar? —quiso saber Stephanie.

—Sí, señora —asintió Dave con una sonrisa—. Se hicieron un poco los remolones, porque esos tipos tienden a darse mucha prisa en vender y muy poca en pagar, pero acabaron apoquinando. Nos dijo que sin nosotros habría seguido sumida en la incertidumbre y que la compañía de seguros seguiría afirmando que James Cogan podía seguir vivo en Brooklyn o en Tánger.

—¿Qué clase de preguntas les hizo?

—Las previsibles —contestó Vince—. Lo primero que quiso saber era adonde fue al desembarcar del transbordador, pero no lo sabíamos. Preguntamos por ahí, ¿verdad, Dave?

Dave Bowie asintió.

—Pero nadie recordaba haberlo visto —continuó Vince—. Por supuesto, a aquella hora ya casi era noche cerrada, así que es lógico que nadie lo viera. En cuanto a los otros pasajeros, y en esa época del año hay pocos, sobre todo en el último transbordador del día, sin duda se dirigieron de inmediato a sus coches aparcados en Bay Street, arrebujados en sus abrigos para protegerse del viento procedente del mar.

—Y también preguntó por su cartera —señaló Dave—. Lo único que pudimos decirle era que nadie la había encontrado..., o al menos nadie la había entregado a la policía. Supongo que es posible que alguien se la sacara del bolsillo en el transbordador, se quedara con el dinero y la arrojara por la borda.

—Y también es posible que las vacas vuelen, pero no probable —espetó Vince con sequedad—. Si llevaba dinero en la cartera, ¿por qué tenía más, diecisiete dólares en billetes, en el bolsillo del pantalón?

—Por si las moscas —aventuró Stephanie.

—Tal vez —reconoció Vince—, pero no me cuadra. Y francamente, la idea de un carterista trabajando en el transbordador de las seis entre Tinnock y la isla me resulta más increíble que la de un ilustrador de una agencia publicitaria de Denver alquilando un avión privado para viajar hasta Nueva Inglaterra.

—En cualquier caso, no supimos decirle qué había sido de la cartera —recordó Dave—, ni

adonde habían ido a parar su abrigo y su americana, ni por qué lo encontraron sentado en una playa ataviado tan solo con pantalones y camisa.

—¿Y los cigarrillos? —preguntó Stephanie—. Apuesto algo a que despertaron su curiosidad. Vince lanzó una breve carcajada.

—Curiosidad no es la palabra adecuada. Aquel paquete de cigarrillos estuvo a punto de volverla loca. No entendía por qué llevaba encima un paquete. Y no hizo falta que nos asegurara que Jim no era la clase de persona que dejaba de fumar durante un tiempo para luego volver a viciarse. Cathart examinó a conciencia sus pulmones durante la autopsia, por motivos que sin duda entenderás...

—Quería asegurarse de que no se había ahogado a fin de cuentas —aventuró Stephanie.

—Exacto —repuso Vince—. Si el doctor Cathart hubiera encontrado agua en los pulmones por debajo del pedazo de carne, habría indicado que alguien había intentado enmascarar el modo en que había muerto el señor Cogan. Y si bien ello no habría demostrado que se había cometido un asesinato, sí habría abierto esa posibilidad. Pero Cathart no encontró agua en los pulmones de Cogan ni tampoco indicio alguno de que fumara. Estaban muy limpios y rosaditos, según nos dijo. Sin embargo, en algún lugar entre el edificio de oficinas de Cogan y el aeropuerto de Stapleton, y pese a la enorme prisa que sin duda tenía, debió de pedir al conductor que parara para que pudiera comprar un paquete. O eso o ya los tenía preparados de antes, que es lo que creo. Quizá junto con la moneda rusa.

—¿Se lo dijo a ella? —inquirió Stephanie.

—No —denegó Vince, y justo en aquel momento sonó el teléfono—. Perdonad —se disculpó antes de ir a contestar.

Habló durante unos instantes, dijo que sí un par de veces, colgó y regresó haciendo unos cuantos estiramientos de espalda.

—Era Ellen Dunwoodie —explicó—. Está lista para hablar del gran trauma que ha sufrido al arrancar la boca de incendios y quedar completamente en ridículo, palabras textuales. No creo que aparezcan en mi trepidante relato de los hechos, pero en fin. En cualquier caso, será mejor que vaya a su casa pronto para escuchar la historia mientras aún la tiene fresca en la memoria y antes de que decida ponerse a hacer la cena. Menos mal que ella y su hermana cenan tarde, porque si no me quedaría con dos palmos de narices.

—Y yo tengo que ponerme con esas facturas —añadió Dave—. Tengo la sensación de que hay una docena más que cuando hemos salido a comer al *Gull*. Te juro que cuando las dejas solas encima de la mesa, se reproducen.

Stephanie los miró con expresión alarmada.

—No pueden parar ahora. No pueden dejarme así.

—No nos queda otro remedio —aseguró Vince con suavidad—. Nosotros hemos «estado así», como tú dices, durante veinticinco años. En esta historia no hay ninguna secretaria despechada.

—Ni luces reflejadas en las nubes —agregó Dave—. Ni siquiera un triste Theodore Riponeaux, ese pobre marinero asesinado por un presunto tesoro de piratas y abandonado sobre cubierta en medio de un charco de sangre después de que los asesinos arrojaran a todos sus compañeros por la borda... ¿Y por qué? Pues como advertencia a futuros cazadores de tesoros, sí, señor. Eso sí que es una línea argumental bien recta, querida.

Dave esbozó una sonrisa que se desvaneció al instante.

—Pero en el caso de *Colorado Kid* no hay nada parecido; las cuentas no tienen cuerda donde ensartarlas, ni a *Sherlock Holmes* o *Ellery Queen* para encargarse de hacer el collar. Tan solo hay dos periodistas con unas cien noticias que cubrir a la semana. Ninguna de ellas es gran cosa según el listón del *Globe* de Boston, pero sí son historias que a la gente de la isla le gusta leer. Lo cual me recuerda... ¿No ibas a hablar con Sam Gerner para averiguar todos los detalles de su famoso Acarreo de Heno, Baile y Picnic?

—Sí, iba a hacerlo..., voy a hacerlo..., ¡quiero hacerlo!

¿Ustedes lo entienden? ¿Entienden que de verdad quiera hablar con él sobre semejante

idiotez?

Vince Teague estalló en carcajadas que Dave no tardó en corear.

—Pues sí —asintió Vince cuando recobró el habla—. No sé qué pensaría el decano de tu facultad de periodismo, Steffi, lo más probable es que se echara a llorar, pero yo sé que quieres hablar con él. —Se volvió hacia Dave—. Los dos lo sabemos.

—Y yo sé que tienen ustedes otros asuntos que atender, pero sin duda tendrán alguna idea..., alguna teoría... después de tantos años... —Los miró con expresión quejumbrosa—. ¿O no?

Los dos periodistas cambiaron la enésima mirada del día, y Stephanie percibió de nuevo aquella comunicación telepática, aunque en esta ocasión no alcanzó a adivinar qué pensamiento transportaba. Al poco, Dave se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué es lo que quieres saber en realidad, Stephanie? Dínoslo.

—¿Creen que fue asesinado?

Eso era lo que quería saber en realidad. Le habían pedido que aparcara aquella idea, y ella había obedecido, pero el relato sobre *Colorado Kid* estaba a punto de tocar a su fin, y creía que le permitirían volver a sacar el tema a colación.

—¿Por qué crees que eso es más probable que una muerte accidental, teniendo en cuenta todo lo que te hemos contado? —replicó Dave con curiosidad sincera.

—Por los cigarrillos. Los cigarrillos casi parecen una estrategia deliberada por su parte. Lo que ocurre es que nunca imaginó que tardarían un año y medio en descubrir el sello de Colorado. Cogan creía que un hombre hallado muerto en una playa sin identificación alguna suscitaría una investigación más exhaustiva de la que obtuvo su caso.

—Sí —asintió Vince.

Pronunció aquella palabra en voz baja, pero con el puño cerrado como un aficionado cuyo jugador preferido acabara de efectuar un lanzamiento magistral.

—Buen trabajo, buena chica —alabó.

Aunque solo tenía veintidós años, Stephanie se habría molestado con algunas personas por llamarla «chica», pero aquel anciano de noventa años, con su ralo cabello blanco, el rostro estrecho y los penetrantes ojos azules no era una de ellas. De hecho, la joven se ruborizó, complacida.

—No podía saber que investigarían su muerte dos capullos como O'Shanny y Morrison —señaló Dave—. No podía saber que dependería de un estudiante de posgrado que había pasado los últimos meses llevando maletines y yendo a por café, por no hablar de un par de viejos que publicaban un periódico semanal apenas más significativo que el folleto de un supermercado.

—Un momento, hermano —intervino Vince—. No te pases ni un pelo —advirtió con una expresión que pretendía ser adusta, pero sin conseguirlo.

—Pues en mi opinión le salió bien —sentenció Stephanie—. A fin de cuentas, le salió bien. —De repente pensó en la esposa y el pequeño Michael (que a aquellas alturas tendría veintitantos años)—. Y ella también, la verdad. Sin Paul Devane y ustedes dos, Arla Cogan nunca habría cobrado el dinero del seguro.

—No te falta razón —admitió Vince.

A Stephanie le hizo gracia advertir que la idea parecía incomodarle. No el hecho de haber hecho una buena obra, sino de que alguien supiera que había hecho una buena obra. En ese rincón del país, había *Internet*, se veían antenas parabólicas sobre casi cada tejado, ningún barco de pesca se hacía ya a la mar sin el GPS activado..., pero aun así, las viejas ideas calvinistas pervivían. Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

—¿Qué creen que sucedió exactamente? —inquirió.

—No, Steffi —objetó Vince en tono amable, pero firme—. Todavía esperas ver a *Rex Stout* saliendo del armario o a *Ellery Queen* aparecer cogido del brazo de la señorita *Marple*. Si supiéramos qué sucedió, si tuviéramos alguna idea, la habríamos perseguido hasta caer muertos. Y a tomar viento el *Globe* de Boston; habríamos publicado cualquier noticia que hubiéramos encontrado en la primera página del *Islander*. En 1981 éramos un periódico pequeño, y ahora somos un par de periodistas viejos e insignificantes, pero no estamos muertos. Me sigue gustando la idea de un notición como al que más.

—Y a mí —convino Dave, que se había levantado, probablemente con la idea de revisar las facturas, pero ahora estaba apoyado contra una esquina de su mesa, balanceando una de sus gruesas piernas—. Siempre he soñado con cazar una noticia que llegara a publicarse a escala nacional, y lo más probable es que me lleve ese sueño a la tumba. Venga, Vince, cuéntale lo que piensas. No cabe duda de que será discreta; ahora es una de los nuestros.

Stephanie volvió a ruborizarse sin poder evitarlo, pero Vince Teague no dio señales de reparar en ello. Se inclinó hacia delante y clavó en los ojos azul celeste de la joven aquella penetrante mirada azul, mucho más oscura que la suya, como el océano en los días soleados.

—De acuerdo —accedió—. Ya antes del asunto del sello, empecé a pensar que había algo

raro en su forma de morir, así como en el modo que había llegado hasta allí. Comencé a hacerme preguntas al saber que llevaba un paquete de cigarrillos en el que solo faltaba uno pese a que llevaba en la isla desde al menos las seis y media. No paré de darles la vara a los del quiosco *Bayside News*. —Sonrió al recordarlo—. Enseñé la foto de Cogan a todos los empleados, incluyendo el de la limpieza. Estaba convencido de que debía de haber comprado el paquete allí, a menos que lo hubiera comprado en una máquina en un lugar como el motel *Red Roof* o el *Shuffle Inn* o quizá la gasolinera *Sunoco* de Sonny. Imaginaba que se habría quedado sin tabaco mientras deambulaba por la isla, después de bajar del transbordador, y por eso compró otro paquete. Y también suponía que si lo había comprado en el quiosco, debía de haber ido allí poco antes de las once, que es cuando cierran. Eso explicaría por qué solo se había fumado uno y había utilizado una sola cerilla antes de morir.

—Pero luego descubrió que no fumaba —observó Stephanie.

—Exacto. Su mujer me lo dijo, y Cathart lo confirmó. Y más tarde me convencí de que el paquete de cigarrillos era un mensaje. Soy de Colorado, búscadme allí.

—Nunca lo sabremos con seguridad, pero los dos pensamos lo mismo —terció Dave.

—Madre mía —casi susurró Stephanie—. Bueno, ¿y adonde nos lleva todo esto?

Una vez más se miraron y se encogieron de hombros de forma idéntica.

—A territorio nebuloso —repuso Vince—. A lugares en los que ningún periodista del *Globe* de Boston se adentrará jamás, en otras palabras. Pero hay algunas cosas de las que estoy completamente seguro. ¿Quieres oír las? —¡Sí!

Vince siguió hablando despacio, en tono preciso, como si avanzara a tientas por un pasadizo muy oscuro que había recorrido cientos de veces.

—Sabía que se encontraba en una situación desesperada y sabía que si moría podían no llegar a identificarlo. No quería que eso sucediera, probablemente porque le preocupaba dejar a su mujer en la ruina.

—Así que compró aquellos cigarrillos con la esperanza de que pasaran inadvertidos —aventuró Stephanie.

—Exacto —asintió Vince con un gesto—. Y en efecto, así fue.

—Pero ¿inadvertidos a quién?

Vince guardó silencio unos instantes sin responder a su pregunta.

—Bajó en el ascensor y cruzó el vestíbulo del edificio de oficinas —explicó por fin—. Había un coche esperando para llevarlo al aeropuerto de Stapleton, bien delante de la puerta o bien a la vuelta de la esquina. Quizá solo fueran él y el conductor en el coche, aunque tal vez había alguien más; nunca lo sabremos. Antes me has preguntado si Cogan llevaba el abrigo cuando salió aquella mañana, y te he dicho que George el Ilustrador no lo recordaba, pero Arla me contó que nunca volvió a ver el abrigo en cuestión, de modo que puede que sí lo llevara. En tal caso, creo que se lo quitó en el coche o en el avión. Y creo que también se quitó la americana. Y creo que o bien alguien le dio la chaqueta verde o bien la tenía preparada.

—En el coche o en el avión.

—Exacto —dijo Dave.

—¿Y los cigarrillos?

—No lo sé con seguridad, pero si tuviera que apostar algo, apostaría a que ya los llevaba encima —comentó Dave—. Sabía lo que se avecinaba..., fuera lo que fuese. Supongo que los llevaba en el bolsillo del pantalón.

—Y más tarde, en la playa...

Stephanie imaginó a Cogan, su versión mental de *Colorado Kid*, encendiendo el primer cigarrillo de su vida, el primero y el último, antes de dirigirse hacia la orilla de la playa Hammock, solo a la luz de la luna. La luna de medianoche. Inhala una bocanada de aquel humo acre y desconocido. Quizá dos. Luego arroja el cigarrillo al mar. Y luego... ¿qué?

¿Qué?

—El avión lo dejó en Bangor —se oyó decir en un tono que le sonó áspero e impropio de ella.

—Exacto —convino Dave.

—Y el coche que lo esperaba allí lo llevó hasta Tinnock.

—Exacto —repitió Vince.

—Se comió la cesta de pescado con patatas fritas.

—Cierto —dijo Vince—, la autopsia lo demuestra, y mi olfato me lo confirmó en su momento; olí el vinagre.

—¿En aquel momento ya no tenía la cartera?

—No lo sabemos —reconoció Dave—; nunca lo sabremos, pero creo que no. Creo que la entregó junto con el abrigo, la americana y su vida normal. Creo que lo que le dieron a cambio fue una chaqueta verde a la que más tarde también renunció.

—O puede que se la quitaran después de morir —conjeturó Vince.

Stephanie se estremeció sin poder evitarlo.

—Toma el transbordador de las seis hasta la isla, lleva un café a Gard Edwick..., o sea, té para el timonel... o para el encargado.

—Cierto —murmuró Dave con expresión solemne.

—Por entonces ya no tiene cartera ni identificación alguna, tan solo diecisiete dólares en billetes y algunas monedas entre las que quizá se encuentra una moneda de diez rublos. ¿Creen que esa moneda podía ser...? No sé, alguna clase de herramienta de identificación, como en las novelas de espías. En aquella época aún había guerra fría entre Rusia y Estados Unidos, ¿no?

—Estaba en pleno apogeo —corroboró Vince—. Pero Steffi..., si fueras a hacer tratos con un agente secreto ruso, ¿utilizarías un rublo para presentarte?

—No —reconoció ella—. Pero ¿por qué si no llevaba esa moneda? Lo único que se me ocurre es que quisiera mostrársela a alguien.

—Siempre he intuido que se la dio alguien —declaró Dave—. Quizá junto con un trozo de filete envuelto en papel de aluminio.

—¿Por qué? —inquirió ella—. ¿Por qué iba alguien a hacer una cosa así?

—No lo sé —admitió Dave, meneando la cabeza.

—¿Encontraron papel de aluminio en el escenario? ¿Algún trozo arrojado entre la maleza que bordea la parte más alejada de la playa?

—Te aseguro que O'Shanny y Morrison no lo comprobaron —señaló Dave—. Yo y Vince nos pateamos toda la playa cuando por fin retiraron la cinta policial; no buscábamos papel de aluminio en concreto, como comprenderás, sino cualquier cosa que nos pudiera proporcionar alguna pista sobre el muerto, lo que fuera. No encontramos más que la basura habitual, como envoltorios de caramelos y demás.

—Si la carne estaba envuelta en papel de aluminio o una bolsa, es posible que Cogan lo tirara al mar junto con el cigarrillo —observó Vince.

—En cuanto al pedazo de carne atascado en su garganta...

Vince esbozó una leve sonrisa.

—Sostuve algunas largas conversaciones sobre ese trozo de carne con el doctor Robinson y el doctor Cathart. Dave estuvo presente en un par de ellas. Recuerdo que Cathart me dijo una vez, alrededor de un mes antes de que el infarto se lo llevara al otro barrio hace seis o siete años: «Estás obsesionado con ese viejo asunto como los niños se obsesionan con los dientes que se les caen y se tocan los huecos con la lengua». Y me dije que tenía toda la razón del mundo, que era verdad. Este asunto es como un hueso que no puedo dejar de tocar y lamer para ver si encuentro el fondo. Lo primero que quería averiguar era si alguien le había metido a Cogan la carne en la garganta, bien con los dedos o con algún utensilio, como un palillo de brocheta, una vez muerto. A ti también se te ha ocurrido esa posibilidad, ¿verdad?

Stephanie asintió.

—Cathart me dijo que era posible pero no probable, porque el trozo de carne estaba lo bastante masticado para poder ser tragado. De hecho, ya no era carne, sino lo que Cathart denominó «pulpa orgánica». Claro que podría haberlo masticado otra persona, pero es improbable que lo introdujera después de hacerlo, por temor a que pareciera insuficiente para

causar la muerte. ¿Me sigues?

Stephanie volvió a asentir.

—También me dijo que la carne masticada hasta formar pulpa orgánica sería difícil de manipular con un instrumento, ya que con toda probabilidad se desharía al empujarla garganta abajo. Podría hacerse con los dedos, pero Cathart creía que en tal caso habría descubierto algún indicio, probablemente cierta tensión en los ligamentos de la mandíbula. —Se detuvo para meditar unos instantes y por fin sacudió la cabeza—. Existe un término técnico para esa apertura de la mandíbula, pero no lo recuerdo.

—Cuéntale lo que te dijo Robinson —instó Dave con ojos relucientes—. A fin de cuentas no sirvió de nada, pero siempre he pensado que es interesantísimo.

—Me dijo que existen ciertos relajantes musculares, algunos de ellos exóticos, y que la carne de Cogan podía haber sido tratada con alguno de ellos —explicó Vince—. En tal caso, habría podido tragar los primeros bocados sin problema, teniendo en cuenta el contenido de su estómago, pero de repente encontrarse con un trozo que no podía tragar después de masticarlo.

—¡Debió de ser eso! —exclamó Stephanie—. Y la persona que manipuló la carne se sentó a verlo morir asfixiado. Una vez muerto Cogan, el asesino lo sentó apoyado contra la papelera y se llevó el resto de la carne para que no pudieran analizarla. ¡No fue ninguna gaviota! —Se detuvo y los miró—. ¿Por qué menean la cabeza?

—La autopsia, querida —le recordó Vince—. La cromatografía de gases no mostró ninguna sustancia así.

—Pero si era algo muy exótico...

—¿Como en las novelas de Agatha Christie? —sugirió Vince con una sonrisa y un guiño—. Puede..., pero también estaba el trozo que le obstruía la garganta, no lo olvides.

—Ah, claro. El doctor Cathart tuvo ocasión de analizar la carne a fin de cuentas —suspiró Stephanie, decepcionada.

—Exacto —dijo Vince—, y eso fue lo que hizo. Seremos unos pueblerinos, pero de vez en cuando también se nos ocurre alguna idea macabra. Y lo más parecido a un veneno que encontró el forense en aquel trozo de carne fue un poco de sal.

Stephanie guardó silencio por un instante.

—Puede que fuera de esas sustancias que desaparecen —musitó.

—Cierto —convino Dave, tocándose la cara interior de la mejilla con la lengua—. Como las Luces Costeras al cabo de un par de horas.

—O el resto de la tripulación del *Pretty Lisa* —añadió Vince.

—Y una vez bajó del transbordador, no saben adonde fue.

—No, señora —denegó Vince—. Hemos investigado el asunto esporádicamente durante veinticinco años, pero nunca hemos localizado a nadie que declare haberlo visto antes de que Johnny y Nancy lo encontraran a las seis y cuarto de la mañana del 24 de abril. Y para que conste en acta..., aunque nadie esté levantando acta, no creo que nadie se llevara el resto de la carne después de que Cogan se asfixiara por culpa de aquel último bocado. Lo que creo es que una gaviota se lo llevó de su mano muerta, como siempre hemos supuesto. Y ahora debo irme.

—Y yo tengo que ponerme con las facturas —anunció Dave—. Pero primero creo que debo pasar por el servicio.

Dicho aquello se dirigió al lavabo.

—Será mejor que me ponga con la columna —suspiró Stephanie—. Pero casi preferiría que no me lo hubieran contado si tenían intención de dejarme a medias —estalló de repente, medio en broma, medio en serio—. ¡Tardaré semanas en quitármelo de la cabeza!

—Ten en cuenta que sucedió hace veinticinco años y que nosotros todavía no nos lo hemos quitado de la cabeza —señaló Vince—. Y al menos ahora sabes por qué no se lo contamos a ese tipo del *Globe*.

—Sí.

Vince sonrió con un gesto de asentimiento.

—Saldrás adelante, Stephanie. Te las apañarás muy bien.

Dicho aquello le oprimió el hombro en ademán amistoso, echó a andar hacia la puerta, recogió el cuaderno de notas alargado que tenía sobre la desordenada mesa, se lo guardó en el bolsillo trasero y se dirigió hacia la puerta. Pese a sus noventa años, aún caminaba con agilidad, la espalda apenas encorvada por la edad. Llevaba una camisa blanca de caballero a cuya espalda se cruzaban unos tirantes de caballero. Antes de llegar a la puerta se detuvo para volverse de nuevo hacia ella. Un rayo de sol crepuscular le iluminó el fino cabello blanco, transformándolo en un halo.

—Ha sido un placer tenerte aquí —aseguró—. Quiero que lo sepas.

—Gracias —murmuró ella con la esperanza de que su voz no denotara las lágrimas que amenazaban con aflorar a sus ojos—. Ha sido maravilloso. Al principio tenía mis dudas, pero... ahora estoy convencida de que todo es gracias a ustedes. Para mí también ha sido un placer estar aquí.

—¿Te has planteado la posibilidad de quedarte? Me parece que sí.

—Desde luego que sí.

Vince asintió con expresión solemne.

—Dave y yo hemos hablado de ello. Sería bueno contar con sangre nueva en la redacción. Sangre joven.

—A ustedes aún les queda mucha cuerda —aseguró ella.

—Oh, sí —exclamó Vince con indiferencia, como si eso estuviera clarísimo, y seis meses más tarde, a su muerte, Stephanie se sentaría en una iglesia fría, tomando notas acerca del funeral en su propio cuaderno de notas, pensando: Vince sabía que iba morir—. Seguiré dando guerra durante años, pero si quisieras quedarte, estaríamos encantados. No tienes que tomar una decisión ahora mismo, pero considéralo una propuesta en firme.

—De acuerdo... Y creo que los dos saben cuál será mi decisión.

—Estupendo. —Se volvió de nuevo hacia la puerta, pero en pleno giro la miró una vez más—. La clase casi ha terminado, pero podría contarte una cosa más acerca de nuestro asunto. ¿Puedo?

—Por supuesto.

—Existen miles de periódicos y decenas de miles de periodistas que escriben artículos para ellos, pero solo existen dos tipos de historias. Están las noticias, que por lo general no son historias, sino tan solo partes de una cadena de acontecimientos que no tienen por qué ser historias. La gente coge el periódico para leer sobre sangre y lágrimas como quien aminora la velocidad para echar un vistazo a un accidente en la autopista, y luego siguen adelante con sus vidas. Pero ¿qué encuentran dentro del periódico?

—Reportajes —repuso Stephanie, pensando en Hanratty y sus misterios sin resolver.

—Exacto. Y ellos sí son historias. Todos tienen introducción, nudo y desenlace. Eso los convierte en buenas noticias, Steffi, siempre buenas noticias. Aunque la historia gire en torno a una secretaria metodista que con toda probabilidad mató a media congregación en el picnic porque su amante la había dejado, es una buena noticia, ¿y sabes por qué?

—No.

—Pues más te vale saberlo —terció Dave, que en aquel momento salía del lavabo, aún secándose las manos con una toalla de papel—. Más te vale saberlo si quieres trabajar en esto y entender lo que haces.

Arrojó el papel a su papelera al pasar junto a ella.

Stephanie reflexionó unos instantes.

—Los reportajes son buenas noticias porque se acaban.

—¡Exacto! —exclamó Vince con una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que alzaba los brazos como un predicador—. ¡Tienen desenlace! ¡Tienen final! Pero ¿las cosas tienen introducción, nudo y desenlace en la vida real, Stephanie? ¿Qué te dice la experiencia?

—No tengo demasiada en el mundo del periodismo —le recordó ella—, solo en el periódico del campus y bueno, ya saben, con la columna de artesanía de aquí.

Vince desechó sus palabras con un gesto.

—¿Qué te dice tu instinto?

—Que la vida no suele funcionar así.

Estaba pensando en un joven al que tendría que encararse si decidía quedarse allí más de los cuatro meses previstos... La cosa podía ponerse fea..., sin duda se pondría fea, de hecho. Rick no se tomaría bien la noticia, porque en su esquema mental ese no era el desarrollo correcto de la historia.

—Nunca he leído un solo reportaje que no fuera una mentira —afirmó Vince—, pero por lo general se puede dar cabida a las mentiras. Sin embargo, en este caso no sería posible, a menos que...

Se encogió de hombros sin acabar la frase. En el primer momento, Stephanie no supo qué significaba aquel ademán, pero entonces recordó algo que Dave había dicho poco después de que se sentaran en el porche al sol de aquel atardecer de agosto. Es nuestra historia, había dicho casi con rabia. Un tipo del *Globe*, un forastero, no habría hecho más que echarla a perder.

—Si le hubieran contado todo esto a Hanratty, lo habría utilizado, ¿verdad? —dijo.

—No nos correspondía a nosotros darle la historia, porque no nos pertenece —señaló Vince—. Pertenece a quien la esclarezca.

Stephanie meneó la cabeza con una tenue sonrisa.

—Eso no me parece del todo sincero. Creo que usted y Dave son las dos últimas personas vivas que están al corriente de todo el asunto.

—Hasta ahora sí —admitió Dave—, pero ahora también estás tú.

Stephanie asintió con un gesto, tomando nota del cumplido que encerraban aquellas palabras, y de inmediato se volvió de nuevo hacia Vince Teague con las cejas enarcadas. Al cabo de unos segundos, el anciano lanzó una risita.

—No le hablamos de *Colorado Kid* porque habría convertido un auténtico misterio sin resolver en un reportaje cualquiera —explicó Vince—. No habría cambiado los hechos, pero habría hecho hincapié en un detalle, el concepto de los relajantes musculares que dificultan o imposibilitan la deglución, por ejemplo, y habría omitido otro.

—El hecho de que no se encontró ningún indicio que avalara esa teoría, por ejemplo —concluyó Stephanie.

—Tal vez eso, tal vez otra cosa. Y quizá habría escrito el artículo así él solo, sencillamente porque sacar una historia de cosas que no lo son en realidad se convierte en un hábito después de trabajar algunos años en esta profesión, o bien su editor se lo habría devuelto para que lo reescribiera.

—O bien el editor lo habría escrito en persona, si el tiempo apremiaba —terció Dave.

—Sí, a veces los editores hacen eso —convino Vince—. En cualquier caso, lo más probable es que *Colorado Kid* hubiera acabado convertido en el episodio número siete u ocho de la serie Misterios sin resolver de Nueva Inglaterra de Hanratty, algo que fascina a la gente durante un cuarto de hora el domingo y que el lunes usan para forrar la caja del gato.

—Y entonces ya no les pertenecería a ustedes —observó Stephanie.

Dave asintió, pero Vince agitó la mano como para desterrar aquella idea.

—Eso no me importaría tanto, pero habría sido endilgarle una mentira a un hombre que ya no puede refutarla, y eso sí que no lo soportaría, porque no tengo por qué. —Miró el reloj—. En fin, me voy. El último que se vaya que cierre con llave, ¿de acuerdo?

Vince salió de la redacción. Los otros dos lo siguieron con la mirada, y al poco Dave se volvió hacia Stephanie.

—¿Alguna otra pregunta?

Stephanie se echó a reír.

—Centenares, pero ninguna a la que ni usted ni Vince puedan contestar, creo.

—Siempre y cuando no te canses de formularlas, no pasa nada.

Dave se acercó a su mesa, tomó asiento y cogió una pila de papeles con un suspiro. Stephanie se dirigió hacia su propio escritorio, pero a medio camino reparó en el tablón que cubría toda la pared opuesta de la sala, frente a la desordenada mesa de Vince. Stephanie se aproximó a echar

un vistazo.

La mitad izquierda del tablón mostraba viejas primeras planas del *Islander*, en su mayoría amarillentas y arrugadas. En la esquina superior, muy solitaria, se veía la primera página de la semana del 9 de julio de 1951. El titular rezaba: LUCES MISTERIOSAS SOBRE HANCOCK FASCINAN A MILES DE PERSONAS. Debajo había una fotografía cuyo autor era Vincent Teague, que a la sazón debía de contar treinta y siete años, si las matemáticas no le fallaban. La clara imagen en blanco y negro mostraba un equipo de béisbol infantil con una valla publicitaria al fondo que proclamaba: MADERAS HANCOCK SIEMPRE GANA. La instantánea parecía tomada al atardecer. Los pocos adultos situados en las gradas destartaladas estaban de pie, mirando hacia el cielo, al igual que el árbitro, que se hallaba en la cuarta base con la máscara protectora en la mano derecha. Un grupo de jugadores, el equipo visitante, supuso Stephanie, se agolpaba junto a la tercera base como en busca de seguridad. Los otros niños, que llevaban vaqueros y sudaderas con las palabras MADERAS HANCOCK impresas en la espalda, estaban de pie formando una tosca línea en el campo interior, todos ellos con el rostro vuelto hacia el cielo. Y en la plataforma de lanzamiento, el niño al que le tocaba lanzar sostenía el guante en alto, hacia uno de los brillantes círculos suspendidos en el cielo, justo debajo de las nubes, como si quisiera tocar aquel misterio y acercarlo, abrir su corazón y conocer su historia.



Stephen King es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la *Medalla de la National Book Foundation* por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el *Grand Master Award*, que otorga la asociación *Mystery Writers of America*. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde* y las siete novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Su último libro publicado en nuestro idioma es *Todo oscuro sin estrellas*.